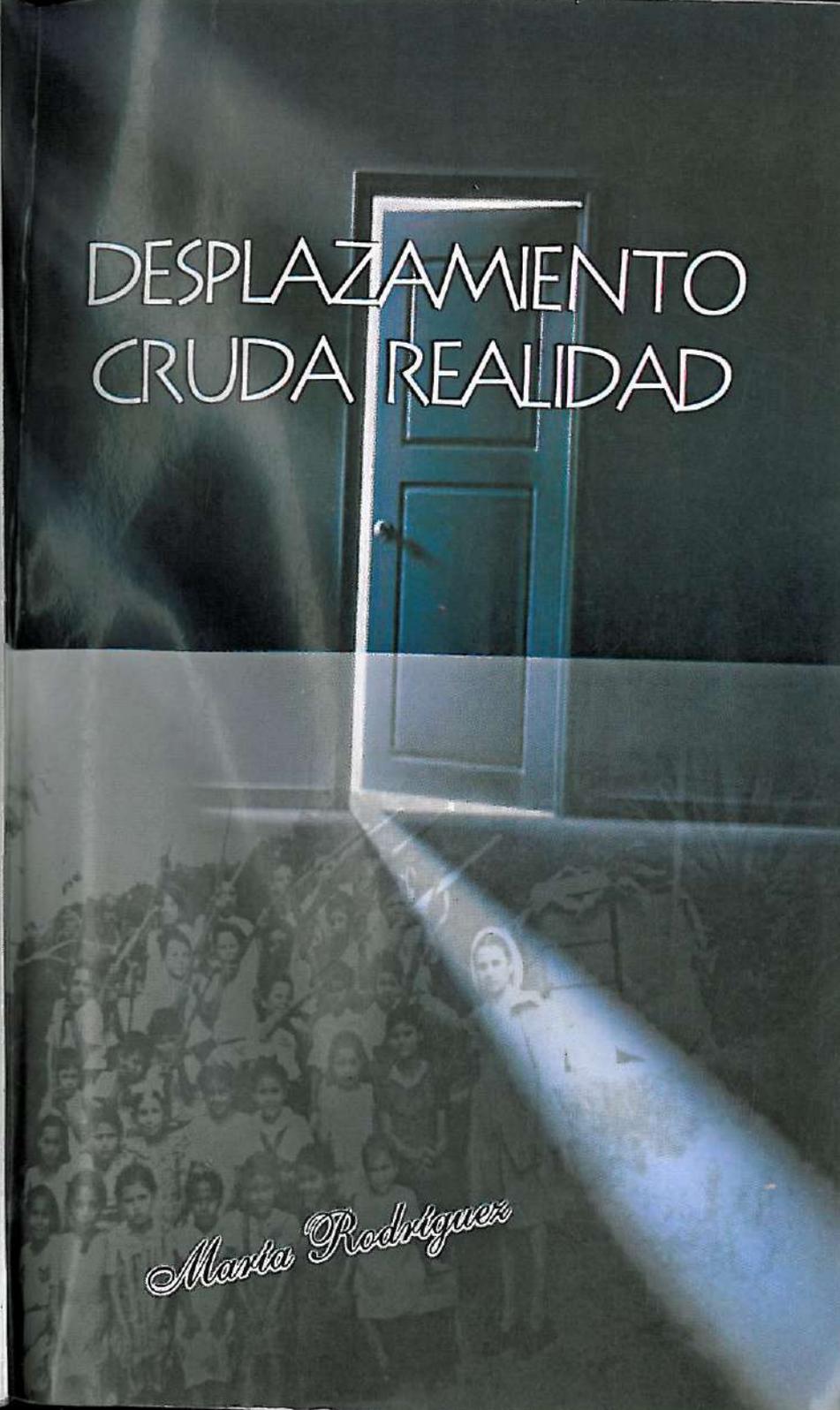


Por amor a los nietos se logra escudriñar en lo profundo de nuestras almas intentando dar una respuesta a sus inquietudes que surgen en el paso por sus vidas...

DESPLAZAMIENTO CRUDA REALIDAD

2005



DESPLAZAMIENTO CRUDA REALIDAD

Marta Rodríguez

**DESPLAZAMIENTO
CRUDA REALIDAD**

© MARIA RODRIGUEZ

© ISBN 958 - 33 - 8361 - 9

Impreso en Bogotá - Colombia

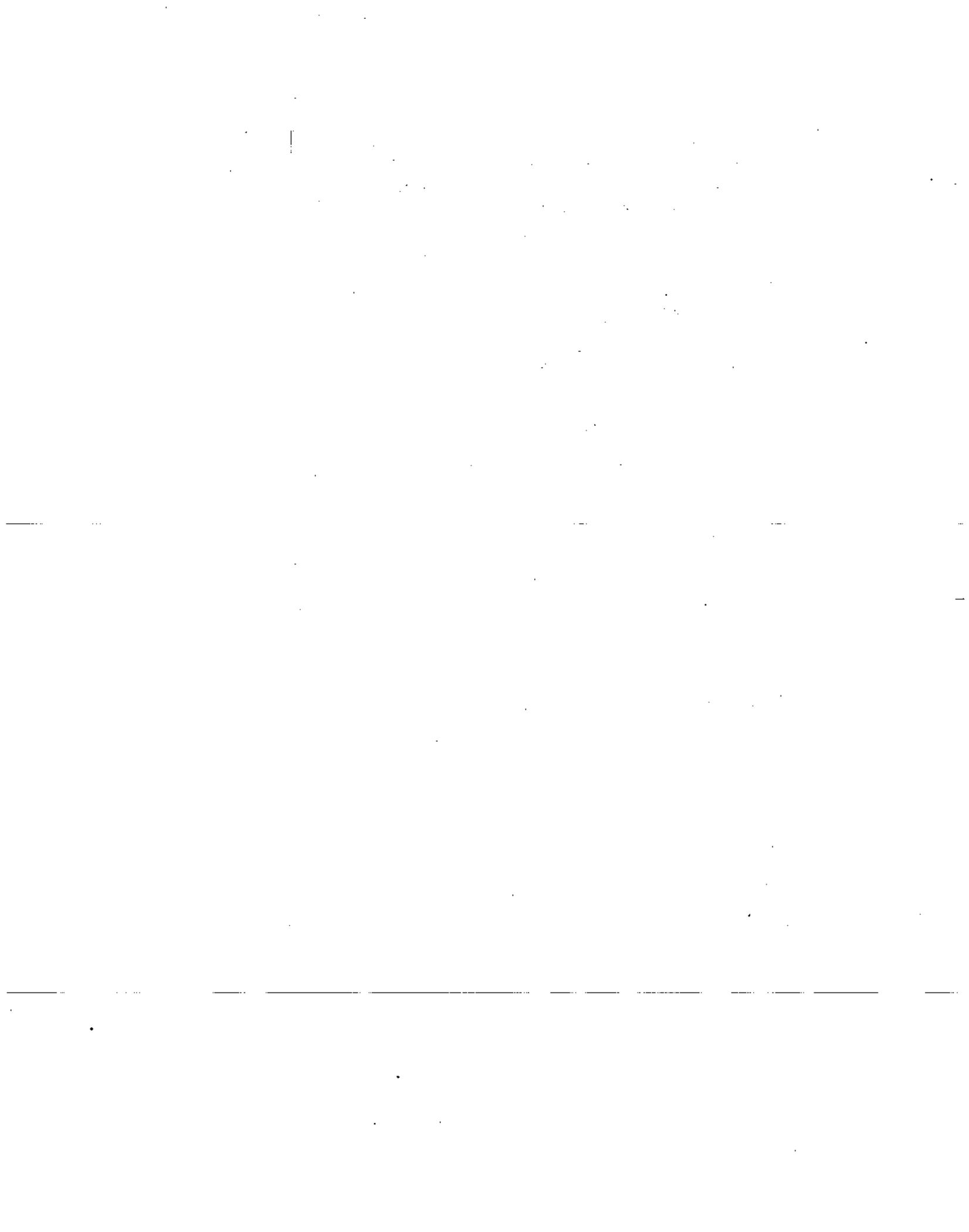
Printed in Bogotá - Colombia

Hecho el depósito que exige la ley.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro, por medio de cualquier proceso reprográfico o fónico, especialmente por fotocopia, microfilme, offset o mimeógrafo.

Esta edición y sus características son propiedad de la autora.

*A mis hijos y de manera muy especial a mis nietos,
quienes siempre han intentado escudriñar en lo profundo
de mis sentimientos y de ese mundo que todos llevamos
dentro. Así mismo a quienes sufren este flagelo de la
incertidumbre del desarraigo.*



Presentación

Cuando las tristezas se enredan en el corazón, y las dudas no se diluyen, las nostalgias campean, por lo que se hace necesario atiborrarse de voluntad y emprender la decisión de plasmar en unas cuantas páginas los recuerdos que una sociedad enferma produce desde la niñez.

Posiblemente algo de lo aquí expuesto haya sido publicado con anterioridad por algunos de los protagonistas de este proceso, pero lo que se describe en estas páginas es la praxis cotidiana que desde muy temprana edad debemos afrontar algunos seres, son hechos escalofriantes, como el desplazamiento, la tortura y la desaparición, que desarticulan los valores de una sociedad.

Tenemos que recuperar, así sea por jirones historias y remembranzas, para articular un cúmulo de sentimientos que desmotivan el diario trasegar de niños y adolescentes marcados por la desesperanza, el temor, la confusión y la humillación, para brindarles la ayuda que necesitan para espantar los malos sueños que producen los vientos de guerra y señalarles un camino de esperanza, de vida digna.

No es el resentimiento que encadena a algunos seres humanos lo que me mueve a la descripción de

estos acontecimientos del pasado, sino el afán de una reflexión que aminore el paso agigantado de la guerra que ataca los derechos fundamentales de la infancia, y provoca ruina en los niños desplazados de todos los tiempos.

Si bien es cierto que recuerdo muchos de los acontecimientos de niña desplazada, hay horas y hasta días enteros en que se me aparecen como sueños borrosos y deformes, bajo un hilo de orfandad en la sonrisa.

Prólogo

El desplazamiento ha estado en el centro de los innumerables conflictos que hemos vivido desde los albores mismos de la conformación de Colombia como república.

El relato histórico del conflicto a lo largo de los siglos XIX y XX da cuenta del desplazamiento como un hecho doloroso que ha marcado a generaciones enteras y que, en el caso colombiano, constituye una causa más de la rápida migración del «campo a las ciudades»; en especial a partir de mediados del siglo XX.

En consecuencia, también el incremento de la oferta de mano de obra a bajo costo, en zonas «tranquilas» del país, lo que indudablemente, para los inicios del siglo XXI, constituye un factor a tener en cuenta en la reconfiguración del mapa político, económico y social.

El desplazamiento es entonces un fenómeno histórico que como tal amerita un riguroso análisis en sus implicaciones sociopolíticas y psicosociales en tanto, muy seguramente, puede afectar el desenlace de la confrontación que hemos vivido los colombianos y el desarrollo mismo del pos conflicto.

(En el plano de la decisión política, el actual y los próximos gobiernos deberán tomar iniciativas frente a este fenómeno, si es que se quiere prevenir el origen de nuevos conflictos, mucho más disolventes y complejos.

Desplazamiento

En el presente texto Maria Rodríguez pone a circular episodios, producto de su experiencia directa a lo largo de diferentes fases del desplazamiento que tuvo lugar en Colombia durante el periodo comprendido entre la década de 1950 y 1980.

Más allá del testimonio doloroso que acompaña siempre el relato del desplazado y torturado, el escrito tiene la virtud de ir dejando clara la relación directa existente entre violencia -desplazamiento- sistema político excluyente rebeldía política -tortura- insurgencia armada - violación de derechos humanos, etcétera.

Mucho se ha discutido acerca de las causas objetivas del conflicto en Colombia. El relato de la autora nos revela que si bien la rebelión ideológica contra el bipartidismo a estado presente en los distintos intentos de conformar tercerías políticas, lo que realmente alimenta los fundamentos de la desinstitucionalización y de la pérdida de legitimidad que afecta al sistema político es el despojo violento de aquellos que no han podido hacer escuchar sus voces, y han sido condenados, por tanto, a la exclusión y a la ausencia de reconocimiento -económico, social y político.

Pareciera como si toda esa tragedia que a lo largo de la historia ha acompañado la vida de miles de colombianos deambulando por los campos y las calles de las ciudades pidiendo a gritos que la escuchen, que sus víctimas sean sujetos elementales de derechos y obligaciones.

La exclusión y por lo tanto la inclusión económica, social y política es el tema que, en nuestro medio, siempre queda gravitando alrededor de los recurrentes fenómenos del desplazamiento, la violencia y la tortura.

Ojala el sufrimiento padecido por tantos colombianos tenga algún sentido y sirva para el reencuentro de una sociedad que necesita con urgencia justicia, paz, democracia y desarrollo.

Everth Bustamante García

I

Amanecía y el invierno inclemente se convertía en cómplice de la huida. Mi madre María Elvia huía con sus siete hijos a cuestas, a quienes trataba de alojar en su regazo para protegerlos del frío inclemente y sobre todo de la maldad de los hombres que habían prometido estirpar a cuanto cachiporro¹ se le atravesara en el camino.

Archila, el policía rezagado, y quien por orden del alcalde del pueblo de Rionegro era el único del grupo que había quedado asignado para la vigilancia y cuidado de los derrotados hijos del amanecer, suplicaba a mi madre que le diera tiempo de arrancarle sus botas a la entraña de la tierra que se empeñaba en detenerlo, cuya mezcla de agua y tierra abrían zanjas imposibles de transitar en momentos aciagos como este, en que en desbandada ganábamos los caminos al contrario, para huir de la amenaza del genocidio. Gracias a la oportuna intervención del tío Arturo, quien hacía parte de los contrarios, de los godos², mi madre logró escapar del «corte de franela³» al que la habían sentenciado a ella y a sus hijos.

Mi madre, por pertenecer al partido de los contrarios, podía escapar de la amenaza, pero no al abandono de sus hijos, pero no lo hizo así, los defendió como una leona herida, gracias a sus habilidades de campesina curtida en el arado de la tierra. Archila, con sus miedos no sólo a la oscuridad de la noche, sino al temor de estar en

Desplazamiento

lado de los cachiporros por orden gubernamental, se aferraba a las faldas de mi madre en busca de su protección. Retrocedía a una infancia en la que buscaba amparo, bajo las sombras de aquella terrible noche.

El fuerte aguacero de aquella noche aciaga transformaba nuestras vidas. Era la vida de unos niños inocentes sedientos de paz, quienes colmaban el hambre y el frío con los frutos que le arrancaban al terruño, de donde nos acababan de desplazar hacía unas cuantas horas. Mi madre guerreaba en medio del aguacero del que no podíamos escapar por temor a ser detectados por los contrarios, mientras mi padre por honor y dignidad adelantaba las barricadas con el resto de la «chusma» para impedir o al menos retardar el paso de los contrarios, para dar tiempo a la huida, que el crudo invierno se empeñaba en detener. Archila, el policía que con sus largas botas se sepultaba en el fango, clamaba desesperadamente a mi mamá que lo esperara para cumplir con la misión que le habían encomendado: protegernos de los contrarios. Pobre hombre, no podía ni con su propia humanidad, los rigores e inclemencias del tiempo lo agobiaban.

Las huellas del dolor se marcaban en aquella insistente tormenta. El hambre comenzaba a apremiar, añorábamos la sazón de mamá, quien no sólo se esforzaba en la preparación de los alimentos sino que siempre tenía en cuenta el poder nutritivo de los mismos. Agradecíamos los frutos que cultivaban en su terruño y los esfuerzos de papá por ofrecernos una mesa llena.

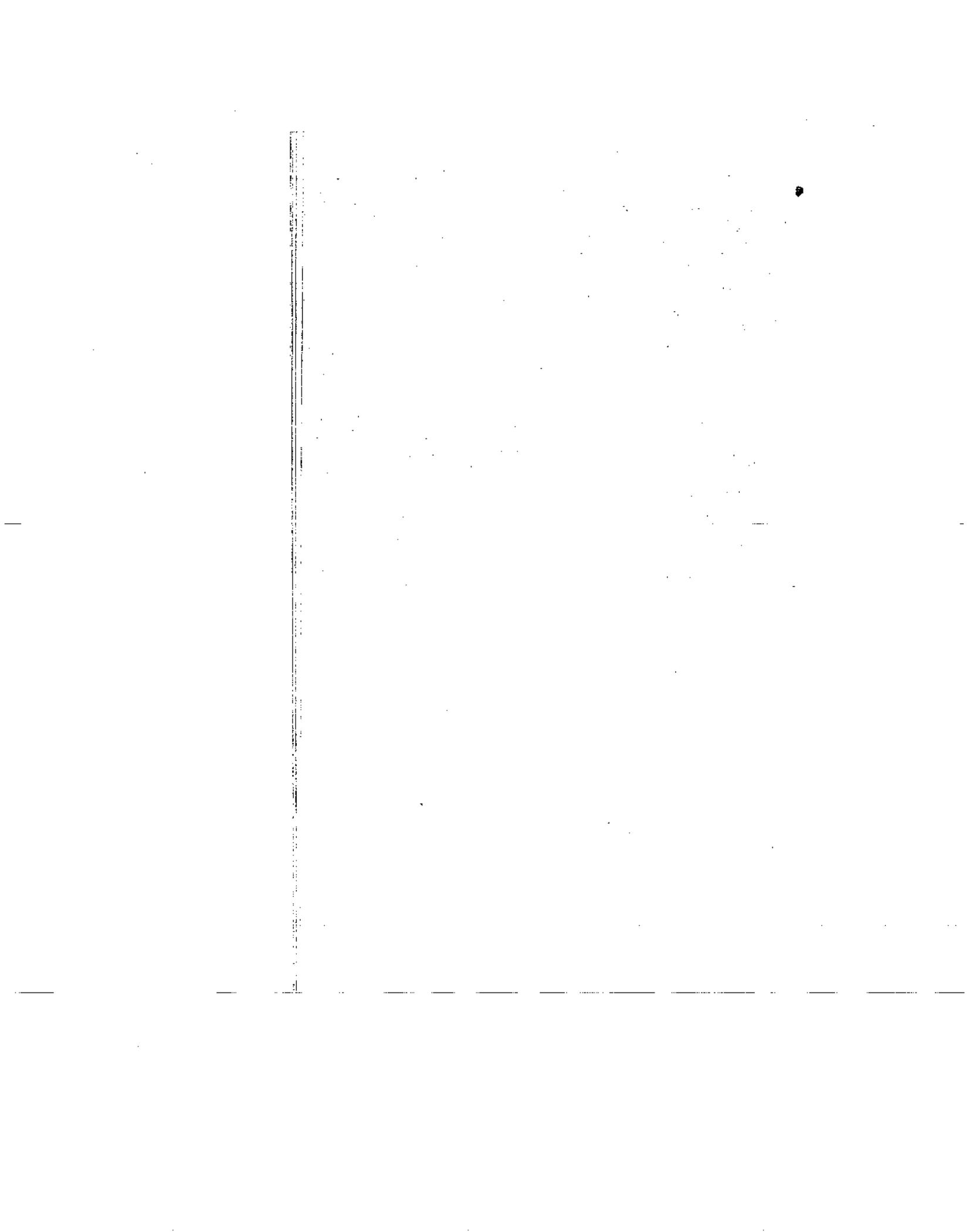
El frío hacía mella en medio del gigantesco aguacero de aquella terrible noche. Los lamentos y gemidos de Archila, el policía, arrepentido de haber asumido semejante misión y resentido por la supuesta ingratitud de doña Elvia, quien se negaba a esperar a que sus botas

Ciudad realidad

salieran del fango, nos ubicaba en la triste realidad del desplazamiento.

María Elvia, era el nombre de mi madre, que con su bravura campesina ofrecía a sus hijos el paraíso luego de aquella noche aciaga. Intentaba colmar la sed y el hambre con sus tiernas palabras, con el sueño de esa mesa colmada de alimentos como se acostumbraba. Sus palabras nos animaban a continuar aquella travesía entre el fango hacia lo desconocido.

Nuestra alma de niños buenos no percibía la maldad y la tiranía en que se enrolaban ahora nuestras vidas, al ser expulsados a la fuerza por los vientos de la tragedia. Los sueños de mamá intentaban ahogarse en el fango, pero su fortaleza no le permitía el hundimiento de sus esperanzas, y entre atropellados pasos le ganábamos al amanecer la escuela donde se cifraban nuestras certezas e incertidumbres. «El aventino», así se llamaba la escuela, fue construida con los esfuerzos de campesinos de la región, sin distinciones de colores, hasta la llegada del padrecito Durán, quien se encargó de disgregar no sólo los esfuerzos, sino los colores en aquella región.



II

El repique de las campanas, que en tiempos de las misiones se escuchaban desde el amanecer, era un llamado a los feligreses para el cumplimiento de su deber, de ese encuentro con Dios que dejaba huellas en cada corazón. El sermón en el púlpito era categórico, sin mezcla de convicciones, como si los cachiporros fueran diferentes a los godos, por lo que se hacía necesario disgregar no sólo los conceptos sino los posicionamientos en la región.

La fe, como actuación cotidiana de los humanos, generó una confianza infinita en el padrecito Durán, quien venerado como al mismo Dios, congregó a los feligreses en sus propósitos de dar de comer al hambriento y de beber al sediento. Sólo que esta hambre y esta sed iban a colmarse con el cargamento de armas que los obreros sudorosos llevarían al amanecer al padrecito Durán, para que los godos diezmaran a los cachiporros. Sin embargo, el trozo de sotana que colgaba de un árbol evidenciaba su paso tras los hijos del amanecer, que despavoridos huían bajo la tormenta inclemente.

«El Aventino» había dejado de albergar a sus escolares para esconder a los derrotados por el cura Durán, adoctrinados feligreses que desde diferentes puntos se concentraban en busca de refugio y protección. Las perdices y los jilgueros con sus cantos alegraban el amanecer, haciéndonos olvidar por minutos lo inesperado de

Desplazamiento

nuestro dolor. Los niños correteábamos en medio de la desesperanza, buscábamos en lo que había sido el salón de clases, una respuesta a nuestra cruda realidad. Eran las huellas del dolor que por los empedrados caminos por los que nos deslizábamos huyendo de la atrocidad, devoraban nuestros cortos pensamientos. El hambre hacía mella en nuestra pobre humanidad, las vísceras se comprimían, el aire que engullíamos en los bostezos flagelaba nuestro espíritu. Nuestras madres, reencontradas en el mismo punto y por el mismo anuncio, violación carnal (término que no comprendíamos), «corte de franela» y el «sálvese quien pueda», nos anunciaban que más tarde probaríamos bocado.

Escuchábamos palabras firmes y serenas en apariencia, acerca del posible regreso a nuestro terruño, sin calcular lo inclemente de la tragedia, pues los poderosos buscaban con atropellado anhelo ocupar las haciendas de los desplazados. Los niños no comprendíamos por qué nuestros padres no se encontraban con nosotros, por qué estábamos sólo al amparo de nuestras madres; hacíamos preguntas sobre nuestros haberes, pero mamá callaba un poco desolada, para luego decirnos que nuestros padres se encontraban en la resistencia, arriesgando su vida para que pudiéramos escapar, pero, ¿escapar de qué? Mi madre exhalaba profundamente el aire, y comentaba con ligera desilusión que si diocito no nos traiciona como el padrecito Durán, pronto estarán con nosotros, y nuevos horizontes tendremos que encontrar. De pronto un grito: — ¡sálvese quien pueda! Y en tropel los inquilinos transitorios de la escuela corrían despavoridos, olvidando sus pocas pertenencias. Los niños con ojos desorbitados observábamos el escenario criminal. Las vacas ardían como teas y corrían despavoridas, era el ganado de los cachiporros.

Un humo incontenible se extendía, imponiéndose contra el viento para detenerse en la bruma del amanecer. Tendida sobre el suelo, sin articular palabra, sentí el esca-

Ciudad realidad

lofrío de la muerte. Estaba tan extenuada que no quería hacer el esfuerzo de alcanzar la gente que en desbandada y llena de pánico intentaba alejarse del horror. Los niños quedábamos rezagados bajo la protección del alba.

La cueva de un árbol nos sirvió de refugio temporal. A la salida del sol nuestro horizonte se ennegrecía; habíamos perdido la protección familiar; el hambre acechaba. Al lado de «El Aventino», la tienda que fue de mamá, llamada «El recreo» y que aún quedaba de pie, nos incitaba a la búsqueda de provisiones. Y sin pensar en los riesgos, ya que el hambre se sobrepone al miedo, de un salto gané el trayecto entre el escondite y la tienda, y me aprovisioné de cuanto estaba a mi alcance. El peso me impedía desplazarme, por lo que debí arrastrar el costal, que dejaba marcas en el camino por el que atravesé.

El gran poder de la Virgen, a quien invocábamos para nuestra protección, ya que habíamos sido hijas de María en las misiones del padrecito Durán, por convicción de mi madre, furibunda creyente, nos ayudó a borrar las huellas dejadas cerca de nuestro escondite, con una tenue lluvia. Pasados algunos minutos, escuchamos cómo se levantaban voces de insulto contra los mal nacidos cachiporros, que se habían atrincherado para la resistencia, y a quienes sentenciaban con estirparle desde su vientre. Esta sentencia fue cumplida con una comadre de mis padres, quien había dado a luz aquella noche del desplazamiento, y cuya debilidad no le permitió la retirada. Fue descubierta por el llanto del niño y asesinada con sevicia, no sin antes presenciar la ejecución de su hijo, quien fue colgado y acuchillado al igual que su madre como escarmiento, precisamente en el árbol donde había sido descubierto el padrecito Durán con su fusil, dándole de comer «al hambriento». Parte de su sotana quedó engarzada en el árbol como testimonio de la labor de la resistencia. Él era el símbolo de grandeza de la iglesia en defensa de los privilegiados.

Desplazamiento

Arrunchados, sin respiro, por el horror que habíamos presenciado, y la sentencia que recaía sobre nosotros, al medio día, cuando los ruidos se habían silenciado, porque hasta las aves que nos animaban habían desaparecido con sus cantos, nos arrastramos por entre los rastrojos sin abandonar las provisiones, pensando en el hambre de nuestros hermanos que harían fiesta con el contenido del costal.

Tres días con sus noches fueron necesarios para el reencuentro con nuestras familias. Guiados por las pisadas del tropel, dedujimos que se habían guarecido en terrenos de mis abuelos maternos, que por ser godos habían escapado a la terrible maldición. A punta de oraciones volvieron a encontrar a sus rezagados hijos, que al acecho de los peligros propios del desplazamiento encontraron el camino de los nuevos horizontes, que mamá había sentenciado.

— En el «sálvese quien pueda» cada cual se había encontrado con su propio destino. Sin rumbo desconocido, convertidos en artífices de su propio infortunio, los niños nos sumergimos en un sueño de mundos fantásticos, embriagados en su encanto, como seres ávidos de felicidad. Sin embargo, una oleada de sentimientos confusos y emociones escalofriantes recorrían nuestros cuerpecitos que apenas empezaban a vivir.

Ya un poco en calma, mamá avanza con su legión de hijos a los nuevos horizontes, dejando a la saga a los otros peregrinos que al igual que nosotros huían con sus desesperanzas, su mirada vaga sin rumbo, que tras las imágenes del horror produce un devoramiento encarnizado y brutal que penetra hasta el fondo del alma. Los niños lloraban ante la adversidad sin que sus facciones reflejaran el dolor real del sufrimiento. Sus rostros no guardaban relación alguna con la emoción, pero tampoco con la capacidad de desatar la ira, el odio o el desprecio de un mundo que los relega a un acontecimiento doloroso.

III

«Cañabrava», así se denominaba la finca de mis abuelos maternos. Se decía que su nombre derivaba de la bravura de sus gentes. Una casa de zinc, enorme, rodeada de platanales y siembras de café, que presenciaba la llegada de unos desplazados sudorosos por el sufrimiento y la preocupación. Sentí que el sencillo corazón de mis abuelos se oprimía de bondad. Sus ojos se preguntaban acerca de lo que pudo haberle sucedido a esta familia. Mis abuelos eran godos, y vivían entre godos, por lo tanto no se explicaban lo sucedido, el porqué huíamos de esa manera, cómo se había apoderado la desgracia de nuestra existencia por el hecho de que mi papá fuera de estirpe de cachiporro, por qué éramos condenados al suplicio del exilio provincial. Sus brazos se abrieron para recibir a esta desbandada que con emoción, alegría y ansiedad se apretujaban, olvidando el paso del tiempo, en un abrazo como de fuego, que contagiaba de calor a estas criaturas desvalidas. Al fin, un alimento en familia luego de largas jornadas. Mi abuela se esmero por llevar a la mesa una abundante cena que devorábamos como salvajes, casi sin respiro, comíamos desaforadamente para luego caer rendidos y aplacar el terror en las esteras que mi abuela había preparado. Preguntábamos por Archila, el policía, sin obtener respuesta; se decía que en «El aventino» se había unido a los suyos.

Desplazamiento

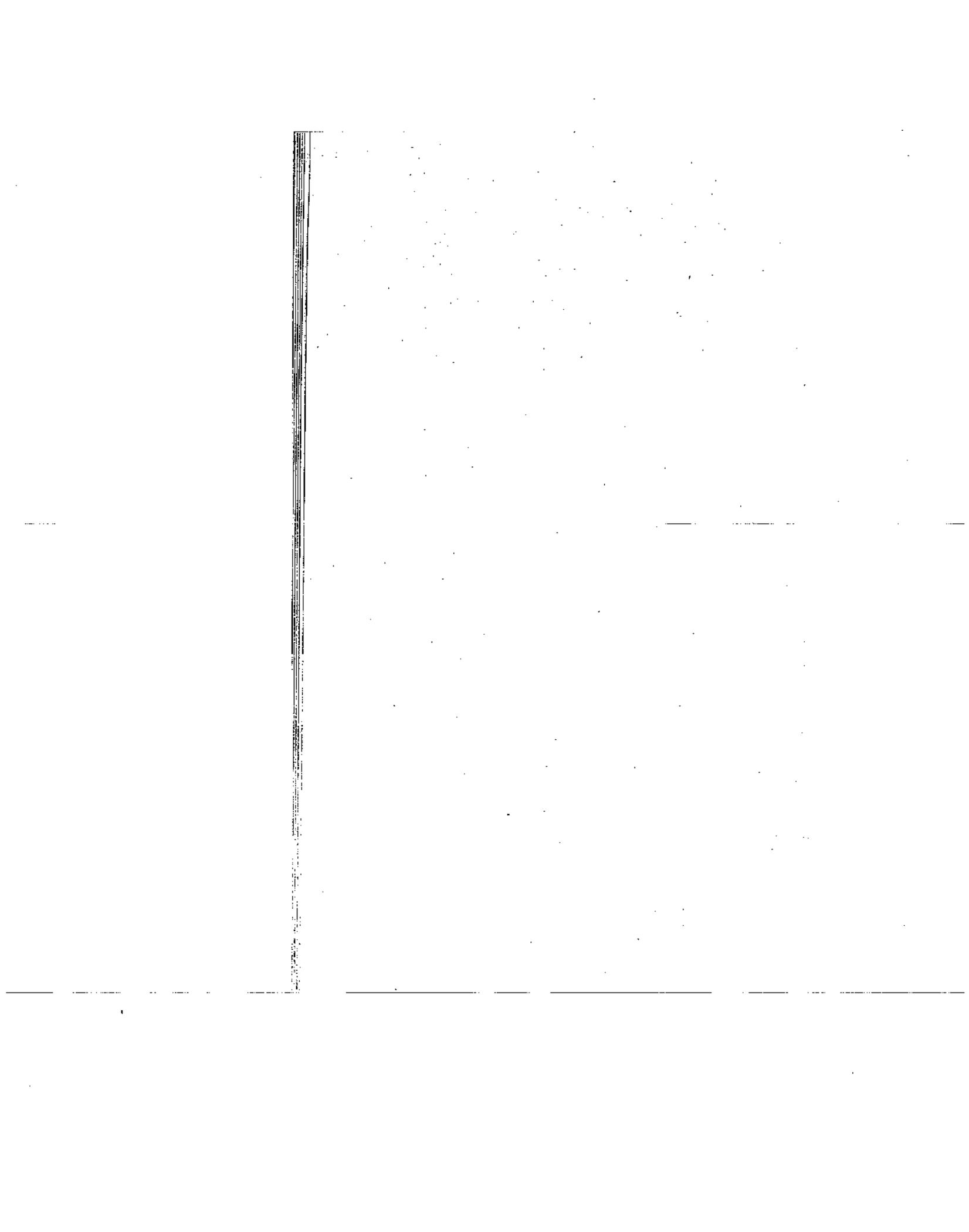
Los meses transcurrieron en Cañabrava, en medio del dolor y la tristeza que nos embargaba por la ausencia de mi padre, a quien no habíamos vuelto a ver desde que organizó la resistencia. ¿Habría sido víctima del vandalismo?, ¿habría tenido éxito su rebeldía contra la adversidad? Yo espiaba tras las rendijas de las puertas, con el ánimo de enterarme acerca de la suerte de papá; fue así como en una noche estrellada, al ritmo sonoro de los grillos y bajo la luz de las velas que relampagueaban sobre la mesa, conocí la realidad que nos acechaba. Mi abuela le exigía a mi madre que abandonara a papá en caso de que se encontrara vivo, para evitar que se extendiera a ellos la desgracia que nosotros arrastrábamos. Mi madre intentaba aclararle que en su hogar había reinado la concordia y la comprensión, y que por eso no encontraba justificación alguna para tal preocupación. En vano, los motivos de mi abuela se estrellaban contra todas las razones de mi madre. Una oleada de odio se levantaba en su alma. ¿Odio? Sí, esa fuerza destructiva que si no se detiene con la fuerza de la voluntad, y la razón puede arraigarse en el alma y destruir con furia como el huracán.

El alma de campesina de mi madre se negaba a aceptar lo expuesto por mi abuela. Entonces decidió darle continuidad a sus padecimientos de desplazada, y al amanecer, bajo la lluvia y la niebla de ese día, con cinco de sus siete hijos que quisieron ser cómplices de su destino, partió rumbo al pueblo de Rionegro, con la esperanza de que un amigo de mi padre le brindara refugio. Partió con la esperanza de que si Dios santo y la virgen del Carmen la ayudaban, papá aparecería un día y nos protegería.

Papá había sido encerrado en una hoyada sin salida. Salvo los brazos abiertos del río, que con sus riesgos lo aguardaban, sin otra opción que perder la vida a

Caida realidad

manos de los godos, se lanzó al agua yerta que lo condujo precisamente a los terrenos de mis abuelos, quienes al descubrirlo amenazaron con entregarlo, y quitarle el sufrimiento al que había expuesto a mi madre. Mi padre guardó silencio. Con esfuerzo contempló la ausencia de ternura en el rostro de mi abuela, y prometió alejarse de sus vidas; tomó entonces el mismo rumbo de mi madre, buscando no dejar huella, con un sentimiento de sueños confusos, que lo arrastraban como lo había hecho el río.



IV

Rionegro es un pequeño pueblo de Santander del Sur, cuyas hondonadas reflejan sus fecundas tierras de grandes paisajes silenciosos. Pulula en lo más hondo de mi alma su recuerdo, sin poder arrancar sus visiones, que el dolor cincela hasta el presente. Cuántas veces siento que el alma se me escapa y vuela a la alta montaña donde el viento cincelado acaricia sus mañanas.

Allí empezó la pesadilla. Mi madre, a quien la gloria enaltezca, haciendo uso de su desempeño creativo, organizó su propio comercio de papa, al que se plegó mi padre. Era tanta su fe y esperanza que éste floreció igual que las orquídeas que mamá cultivaba en lo alto de los árboles con el estiércol de las vacas. Nosotros encantados al amanecer, con nuestros silbidos acariciábamos las bondades del rocío que golpeaba nuestras mejillas, a la espera de gozar de la espuma de la leche de la vaca, que mamá ordeñaba a muy temprana hora. Descendíamos al río mientras cantábamos las tonadas que la maestra Alejandrina nos había enseñado y que aún recordamos: «Vamos a la obra a trabajar, ya canta el gallo, ya viene el sol, con el trabajo se gana el pan, viva el trabajo, viva la paz». Nos sumergíamos en sus aguas cristalinas, salíamos y merendábamos el avío que mamá preparaba para la jornada. Nuestra madre con insistencia nos repetía que la pobreza con dignidad hacía los albores del futuro.

Desplazamiento

En la escuela, se aprendía a respetar los signos patrios, y se nos explicaba el porqué de su importancia. Nos alegraba la llegada de las fechas memorables. El primer año escolar transcurrió de manera grata, entre gritos y risas de inocencia: felices recuerdos de esa edad que no tiene regreso. En ese momento no imaginábamos el despiadado futuro que nos esperaba, no presentíamos el fracaso ni las desesperanzas, verdades ocultas en la madeja tejida por las aves.

Un atardecer, al regreso de la escuela, en medio de una gris y vaporosa lluvia, encontramos un aviso en el que se nos informaba que mis padres habían tenido que abandonar de nuevo su morada y debíamos llegar a donde un padrino que nos esperaba para albergarnos. La escena era violenta, la intolerancia y la retaliación regresaban. Ideológicamente, la persecución y el aniquilamiento estaban encaminadas a una estrategia de legitimidad criminal conservadora, auspiciada no sabíamos por quiénes. No los conocíamos. Nuestras mentes infantiles sólo distinguían con perplejidad el sacrificio de nuestro padre, quien, sacado de su región, ahora se exponía al horroroso momento de la retaliación. Un hombre bueno, sencillo, trabajador, de corazón generoso, de gran sensibilidad, bondadoso, había tenido que abandonar a su familia, hecho que se hacía extensivo a los demás emigrantes, quienes al borde del hambre y amedrentados en silencio, masticaban su angustia y su tormento ante la adversidad.

Mi padrino nos acogió. Como condición para protegernos, teníamos que abandonar la escuela, ya que el riesgo se hacía mayor. La tristeza se reflejaba en nuestros rostros, pues amábamos la escuela, y anhelábamos regresar a ella igual que las palomas van detrás de su grano. Nosotros buscábamos nutrir nuestra mente con el saber. Más allá de nuestra voluntad, un presentimiento nos estremecía y nos atemorizaba. No era fácil expli-

Ciudad realidad

car cómo tan inesperadamente podían sucederse acontecimientos de zozobra, que de repente nos ponían a prueba en esta realidad. Un sentimiento de piedad se estrellaba contra el horizonte a mil velocidades. ¿Que habíamos hecho ahora para merecer tantas desdichas? ¿Qué precio debíamos pagar por aferrarnos a la vida? Pasado este nuevo sacudón, entendíamos de qué manera el reflejo de una crisis de la sociedad debía ser llevado a costas por mi padre. Su anhelo de libertad se asociaba al despegue de la vida, por lo cual debía afrontar no sólo los altibajos de su resistencia, sino los críticos momentos que la razón le imponía.



V

Exiliados en nuestra propia patria, Bucaramanga se convirtió en el centro de operaciones de la familia. Mamá, que no declinaba su persistencia en hacer de sus hijos lo que ella no había logrado, se esmeró por alcanzar un cupo en la escuela, asunto que nunca ha sido una prioridad para los gobiernos en Colombia. Ella aceptó un cupo en la escuela local. La jornada del desplazamiento era agotadora, había que ir del barrio Chapinero al teatro Colombia, cerca donde quedaba la escuela, y cómo solo quedaba un cupo, le fue asignado a la menor, quien quedó gracias a la directora Elisa, una buena mujer que padecía la enfermedad de Parkinson.

En una casalote mamá nos había albergado. Dado que lo que habíamos tenido en nuestra tierra no volveríamos a encontrarlo, tuvimos que enseñar a nuestro organismo a no pedir más de lo que se le pudiera suministrar. Ella que había sido patrona, ahora debía someterse a lavar ropas ajenas para sostener a su familia. Las nuevas circunstancias nos obligaban a abandonar nuestra niñez, para sumergirnos en la pesada labor del trabajo. Así empézábamos a vislumbrar los nuevos horizontes. Se plasmaba en la realidad los acontecimientos cotidianos de una familia desplazada.

Desplazamiento

Las habilidades de mi madre contribuyeron a la economía familiar, que si bien no alcanzaba para una alimentación adecuada, al menos permitía que sus hijos no fueran a la cama con el estómago vacío. Nos enseñó a compartir con los otros lo poco que se conseguía, movida por la tristeza que le generaba el hambre y la miseria de otras familias, que habían corrido la misma suerte.

En el asilo de San Rafael me extrajeron mi primer diente, sin anestesia, puesto que ésta tenía un costo, y con dolor se hacía gratis. De ahí mi terror al odontólogo. El drama de la atención hospitalaria deficiente lo presencié en un desplazado a finales del año 2001. Un hombre moreno reflejaba su dolor en gestos de angustia, por lo que le pregunté si podía ayudarlo en algo, él me contó que había sido rechazado en un hospital por no tener con que pagar la cuota «moderadora». Mi recuerdo de niña desplazada afloró en mi memoria. Estos son recuerdos que aunque queramos evadir, punzan y acribillan cuando menos lo esperamos. Son las secuelas del dolor.

Sabíamos que mamá se encontraba escondida con papá. Él decidió meterse en la chusma liberal y por consiguiente no era oportuno acercarse a la casa. Además porque mis abuelos, quienes lo creyeron muerto, habían decidido vender su finca y comprar la casalote donde vivía mamá. Lo mejor de esta vivienda era que las huertas que ella cultivaba para el consumo se parecían a las de nuestra antigua casa. Mi madre hizo su huerta como siempre. Las lechugas y las zanahorias desaparecían al amparo de las sombras de la noche, puesto que yo le ganaba a los conejos; era una forma de complementar el escaso alimento que se nos suministraba. Mamá responsabilizaba a los animales que acababan con su huerto; y ni qué decir de su cultivo de uvas, al que le enterraba panela para que la cosecha fuera dulce. Yo aventajaba a mis hermanos puesto que no conocía el

Ciudad realidad

miedo, amaba desafiar las sombras que según las anécdotas aparecían en las noches. Fue así como las sospechas recaían sobre mí. Una noche papá montó guardia, y me cogió con las manos en el huerto. Él entendió que el hambre le puede al miedo que nos infunden de pequeños y reprochó mi conducta por beneficiarme sola sin tener en cuenta a los otros. En la escuela una niña, que por sus privilegios siempre gozaba de su recreo en cada jornada, fue objeto de nuestra poca resignación a la injusticia, así que hicimos que «compartiera» sus privilegios, desde luego, con chantajes. Y es que se aprende desde la miseria a presionar la justicia, así nos castigan con hosca mirada. Los castigos eran salvajes, en el patio, a pleno sol, nos ponían de rodillas sobre granos de alverja y nos pegaban con una regla en las manos.

La ciudad era muy diferente a nuestra región, allí la libertad sin impaciencia ni pesadumbre nos convidaba al disfrute de la tierra que cultivaban los adultos. Esta libertad quedó sepultada en las sombras del progreso, en donde mamá en el encierro de su trabajo y el trajín cotidiano desconocía. Pero nosotros, en el camino a la escuela, descubríamos con ansiedad silenciosa la gran distancia entre el desplazado que gime sus añoranzas, sin vislumbrar su destino, y quienes reposan a sus anchas en los destinos de la sociedad avasallada.

Cuando mamá conoció las novedades cotidianas de sus hijos fuera de su morada, su reacción fue de estupor. Había expuesto a sus hijos a una suerte artificial, y en medio de la incertidumbre, por la ausencia de papá, un extraño presentimiento estremeció su pensamiento. No se explicaba como, tan inesperadamente, podían ocurrir situaciones ajenas a sus conceptos. Una compasión impredecible e involuntaria la atropellaba con sentimientos de piedad hacia sus hijos. En sus insomnios de varias noches llegó a la conclusión que a lo mejor estos presentimientos no llegarían a darse, y con

Desplazamiento

raciocinio elocuente justificaba su dedicación incondicional por el futuro. Aunque sabíamos que algo la atemorizaba, se esforzaba para no dejarlo notar.

A partir de entonces papá se dedicó a organizar su tardío retorno, y entró en una profunda meditación acerca de su decisión. Le estremecía la idea de que mis abuelos pudieran delatarlo, e indagó en su interior a la espera de encontrar la mejor respuesta en su corazón. En todo caso, la decisión fué la de abandonar los parajes de quienes andan peleándose por la dignidad y la vida. Se pasaba noches enteras en vela divagando, indagando en su interior, acerca de los efectos de su decisión; cuando lo consideró razonable, se trasladó al seno de su familia. Atragantado con sus más sensibles inseguridades, por lo que pudiera pasar con su existencia, deambulaba pensativo por los largos corredores de la morada, a la espera de la reacción de mis abuelos. Contrario a lo esperado, una bienvenida con una enorme taza de café lo reconfortó y lo sacó de su temor de ser rechazado y peor aún de ser un cachiporro fracasado.

VI

La vida transcurre entre altibajos, sin que nada detenga el discurrir del tiempo. Papá se incorporó a los quehaceres de la subsistencia, entre añoranzas y desesperanzas, pero con su dignidad en alto. Sin embargo, contemplaba impotente las trochas que deberían recorrer sus vástagos.

Una mañana muy fría, mientras rayaban la yuca para producir almidón, y en medio de los bultos de carbón, un inesperado toque a la puerta sofocó con una mezcla de angustia el altivo corazón de mamá. Su intuición de mujer combativa no se equivocaba, alguien con mucha propiedad desde el exterior le gritaba que sacara a ese cachiporro hijo de puta, para batirse a machete. Mi hermano Evelio y yo salimos por un agujero que daba al lado del precipicio de nuestra vivienda para buscar a la policía. Pero ésta hizo caso omiso de nuestras súplicas, y nos amenazó con su bayoneta; nos dijo que regresáramos de donde habíamos salido; además advirtió que era deber de los godos limpiar la tierra de esos malnacidos cachiporros. A mi corta edad ya conocía la dignidad, por lo que grité con la cabeza en alto que mi padre era honra para muchos, que trabajaba y con esfuerzo nos mandaba a la escuela, hecho que era mi gran orgullo.

De esta manera regresamos con nuestras almas arrugadas de dolor y tristeza, imaginando encontrar a

Desplazamiento

papá con el «corte de franela» que ya interpretábamos por los actos que habíamos visto desde muy temprana edad. Entre el temor y la angustia encontramos el amigo de papá, godo por cierto, quien nos dijo que realizaba una pequeña labor según sus palabras. A nuestras suplicas, el hombre nos acompañó diciendo que si papá salía de esta era mejor marcharse, puesto que ellos renovaban la generación de malnacidos, y que éste no era lugar para nosotros.

Nos habló de un padrón, término de uso actual igual a empadronamiento, palabra que en medio de mis angustias guardé en mi memoria. Al averiguar sobre el término, deduje que se trataba de una lista para el control de los habitantes que se desplazaban de las regiones.

Este asunto hoy ya no es una novedad, sólo un retroceso en la civilización, por el recorte de las libertades que este acto implica. Es la ignominia del poder de la sociedad fragmentada. Cuando regresamos a casa, en ese preciso momento derribaban la puerta, aparecimos con el señor Ramón quien de inmediato dio la orden de solo cortar la manga del pantalón marrón de mi padre, era un anuncio de lo que le esperaba si continuaba por esos alrededores. Esa madrugada, parecida a la noche aciaga de nuestro desplazamiento, aprendimos que el gemido padecido por el pobre bajo el silencio de los opulentos alberga sentimientos que pululan sobre el lomo de las contradicciones. En medio de esta tormenta, los pobres se debaten entre las atiborradas ilusiones de la infancia y las nostalgias de la realidad.

La señora Julia, a quien mis padres habían apadrinado a su hija Eduviges, en momentos en que nuestro asentamiento en la vida gozaba de ciertos privilegios, fue un corazón grande que nos ayudó. Mis padres eran muy acechados para los padrinzgos, pues según las leyes teológicas, tener padrinos es sinónimo de seguridad

Ciudad realidad

económica, puesto que el padrino debe velar por la seguridad de su ahijado. Eso nos enseñaba el padrecito Durán en su homilía, solo que él contradecía ese mandato. Este principio eclesiástico se invirtió en protección a la familia de sus compadres. Esta nueva etapa, gracias al grande y generoso corazón de doña Julia, quien en actitud compensatoria ayudó a cambiar nuestra situación de hambre, fue menos penosa. Ella, cuya visión fue siempre la de socorrer al necesitado, se esmeraba por llevar a casa lo mejor y en abundancia, ya que era comerciante en legumbres y frutas. El afecto y respeto que profesaba doña Julia por papá, quien en otros tiempos le había colmado sus necesidades apremiantes con el trabajo que le daba en la hacienda acabada de abandonar, hizo que en comparación con otros desplazados, nuestra situación fuera muy aventajada. En un pequeño cuarto, mis padres y sus siete hijos compartíamos las esteras que nos fueron suministradas. La estrechez del cuarto, al que habíamos sido condenados, era lo de menos. Para nosotros lo importante era colmar el hambre atrasada que hacía mella en nuestros desvencijados cuerpos. Era un incierto refugio, al que nos acogíamos movidos por esa esperanza de cambio individual. El campesino hoy y siempre aparece como el habitante de un planeta confuso, agobiado por la miseria y la exclusión, en contra de las leyes que deben ser el reflejo de la realidad.

De nuestros rostros empezó a desaparecer el terror escondido de aquella madrugada, cuando por primera vez entendimos con una sombra de angustia, el peligro que acechaba a papá en la ciudad. Aunque no era fácil conciliar el sueño en esas noches calurosas, por temor a enfrentar en nuestros sueños las imágenes que nos habíamos forjado de la guerra, una sonrisa esperanzadora empezaba a dibujarse en nuestros tiernos rostros. Mamá, apoyada por su comadre, empezó a ejercer su propio comercio. Mi padre, hombro a hombro

Desplazamiento

con Julita, iba y venía en procura de nuevos horizontes. La familia crecía vertiginosamente ya que otros desplazados llegaban en condiciones infrahumanas, por lo que se hacía necesario aumentar las piedras del fogón instalado en el patio de la casa.

Los niños, en gran número, estábamos obligados a recurrir a los andenes, como forma de ampliar los espacios para las idas y venidas de los adultos atareados en la escogencia de las legumbres. La calle era para nosotros lo que los graneles para el café en las haciendas abandonadas. Aprendimos los juegos de la calle, era la escuela que no conocíamos, a clase no podíamos asistir por temor a suministrar información a los «enemigos» de papá. Fue entonces cuando conocimos a los Beltrán, quienes posteriormente fueron personajes de la vida pública y de la banca. Ellos eran voceadores de prensa y laboraban desde la madrugada para apoyar a sus padres. Y junto a ellos aprendimos la venta de periódicos, a escondidas de nuestros padres, para no robarles parte de su aparente tranquilidad. Empezamos a conocer la clandestinidad, pues realizábamos nuestro trabajo de madrugada; aprovechábamos el sueño de mamá y nos esfumábamos con los Beltrán. A las siete de la mañana contábamos con algunas monedas para nuestras golosinas, a las cuales empezábamos a acostumbrarnos. En ese discurrir, entre el juego de la calle y nuestro hacinamiento, añorábamos el regreso a la escuela, a la que mamá nos había enseñado a amar.

Nuestros nuevos horizontes empezaron a despegarse de un día para otro. Yo había herido a uno de los Beltrán en la frente con una canica, en una riña que sostuvimos por los espacios que frecuentábamos. Era mi primera experiencia en estas lides. Pues antes de nuestro desplazamiento, los afectos y la unidad familiar se establecían alrededor del fogón de leña, que se encendía en las noches para la cena y el intercambio de los

Cruda realidad

acontecere cotidianos. Recordar el olor que exhalaba el fuego hasta convertirse en brasa, y luego en rescoldo, impregnando hasta la penumbra, da nostalgia. Aún lo percibo entre las ondeadas que ocultan los caminos, como un final en nuestros imaginarios sueños.

La policía, que acudió con prontitud ante la discusión vecinal, descubrió el asentamiento y tomó medidas no para corregir, sino para detectar que tipo de forajidos merodeaba por los alrededores. Mi padre ajeno a lo sucedido, detectó el peligro y con disimulo se esfumó. Ese día comprendimos el temor de los ciudadanos a la policía. No sabíamos cómo había aparecido la fuerza pública en este lugar, sólo que mi padre le temía a la policía chulavita⁴, que es comparable con lo que hoy se denomina paramilitarismo.

En el asentamiento se encontraba un chusmero llamado Primitivo. Sus historias eran reveladoras, había participado en la resistencia con los liberales pobres, y no con los que Gaitán⁵ llamaba oligarcas. Y es que todos eran gaitanistas y todos pobres. Cuántas historias, cuántas veces con lágrimas en sus ojos y la mirada perdida como un eco desgarrador de sus añoranzas en la paz, Primitivo contó sus cuitas. Tiempos en los que sin bruscos sobresaltos regresaban al atardecer a sus hogares. Historias guardadas en lo más profundo de sus almas. Ya todos ancianos, pobres y humillados, murieron sin conocer los beneficios del progreso, ni la paz.

Este pequeño percance con los Beltrán, nos obligó a alejarnos de la casa de doña Julia. El temor de que papá cayera en manos de los chulavitas enmarcó un nuevo sendero. Para nosotros fue alentador, ya que mamá decidió jugarse su «tranquilidad» para no dejar a sus hijos deambulando en las aceras con un destino equivocado. ¡Oh turbia niñez de quebranto y de miseria, siempre errantes en pos de un sueño!

Desplazamiento

En el nuevo refugio donde fuimos trasladados, gracias a las habilidades de mamá, un nuevo trabajo remplazo los andenes, ahora la fábrica de almidón de yuca era el centro de atención de la familia, desde la madrugada hasta el anochecer. Rallábamos yuca con los ralladores que papá elaboraba con las latas de manteca La sevillana. Para poder asistir a la escuela donde fuimos matriculados, debíamos cumplir un porcentaje de nuestra actividad familiar. Era condición para continuar con los estudios Así evitábamos las discusiones de mis padres, ya que él se oponía a nuestro regreso a la escuela. Para él era mejor trabajar, que sentarse en una banca (que debíamos llevar) a perder el tiempo. Eran grandes los roces entre ellos, por la terquedad de mamá que se esforzaba por nuestro futuro. Locas ilusiones las del peregrino desplazado.

VII

De nuevo nos encontramos con Primitivo, el chusmero. Él tenía una hermana llamada Agustina, quien terminó viviendo con nosotros, no me agradaba compartir mi cama con ella, pero tenía que obedecer las normas familiares. Cuántas veces, a nuestra corta edad, debimos cumplir la misión de centinelas desde tempranas horas de la madrugada. Aprendimos que el camino de la clandestinidad no es voluntario sino que obliga a las personas. Son las circunstancias políticas que generan la intolerancia, la injusticia social, los odios, los rencores y las venganzas a las que nos condenan quienes detentan el poder. No se dan confrontaciones ideológicas, sino un poder ultraconcentrado, con gran capacidad manipuladora, que saca del escenario y de la vida a quienes se mueven con diferentes criterios. Nos hablan de igualdad de condiciones, cuando al ciudadano excluido sólo lo acompañan los callos de sus manos y el hambre en su estómago. Mientras persistan las condiciones de privilegios de un lado, y la miseria del otro, es una grotesca ficción hablar de libertad y democracia. Por eso es que muchos sectores han tenido que ponerse en pie de guerra para sobrevivir. Aunque es un camino tortuoso y lleno de obstáculos que hay que sortear día tras día, se alimenta de la llama de la esperanza y se siente menos temor a la muerte. Yo fui formada en las entrañas de la violencia.

Desplazamiento

Una mañana bien temprano, yo era la encargada de vigilar el sueño de Primitivo, cuando de repente, al observar por el hueco de la puerta que hacía las veces de ojo mágico, vi unos policías que se acercaban a nuestra casa; salté como liebre a informarle a mamá, que era la encargada de las medidas de emergencia, quien a su vez dio la voz de alarma. Todos sabíamos lo que debíamos hacer a una señal suya. Primitivo se refugió debajo de la cama, mi hermanito Alonso de tres años ya conocía la necesidad de ocultarse, el resto nos acostábamos fingiendo dormir. Papá protegía a Primitivo, creo que esto era solidaridad real por la defensa de la vida. La policía ingresó, hizo alguna inspección y salió nuevamente. Realizaban requisas de sorpresa sin previo aviso ni orden judicial. Era algo rutinario en aras de la seguridad democrática. Contrario a esta seguridad, un sin número de cadáveres cachiporros descendían río abajo, los cuervos que acechaban la agonía hacia la muerte daban cuenta a la orilla de las carreteras entre las arboledas de los despojos.

Sorteado este inconveniente, mamá replanteó la estadía de Primitivo, quien había traído a su hermana Agustina para ayudar en los quehaceres de la familia, además de asegurarse techo y alimento, pues sus familiares habían sido asesinados. Un día primitivo desapareció sin dejar rastro, se comentaba que se había enrolado a las filas de la chusma liberal, y que había ascendido a un alto cargo, por su abierto rechazo a las políticas vernáculos aplicadas a la población.

Agustina, de nueve años, ingresó en la escuela igual que nosotros. Su nobleza reflejaba un gesto agradecido, su desesperanza abrazaba un albor de ventura, su mirada era obstinada como el sembrador que desde la semilla comienza a soñar el bosque. Impregnada del entusiasmo de mamá trabajaba con autosuficiencia, aprendía a leer y a escribir con gran facilidad, y nos ayudaba

Cruza realidad

en nuestro aprendizaje. Se convertía en una niña huérfana y desplazada que se resistía a seguir en las tinieblas de la guerra con el alma encarcelada.

En medio de esta turbia niñez, los alicientes se presentaban esporádicamente. Una mañana apareció una señora quien dijo ser tía de Agustina, había sido informada de su existencia. Convencida de que su sobrina se encontraba en buenas condiciones le solicitó su apoyo, mamá la recibió y la puso al tanto de la situación. — Aquí mi querida señora hay espacio para quienes tienen como objetivo superar las pasiones de la guerra, con el trabajo se puede salir adelante, dijo mamá, pero la señora Eloísa tenía un objetivo muy diferente.

Eloísa era muy joven y se encontraba amurallada por el amor de un joven que, según ella, era muy apuesto. Así que buscaba ayuda para penetrar el corazón de su amado. Con insistencia solicitaba al tío Roso, quien se había hecho popular por su capacidad de arrancarle el corazón a los murciélagos, con el cual preparaba una pócima que se le impregnaba a una prenda de ropa del enamorado. Yo conocía su secreto, y al enterarme por Agustina de su soberano amor por el apuesto joven, intuí la posibilidad de ganarme algunos centavos, si le daba asistencia a la enamorada, desde luego, a escondidas de mis padres. Sin conocer aún el amor, sólo el maternal, mi curiosidad se situó en descifrar esa horrible pesadilla que sin tregua acosaba y arremetía contra los sentimientos de la tía de Agustina. Al preguntarle el significado de un enamoramiento, fue como si de manera súbita la hubiera subido a la cumbre de sus mayores expresiones, y me preguntó si de verdad deseaba codearme con sus sentimientos. Yo que amaba las confianzas, deseaba ardientemente deletrear con mi tímida inocencia las fiebres de los adultos y de sus amores enlazados. Así nació la conexión entre una niña desplazada y una mujer prendada del corazón de

Desplazamiento

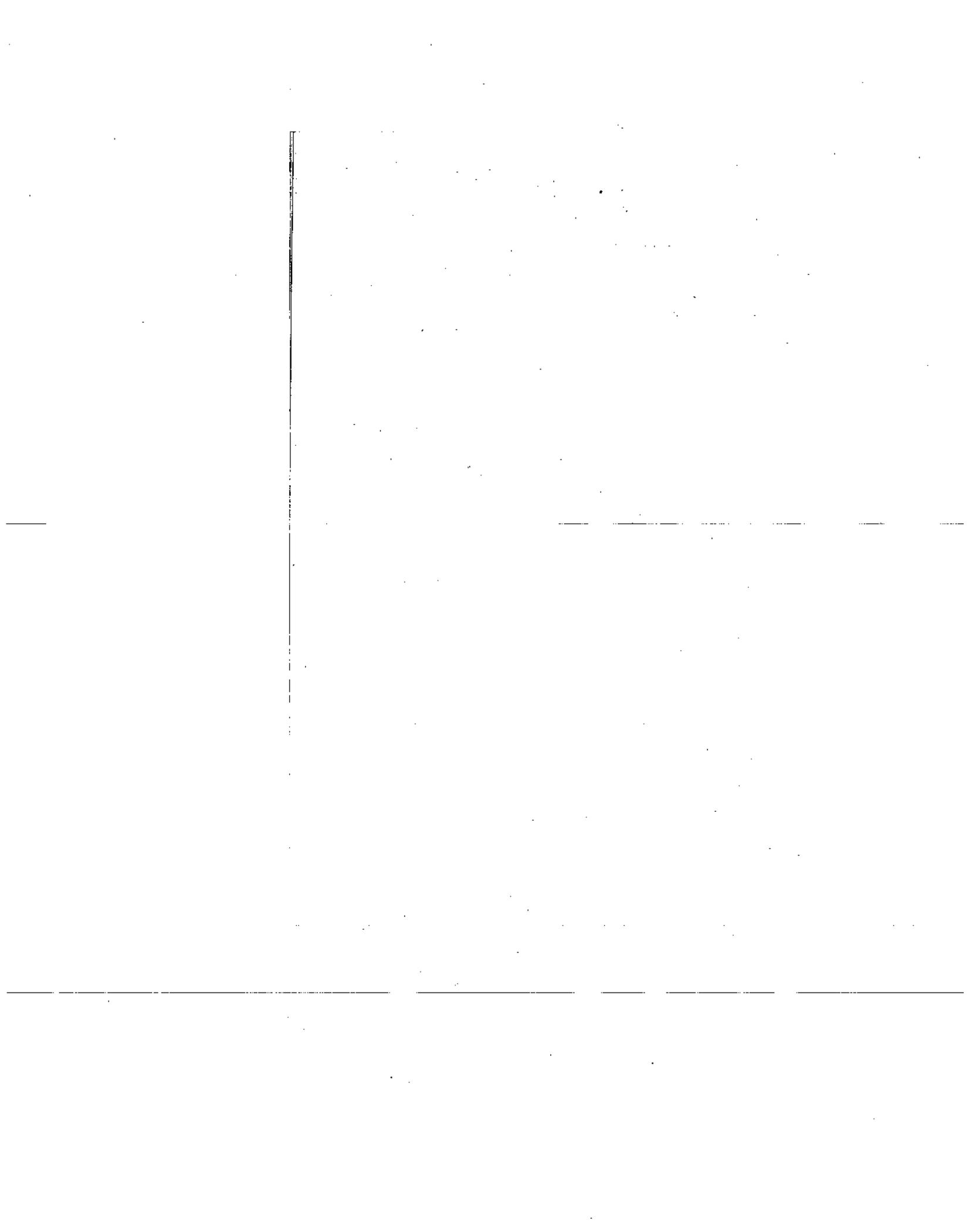
un joven. Al verla adormecida con los dolores humanos del amor, la convencí de la necesidad de enviarle cartas a su amado. No sé de donde me surgió esta idea, seguramente mi alma se alistaba al naufragio de viejas tristezas. El hecho de que ella fuera analfabeta facilitó mi labor. Con mi mediana escolaridad, los logros no se hicieron esperar, le redactaba cartas con las explicaciones que de sus sentimientos deseaba plasmar en un cuaderno que me había suministrado; como en la radio lo popular era escuchar canciones de Olimpo Cárdenas, yo recopilaba el mensaje de las canciones, y con esto organizaba las cartas de amor, que al leerlas las consideraba de gran inspiración, por lo que me hice famosa entre los analfabetas que solicitaban mis servicios de escritora sentimental, a escondidas de mamá. Ni yo misma comprendía el mensaje de mis escritos, pues a mis ocho años, en esa época, el amor era un sentimiento de hermandad como deber humano, que embellece cada instante, capaz de romper los odios que atormentan el alma y los actos de barbarie. Y es que el amor impide el derrumbamiento de los humanos, aunque la amenaza nos persiga hasta asfixiarnos en sus remolinos, el amor es como el péndulo que marca el límite del equilibrio

Agustina junto con su tía flotaban imaginariamente en lo sublime del amor. Hay seres que al sentirlo abrazan con sus espíritus, llamaradas visionarias que deambulan en sus almas y con ardor estrechan sus alegrías jamás experimentadas. En mi ingenuidad era difícil experimentar esa sensación, pero al ir creciendo ese sentimiento iba acompañándome, como el susurro de los grillos en los matorrales con gran fuerza, al igual que el lucero que se refleja en las tranquilas aguas del arroyo. Estas ocurrencias las llevé a la escuela, donde algunas niñas mayores se dejaron encantar por mis dotes, por lo que me hacían partícipe de las golosinas al recreo. Estos

Cruda realidad

recursos los utilizaba para obviar la larga jornada de desplazamiento de mi casa a la escuela.

Para cerrar este capítulo de mis ocurrencias de copiadora de canciones para refrescar el amor de quienes palpitan con desasosiego en el encierro de sus entrañas, la aritmética se convirtió en mi obsesión, aprender de memoria las tablas de multiplicar. Allí encontré otra fuente de ingresos como soplona de mis compañeras, quienes compartían sus ahorros por los resultados matemáticos que les escribía en mis piernas.



VIII

 Los alicientes continuaron. Un día en la escuela nos llamaron a formar, y empezamos a cantar el himno nacional, el cual había aprendido al pie de la letra. Así era la enseñanza de la época, mi voz ardía de entusiasmo con mi mano en el corazón. Seguramente era el escape a las múltiples tristezas que padecíamos, pero además los símbolos patrios eran realmente respetados. El himno nacional lo han mutilado de acuerdo con las conveniencias «patrióticas», no entendía nada del significado pero me gustaba, pensaba que éramos todos los que estábamos heridos, no comprendía que ese quebranto era tan solo para unos, y que las páginas de la historia se enmarcaban con la sangre roja de nuestros padres, que de tiempo atrás la jerarquía de la iglesia, encargada de pregonar la justicia por igual para la obtención del reino de los cielos, se había camuflado en las huestes del poder, ignorando con alevosía y premeditación la causa del sufrimiento de sus feligreses, sin redención en la tierra. Así, sin comprenderlo, entendía a Primitivo, él encarnaba para mí la defensa de la patria herida.

La profesora Elisa nos tenía preparada una noticia que marcaría tantas vidas infantiles. Con un discurso de introducción a la jornada de la entrega del vaso de leche con banano, a los estudiantes de las escuelas públicas la profesora Elisa nos daba la bienvenida al adve-

Desplazamiento

El nacimiento del nuevo gobierno del General Gustavo Rojas Pinilla. Saborear un vaso de leche en esas circunstancias fue algo que transformó nuestra conducta. Así se comprende que el hambre y la miseria son causantes de la guerra, así quiera demostrarse que no es el motivo de fondo, según estudios. Vivirlo en carne propia nos da autoridad para sostenerlo. Y es que las secuelas de la desnutrición en los niños van generando aparte del retraso en el crecimiento físico, el intelectual, y mina la sonrisa radiante del adulto del mañana. Para que hablar de la educación, si ésta no va acompañada de un empeño social integral. La miseria y la desnutrición deben ser una vergüenza para la sociedad. Se desgañitan hablando de paz con palomas dibujadas como símbolo, sin que se generen resultados sociales, mientras lo que vale es cuántos muertos se contabilizan en cada enfrentamiento. Las detenciones no cuentan, es cómo se posesiona la paz. El país se asfixia entre grandes titulares de prensa que juegan con las cifras, sin inmutarse por los acontecimientos del deterioro social. Somos objeto del discurso, pero de indiferencia en los hechos. «Pacificar» el país a como dé lugar es lo que cuenta.

En mi familia se dió un giro inesperado. Papá, a quien le gustaba usar pantalones color caqui, podía volver a usarlos sin el temor de que fueran cortados en sus piernas. Para los niños lo que importaba era saborear ese vaso de leche que el teniente general Gustavo Rojas Pinilla nos enviaba, pues nuestras bocas habían olvidado el agradable sabor de la leche, pues era inaccesible al bolsillo de nuestros padres. En la hacienda de Versalles no sólo gozábamos el amamantamiento que le quitábamos a los terneros, sino que teníamos a nuestro alcance la leche que se nos antojaba.

Así que esto del general con los niños desplazados, llegando a las escuelas, era todo un acontecimiento, que nos generó el dilema de cómo estar de primeras en

Cruza realidad

la fila. Se hablaba de las bondades del golpe militar, era la manifestación y la avidez del campesino porque llegara una mano salvadora que lo rescata del grito agigantado de la violencia bipartidista.

Empezamos a familiarizarnos con la música alusiva al general como: «ahora en Colombia ya todo está bueno, gritemos cantando, que el presidente llega en hora buena para consolarnos, 13 de junio que todos recuerdan con gran emoción, que Rojas Pinilla llegó a presidente para salvación, por la patria y por la paz y también por la justicia». Y sin olvidar la que decía: «Aquí no hay teque que teque ni palo con armazón, se acabaron los pereques en todita la nación. Pongan cuidado señores, la lucha va a terminar, p'al que tenga sus labores ya llega la libertad». Esta fue otra forma de financiarme, pues papá, que había recibido con tanta esperanza el advenimiento de Rojas Pinilla, se fanatizó al punto de que si yo le cantaba estas canciones, me daba mis reales a escondidas de mamá, incluso compró la selección de discos para su viejo *Pick Up*. Mi voz me ayudaba, cuando sus amigos rojistas se reunían. Nos enseñaba las bondades del nuevo presidente, él seguía paso a paso sus discursos, todo era algarabía para los desplazados políticos, quienes cifraban sus esperanzas en el nuevo advenimiento. Nos decía que de pronto podían matarlo como a Gaitán, puesto que las personas que tienen intenciones sanas con el país los asesinan o caen en desgracia, ese era papá.

Empezaron a censar a las familias para las acciones sociales. Un día le llegó a mamá una boleta con el número preciso de hijos para que fuera a inscribirse al programa de Cendas para el beneficio de los niños. Mamá, que no se regocijaba con el advenimiento del nuevo mandatario, debido al fanatismo que inspiraba en papá, entre dientes le refutaba y le hacía caer en la cuenta de que no había que creer en tantas bondades, puesto que hoy nos

Desplazamiento

daban leche y mañana nos darían bala nuevamente. A ella sólo le interesaba recuperar lo perdido pues no le gustaba vivir de la limosna, ni seguir levantando a sus hijos bajo el amparo de la hipocresía, y que seguiría con su dignidad de campesina hasta la hora de su muerte. Ella había descubierto que Rojas Pinilla era godo, por eso no creía en el cambio, pero papá le replicaba que gracias al general él estaba vivo y que por el hecho de deberle su vida sería rojista como lo fue gaitanista. Las predicciones de mamá se fueron corroborando a lo largo de los años.

A papá le tocó asumir lo de Cendas, ya que mamá se negó rotundamente al programa asistencialista. Él organizó los turnos para recibir las bondades del programa del General, era el programa de doña Carola, su esposa, y su hija María Eugenia; eran tres litros de leche diarios, que nosotros nos gozábamos al máximo. Tres hermanos congraciamos con el rojismo de papá, y es que la situación se distencionó, se hablaba de paz con justicia social, los perseguidos ya no lo eran, se hablaba de fraternidad, etcétera.

En una Navidad en el primer año del gobierno del generalísimo Rojas Pinilla, una mañana aún con el alba, tocaron a la puerta y yo que era buena madrugadora me estrellé con la realidad de unos soldados en la puerta, no sabía qué hacer; acostumbrada a sentir temor de los uniformados, sólo acertaba a responder que mis padres no se encontraban, con la esperanza de que su malicia los ayudara a esconderse. Sin embargo, tal vez mi rostro triste y turbado les indicó la necesidad de informarme que ellos querían hacernos entrega de unos bonos para la cena navideña, y que era necesario de que mis padres se encontraran. Era un 22 de diciembre, no he podido olvidar esa fecha. De paso, informaban que era necesario estar en el estadio Alfonso López a las diez de la mañana para los regalos de los niños. Las canastas

Cruda realidad

de la cena fueron entregadas en las propias casas en camiones del ejército. Elevé una oración por lo que nos sucedía, yo suplicaba por la muñeca que tanto deseaba tener entre mis manos.

La canasta era completa para una cena; luego de tanto tiempo sin probar las delicias a las que nos habían acostumbrado, hasta mamá en medio de su dignidad acertó a decir que al menos eran de buena calidad, y mientras papá veneraba a su general, nosotros nos sentaríamos a la mesa a recordar lo que era nuestro. Papá no tenía ni idea de lo acontecido, pues viajaba alrededor de la región, convencido de que la guerra había terminado como lo decía la canción. Estrellado contra su propia realidad, hubo de vivir su mayor odisea para salvar su pellejo gracias a las caudalosas aguas del río Negro, pues al no tener otra opción se lanzó desde su cuenca para que lo llevara consigo entre sus aguas, cuando todo estaba perdido para él.

A las 10 de la mañana estuvimos en el estadio, sin mamá, sino por iniciativa propia. Yo seguía rogando por mi muñeca para reemplazar la que fabricaba de manera muy rústica con los palos de café. Desistí de rezar, al recordar la traición del curita Durán. Luego de cantar los villancicos y cuanta cosa se le ocurriera al padrecito, retomé mi protesta de no pedir a santo alguno, pues lo consideraba responsable de tanta crueldad, de nuestro desplazamiento, desarraigo y de tantas humillaciones. Al recordarlo como lo vi, con su fusil en la mano, tratando de asesinar a mi padre que encabezaba la resistencia, y sobre todo a la comadre parturienta que colgaron junto con su bebe, sentí horror. Gracias a mis habilidades observatorias, me revelé a aceptar las creencias religiosas a tan corta edad. Y es que habían torcido nuestro destino por el sendero de la desarticulación.

Cruzaba los dedos a la espera de mi turno, acariciando imaginariamente entre mis manos el cuerpo iner-

Desplazamiento

te de la muñeca, descubrí mis dotes de diseñadora, dibujaba cual relámpago los modelos que esta vestiría, pensé en llamarla María. Un chasquear de mis dientes interrumpió mis sueños cuando informaron que se aplazaría la entrega hasta las tres de la tarde para los que faltaban, debido al oscurecido cielo, que pintaba gotas de agua en esta mañana de tantos sueños de niños desplazados. Lo consideré injusto de parte de Dios, pues robaba nuestros anhelos del momento. De pronto, un militar observó que nadie se movía, entonces decidió continuar, así fuera con el agua encima, a lo que en coro gritamos que no importaba la inclemencia del tiempo. Regresó a mi imaginación la noche aciaga.

Cuando llegó mi turno, suspendieron por un momento la entrega; sin que mis lágrimas brotaran, bebí mi amargo llanto. Luego de algunas discusiones entre los militares, y las mías con dios, al que le reprochaba lo injusto de su actitud, recibí mi muñeca, mis sollozos internos y mi tristeza desaparecieron de mi impaciente rostro. La entrega de la muñeca fue todo un misterio, pues casi todos los regalos eran ropa, pero yo logré la muñeca que buscaba con tanto afán. Aprendí que peleando con Dios, tal vez su ira aplacaba lo oscuro y sucio del destino. Sólo que se ha olvidado de apaciguar las ambiciones de los poderosos, por las que se teje nuestra historia.

Con una pila de esperanzas reflejadas en mi rostro, seguí rumbo a mi destino, olvidándome de mis hermanos que esperaban su turno. Por fortuna conocía el camino de regreso a casa, zigzagueando pero con alborozo indiscutible, observaba mi muñeca. Al enseñársela a mamá ésta me lapidó con su mirada, no aprobaba que estuviéramos sujetos a la mendicidad. Consideraba que eran mañas de los gobernantes quitarles sus haberes para luego retribuirlos en beneficencia, y seguir dando látigo a los humildes con sus abrojos. ¡Qué dignidad tan grande era la de mamá!

Cruza realidad

El acérrimo rojismo de papá, que se multiplicó a raíz de sus donaciones, fraccionó la relación con mamá, quien optó por imponer su indiferencia como barrera entre la política y la familia. Mamá jamás hizo caso de la leche que llevamos de Cendas, la misma que colmaba en parte nuestras necesidades apremiantes. Decidí ser cómplice de mi papá debido a mi muñeca, la que generó mis afectos por el General, incluso superé el fanatismo de papá. Me peleaba a golpes con quien ofendiera a Rojas Pinilla. No entendía mucho el papel de los informadores de tergiversar las realidades, pero cuando se decían sandeces en un acto de protesta, apagaba el radio. Vivía pendiente de los discursos que hablaban de justicia, libertad y paz. Interrogaba a papá sobre el contenido de los discursos, y él me respondía que no entiendo muy bien pero qué carajo, si nos habla de paz hay que apoyarlo, con la paz recuperaremos lo perdido, la justicia la conseguiremos con el trabajo. La paz es más importante, que podamos vivir sin odios ni rencores, así nos respetaremos. Era lo que hoy en la moderna fraseología se denomina convivencia, eso era lo que él anhelaba. Me hablaba de las oportunidades que el gobierno debe darle a la gente para su recuperación. Es que un buen gobierno debe ser como el padre que apoya a su hijo para que progrese. Mi padre creía que la satisfacción del gobierno debía ser que sus ciudadanos mejoraran sus ingresos.

Una llegada de Rojas Pinilla a Bucaramanga era todo un acontecimiento, el pueblo se volcaba para recibirlo con sus promesas incluidas. Mi hermana Aminta no aceptó jamás el rojismo, ella era de la talla de mamá. Nos dividimos entre rojistas y lleristas sin comprender mucho, pero el respeto se imponía, de vez en cuando nos radicalizábamos, pero nos tolerábamos.

IX

Erecimos en medio de los bandazos políticos y familiares. En lucha permanente contra el destino, sin desechos en nuestras mentes, nuestros padres se esforzaron por brindarnos la mejor herencia en esas noches de invierno: prudencia y mucha honestidad, en medio de una sociedad individualista y perversa con los niños.

Terminados nuestros estudios primarios, los secundarios, por más amor que nuestros cuerpos abrazaban, les fue imposible dárnoslos. Nada que se cumplieran las oportunidades para los humildes, por lo cual mamá decidió inscribirnos en programas de artes manuales. No había derecho a la escogencia de acuerdo con las habilidades. Nos fuimos insertando en el mundo del trabajo a muy temprana edad. Fue una adolescencia sumida en las cavilaciones, saboreando con la memoria sorbos de dulzura y de recuerdos como el de los perfumes que exhalan los bosques.

Con muchos esfuerzos y tenacidad, mamá —quien no se resignaba a que sus hijos siguieran el camino de la ignorancia—, pasado un año logró una beca en el colegio del Sagrado Corazón de Jesús. Para papá no fue muy placentero el acontecimiento, pues su concepción machista no le permitía aceptar el hecho que las mujeres estudiaran, para él era más importante que la madre las educara en los quehaceres hogareños.

Desplazamiento

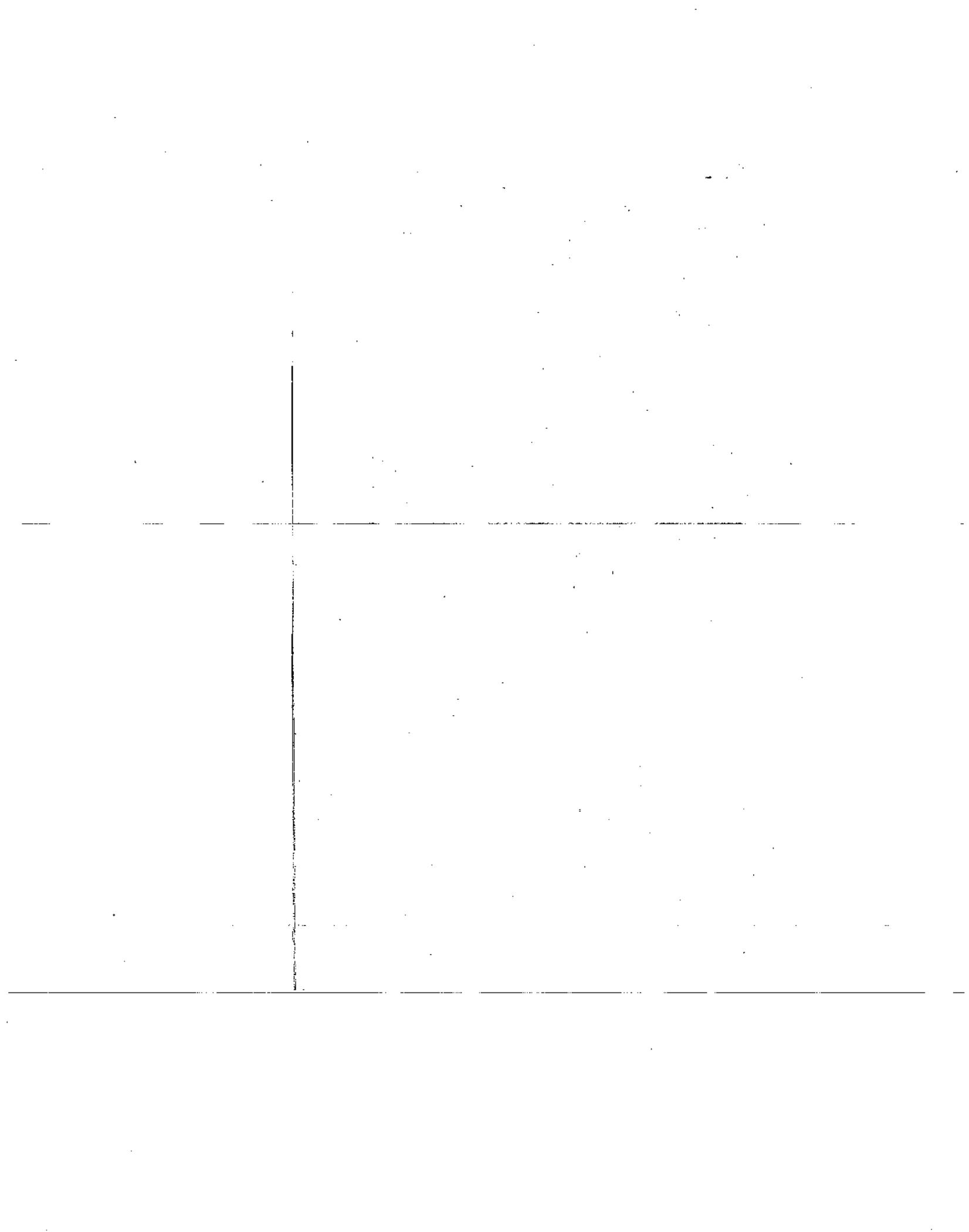
En el colegio los esfuerzos eran supremos, pues un año sin estudiar desubica a un niño, y en la medida en que avanzaban las clases, las dificultades para conseguir los libros eran mayores. Por eso el logro de mis años de secundaria fueron esfuerzos sobrehumanos, por lo que debimos retornar a los quehaceres hogareños, mi mamá protestó, en el sentido de que a los pobres les está vetado el derecho a la escolaridad. Para ella un país que no tiene como prioridad la educación de sus niños, es un país que progresa a marchas forzadas, a los vaivenes de los conflictos sociales, por falta de respuestas acertadas a las necesidades de su población.

Basta con ubicarse en la puerta de una escuela en época de matrículas y observar las caritas tristes de los niños que con preocupación miran a sus padres implorar en nombre de Dios un cupo para sus hijos; y ni qué decir de los padres luego de largas jornadas, colas hasta de 24 horas, sin lograr su objetivo. Su actitud pasa de la tristeza a la amargura, luego llega a ese sentimiento de impotencia que se transforma en irritabilidad ante la crueldad de su destino. Así se va generando lo que con tanta preocupación llaman los estudiosos violencia intrafamiliar. Esos choques emocionales salen a circular por las calles y en el primer tropiezo formamos peleas, y de ellas se desprende el odio, el rencor y la venganza, que concluye en lo que se llama violencia generalizada, que va de generación en generación, sin que el Estado se inmute ante la adversidad de sus semejantes. Así lo sentimos quienes hemos cruzado estos pedregosos caminos. Hay que sentarse a escuchar historias de violencia de los individuos, sin convertirse en violentólogo, para comprender la magnitud de sus flaquezas. Es una sociedad egoísta, corrupta e individualista, motivo por el cual su preocupación por los niños pasa a un segundo plano. Su fragilidad se convierte en caldo de cultivo para la rebelión, que entre otras cosas es un derecho, al ser violados sus derechos fundamentales.

Cruza realidad

Por eso comprendíamos a papá cuando escondía chusmeros bajo la cama y entre los bultos de carbón. Era el derecho de las personas a vivir lo que ellos protegían, se hacían cómplices para no dejarse matar y esa complicidad lleva explícita la unión de esfuerzos para su defensa, así haya comenzado con el derecho a no dejarse matar. Estas reacciones llevan a la iglesia a aceptar sarcásticamente la injusticia, y a concluir que no es delito ni pecado matar indígenas y negros.

Independientemente de estos certeros golpes de la sociedad contra los niños, las artes en que mamá nos impulsó nos abrió caminos menos espinosos. La sastrería, aprendida por mi hermana Aminta, le permitió su ingreso a muy temprana edad en la fábrica el Roble, donde pegaba botones, mientras mis hermanos deambulaban en trabajos imprecisos para su edad; la modistería a mí me abrió posibilidades de alejarme de los oficios hogareños que, entre otras cosas, detestaba. Mi búsqueda era tal vez impulsada por los sentimientos de independencia de mamá, al anhelo de no ser como todos, que me impulsó mas allá de la cotidianidad, para estrellarme con mis propias realidades.



X

La adolescencia empezó a invertir nuestros anhelos. El amor tocó a nuestra puerta, y abrió la muralla de nuestros corazones para albergar el febril delirio de nuestras ansias del alma; el nuevo sentimiento robó a nuestras penalidades el aire de sentimientos encontrados que no habíamos invocado. Pero así es la adolescencia, llena de ardientes anhelos. Nuestra imaginación vuela tras instintos, los mismos que hacen que nuestras alas se rompan entre las piedras que atizan el fuego del deseo. Con frecuencia nos sentimos elegidos entre una desmesurada legión de estrellas, que pueden alumbrar nuestro porvenir. Es un instinto que al menos nos ayuda a cerrar sin odios las heridas de una niñez insensible y sombría que afrenta a la sociedad.

En este sendero de acontecimientos políticos a los que no escapábamos, debido a la férrea idea de compromiso de papá con Gaitán, nos fuimos involucrando a veces voluntariamente en otros por fuerza mayor. Es que la política en Colombia se ha dado desde el siglo XIX sobre la base del bipartidismo liberal-conservador, por ello, al formarse el frente nacional en 1958, por necesidades inaplazables de la burguesía, los dos partidos entraron a formar un bloque de poder político y económico, que por su ligamento ideológico y su composición de clase alimentaban unos intereses comunes en defensa del capitalismo, además de ser una forma de enfrentar el surgimiento de nuevas fuerzas sociales

Desplazamiento

La institucionalización de manjobras políticas se afianzaron paulatinamente con la represión. El Frente Nacional para consolidar su legitimidad no vaciló en utilizar a los adolescentes, a quienes nos fue sustraído incluso el derecho a una fecha de nacimiento precisa, ya que para obtener votos nos fue alterada la partida de nacimiento, para luego dotarnos de una cédula que nos permitiera dar el voto antes de los 21 años, que era la mayoría de edad de la época. Por fortuna, y gracias al afianzamiento de unos principios éticos y morales de nuestros padres, no fuimos contagiados por la corrupción, implantada desde las altas esferas del poder. Hoy se desgarran las vestiduras cuando encuentran sofisticados lugares para la falsificación de documentos, sin percatarse de que precisamente recibimos la instrucción desde las mismas instituciones, que para afianzar sus concepciones explotadoras no han vacilado en corromper a la adolescencia. Así se sostiene el *statu quo*.

Esta alianza significó una estrategia de respuesta al surgimiento de fuerzas, que como la Alianza Nacional Popular-Anapo, apareció en el panorama político. Surge de la crisis radicalizada en 1953, por presiones internas y externas, para pactar la caída de Laureano Gómez. Y aparece Rojas Pinilla, como el mediador en la batalla que amenazaba algunas regiones del poder tradicional. Aunque representaba un liderazgo pequeñoburgués en alianza con el latifundio, no constituía una irrupción antagónica en el sistema excluyente.

El rojismo aglutinó a las amplias masas desorganizadas, incluso a sectores de los partidos tradicionales, que planteaban la lucha de clases dentro del contexto pequeñoburgués. Utilizó el descontento político y social para ubicarse dentro de la estructura capitalista, con su liderazgo manipulador, quitándole apoyo al Frente Nacional, pero sin canalizar el verdadero surgimiento a un salto revolucionario, en el que los ciudadanos expresa-

Cruda realidad

ran sus propios intereses de clase, sin espontaneidad, sino con una elevada conciencia organizativa. El gobierno de Rojas Pinilla fracasa para la burguesía en su intento de canalizar la crisis y opta por establecer un proceso asistencialista popular, y no una economía para la población. Este acontecimiento lo aprovecharon los burgueses al apresurar los pasos para la caída de Rojas: paralizan el país con el cierre de las fábricas, los periódicos claman contra el dictador, etcétera.

El emblema del Frente Nacional, «reconciliación nacional», frase que aún se repite en el siglo XXI, pero cuyo verdadero significado fue la hegemonía del disfrute conjunto de la economía y la política nacional, se convirtió en una necesidad engendrada de las circunstancias, que dejaba en suspenso el enfrentamiento bipartidista, con una estructura de poder capaz de distribuirse no sólo los puestos del estado, sino los resultados económicos. Así se mantiene aún, para alcanzar los propósitos que se trazan. Acuden a la voracidad de la burocracia y al factor sociológico de los ciudadanos, para convencerlos de las bondades de sus propuestas. Si realmente se hubiera pactado una paz con el Frente Nacional, no se hubiera reiniciado esta lucha violenta que ha degenerado en el más vil exterminio de los sectores progresistas. Hoy como ayer el gobierno plantea la rehabilitación que consiste en dar beneficios a los grupos armados, extensivos a sus familias, sobornando así un posible desarrollo armado. Así posteriormente se les exterminó, y se les endilgó el remoquete de chusmeros. Ahora se les denomina narcoguerrilleros, título malintencionado del embajador de Estados Unidos, que sirve como pretexto para su extradición.

La juventud que carecía de vínculos con estos procesos patrañosos, hace suya la causa cubana, y se organizan actos de solidaridad, en tanto que otros preparan los focos guerrilleros. Normalmente estas acciones trans-

Desplazamiento

currieron en zonas de agitación del Movimiento Revolucionario Liberal-MRL, a través del cual la lucha de masas quedó en sus manos, con la anuencia del Partido Comunista, que buscaban guiar a las masas por otro sendero. En este contexto el Frente Nacional lleva a Rojas Pinilla a responder ante el Senado, acusado por mal gobierno. ¿Por qué ahora el Senado no hace gala de este mandato constitucional y juzga a los responsables de este desastre político y social? El hecho de que Rojas fuera condenado por la clase política tradicional, le dio un carisma popular, que le permitió luego de su estadía en alta mar, iniciar su campaña agitacional entre conservadores y ex militares, con el cuidado de no agitar consignas partidistas.

Así se fundó la Anapo, como una necesidad de reivindicar un gobierno popular, con dirigentes salidos del seno del conservatismo, que generaban la impresión de una disidencia, más que de una insurgencia, pero con una política cercana a los sectores excluidos, con fórmulas bien elaboradas que reflejaban la cultura de quienes la agitaban y de quienes la recibían. Se logró el apego de los sectores marginados, debido al atraso político de la población y del cansancio con la farsa de los partidos tradicionales. Era una opción que les ofrecía a los desamparados un inmediato futuro, aunque en el fondo no fuera más que una forma del caudillismo.

En 1962, con el gobierno de Guillermo León Valencia, uno de los artífices de la caída de Rojas Pinilla, se produce una gran inestabilidad social y política, proliferan los paros cívicos, las huelgas universitarias y sindicales, mientras los jefes liberales y conservadores se repartían con avidez los cargos públicos. Las fuerzas armadas se van consolidando como puntal estratégico del sistema. En el siglo XXI se repite la historia con el empeño en la reelección.

XI

Se inicia la reforma agraria, producto de las componendas de los sectores latifundistas que la dirigen, con un ministerio de agricultura convertido en aparato formal. El Instituto Colombiano de la Reforma Agraria-Incora, con poder de negociación de tierras, se convierte en un aparato inoperante en la distribución de la tierra, debido a la manipulación burocrática. El resultado de estos modelos es el crecimiento de la deuda interna, la dependencia del Fondo Monetario Internacional-FMI, el alineamiento a la Organización de Estados Americanos-OEA, la política colonialista, la consolidación de la conocida acción cívico-militar orientada desde Estados Unidos y utilizada en las zonas de conflicto como Marquetalia y otros. Surge la necesidad del imperialismo y la burguesía colombiana de adiestrar y mejorar las tácticas antiguerrilleras para el futuro, y como medida preventiva debido a las crecientes dificultades del gobierno por el surgimiento de fuerzas de izquierda.

En enero de 1965 se da la primera explosión revolucionaria en Simacota-Santander. El Ejército de Liberación Nacional-ELN aparece como fuerza llamativa, capaz de iniciar positivamente la guerra popular contra la guerra burguesa. A mediados de este mismo año, en medio de la crisis política, aparece en el panorama el cura Camilo Torres, quien en el desarrollo de su trabajo

Desplazamiento

popular en las comunidades, y junto con un grupo de estudiantes, despliega una gran campaña de formación del Frente Unido, canalizando el descontento de los emerrelistas y anapistas que buscan una estructura disciplinada, por lo que para muchos fue un alivio su ingreso en la guerrilla, puesto que dejaba el campo libre para las componendas electorales.

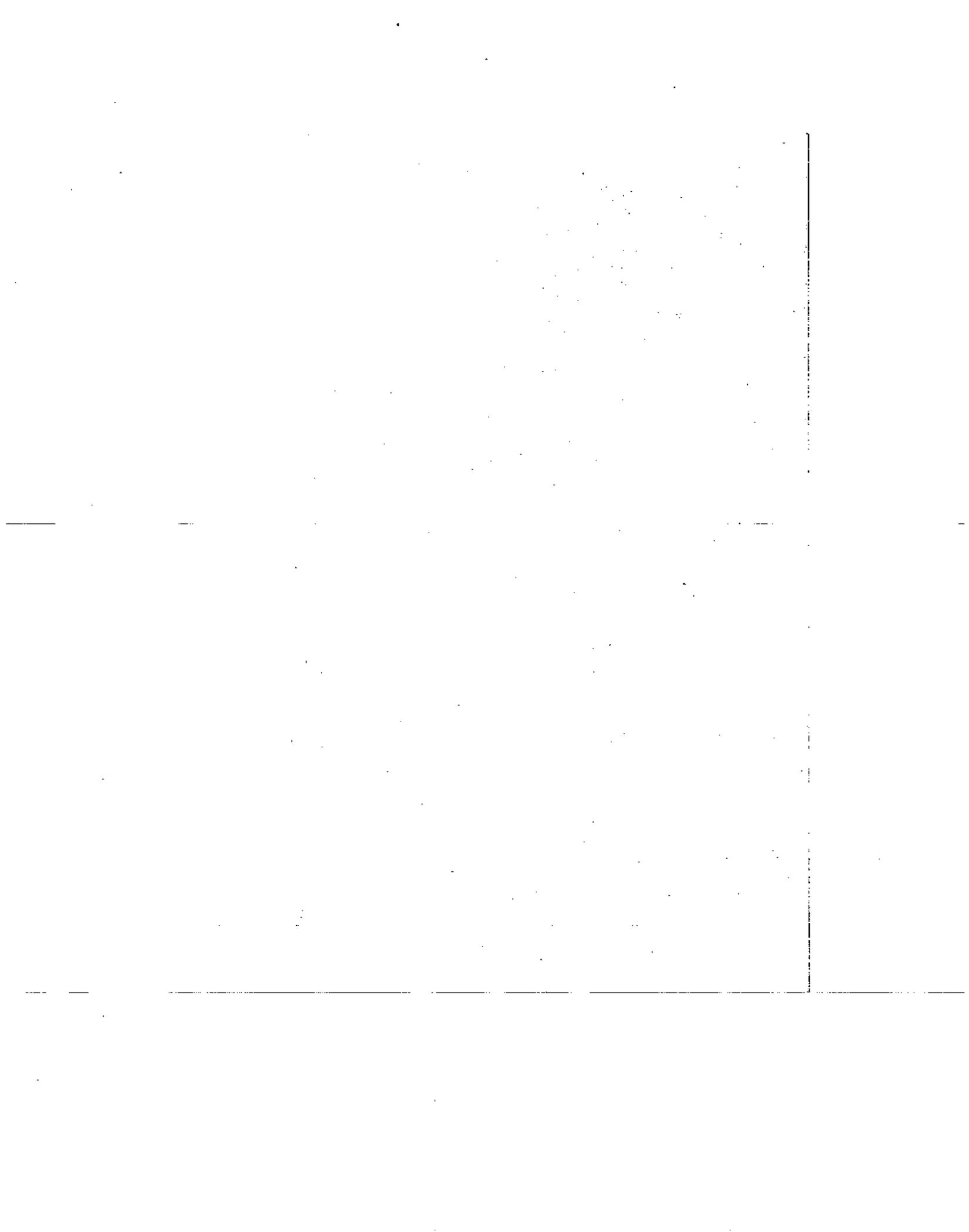
En 1966, la Anapo va con el candidato liberal José Jaramillo Giraldo, con visos de unidad, alrededor del partido liberal y conservador. En el forcejeo por el control del gobierno, en el periodo de Valencia surge la necesidad, debido a las posiciones antagónicas, de reprimir al movimiento popular, y dar la imagen de un gobierno fuerte y con mucha autoridad; así, minimiza los paros cívicos y reprime al movimiento estudiantil y sus demandas sociales, que tradicionalmente ha sido necesario para reivindicar derechos fundamentales.

El 19 de abril de 1970, fecha memorable para el país, suceden las elecciones de ese periodo, en las que se destaca la clase media y obrera, así como el latifundio, que enfrenta a los partidos tradicionales. Rojas Pinilla, con su agitación populista, sin organización, percibía los intereses electorales y atraía a la adolescencia. Mi primera incursión en la política la hice al lado de María Elena de Crovo; todavía resonaba el año de 1.954 en que el general Rojas aprobó el derecho al voto para la mujer, cuyo discurso efusivo acercaba a los jóvenes y sobre todo al sexo femenino, que veíamos en ella la representación de la mujer marginada. Así forje mis primeros pasos en la política agitacional. Víctima de los bolillazos que nos propinaba la policía en los barrios de Cúcuta, al igual que el calabozo que visitamos cada vez que la Crovo iba por esos lares, esto nos hacía reaccionar con más dureza y decisión en nuestro propósito, con el agravante de que poco comprendíamos el objetivo

Cruza realidad

trazado por María Elena. De todas maneras, las secuelas propiciadas por el desplazamiento de que fuimos víctimas a floraba cual rugiente umbría ignorada, dándonos fuerza para robarle el poco tiempo de que disponíamos, en la búsqueda de una respuesta a nuestros interrogantes.

Fue esta mi primera decepción política, pues la Crovo como le decíamos afectivamente, fue nombrada Ministra del Trabajo, y desapareció del panorama político, sembrando incertidumbre en nuestros pensamientos que se agitaban en las consignas políticas.



XII

*U*n receso en nuestra agitada adolescencia permitió afianzar el terreno del amor, que en el alma se anegaba con dulce paréntesis. Nos endulzaba el alma haciéndonos sonreír ante nuestras desdichas pasajeras, soñábamos y delirábamos, nos abrazaba con ansia embriagante, concibiendo la existencia de un amor eterno. Pero con el paso del tiempo, nuestros sueños descienden hasta las huellas de nuestras realidades, y el llanto turba nuestras almas inocentes e indefensas, sin que nada detenga el crimen de nuestros fracasos.

El matrimonio o relación de pareja dejan huellas que se anudan con las del desplazamiento, formando una cadena rústica de penalidades; el machismo padecido desolla nuestras vidas, alejándonos del mundo que nos envuelve, convirtiéndonos en autómatas. Cuántas veces, a costa de nuestra propia identidad, aceptamos el imperio de la dependencia, sin capacidad para racionalizar los efectos de esa fuerza vital, no sólo de la procreación, sino la fortaleza del mundo familiar, con el que la sociedad fortalece las estructuras y que en la medida en que suceda su desintegración, el desbarajuste de su autenticidad trae como consecuencia el acecho del desequilibrio.

Desplazamiento

El despertar de la mujer de su impotencia y debilidad, y el reencuentro con ese poder de intervenir sobre la sociedad y el progreso, mediante su participación en las grandes adquisiciones culturales, sociales y políticas la dimensionará, en sus posibilidades de insertarse en el mundo de los grandes problemas conceptuales que afronta la sociedad anarquizada, ante un mundo en ebullición. Considerar que los mecanismos de retaliación y envilecimiento pueden manejarse a voluntad de los hombres, quienes definen la conveniencia de la guerra o la declaración de la paz, hacen que las mujeres tengan que soportar la carga de violencia, ejercida desde el propio Estado. El despertar de la mujer es urgente, se necesita para una conducción ética y política de un Estado contrario a la evidencia de un mandato autoritario, para que no recaiga el odio sobre los designios del futuro, y crear un lugar donde el horror no aceche el encanto de nuestras vidas, que aunque agitadas, ambicionan alcanzar la edad madura para morir sin paso vacilante.

Para las elecciones de 1970, ya tenía mayoría de edad real, y era mi segundo voto. Acunaba entre mis brazos a mis hijos, fruto del matrimonio, los cuales compartía con mis escapadas políticas, que trajeron dificultades en mi familia; sin embargo, mi convicción de no sucumbir ante la indiferencia del desastre social fortalecía mi presencia en la actividad política. El papel de la mujer en la crianza de los hijos la limita, no obstante la posición ganada en las pequeñas y cortas luchas por sus reivindicaciones específicas. Otro de los factores de esta opresión es despertar sin un grado de conciencia social integral. Hecho grave para los fenómenos dramáticos y profundos de su género. El sentir del despertar de la mujer se ha canalizado en fuerzas que desvían su pensamiento a una facultad precaria, que la sumerge en lineamientos contrarios al desarrollo de su papel fundamental, como es el de ser fuerza sustentadora moral y

Cruda realidad

política en la conducción no sólo de su causa particular, sino de su reconocimiento en la lucha por las libertades sociales y personales. En cuántas ocasiones nuestra facultad de pensamiento se opaca bajo la sombra del hombre y éste se campea como el transformador de las ideas, mientras ella sucumbe a la sombra ignorada.

Me vinculé a la Anapo en 1965. En Bucaramanga se fraguaba la organización de lo que sería posteriormente la Anapo. Con altoparlantes se hacía la agitación, con consignas alusivas al regreso de Rojas Pinilla, con su carisma popular, en lucha abierta contra la exclusión. Se recorrían todos los lugares, surgían los liderazgos como en el barrio Caldas con Adela a la cabeza, en la Cumbre con Benjamín Gámez, Carrillo y tantos otros que hicieron posible los diferentes procesos que se desarrollaron en Santander, con el sueño de construir un país equitativo, que diera salidas a las grandes aspiraciones de la población colombiana.

El fortalecimiento del trabajo organizativo simultáneo en todo el país dio las pautas para la participación en el proceso electoral de 1967. Lo preocupante es que éste respondía a unos intereses electorales, se trataba de un combate en el que primaban las aspiraciones personales de asegurar curules en el Congreso. No les pasaba por la cabeza el desarrollo de una política diferente, con perspectivas para la población, dado que la estructura neoliberal abría el camino para la protesta, debido a las medidas monetarias que golpeaban a las clases marginadas. Era un planteamiento de clase media en disputa por el poder tradicional, sin afectos ni compromisos serios con la población, sólo buscaban el poder individual. El proceso organizativo se debilitó con esta experiencia.

En las elecciones de 1970, con Rojas Pinilla a la cabeza, se llegó con un simulacro organizativo producto de la experiencia de 1967, pero sin considerar un triunfo,

Desplazamiento

sino atraídos por las bondades que genera la captura del poder, por lo que el triunfo dejó perplejos a los dirigentes, sobre todo por la votación alcanzada; luego vendría el evidente fraude, auspiciado por Lleras Restrepo y su clase. La reacción popular que exigía respeto por el triunfo, se confunde con la expectativa de ordenar el combate, se mantiene mediante comunicados por varios días, tratando de superar la furia desatada. Las movilizaciones se sostenían las 24 horas, en ocasiones sin que los manifestantes regresaran al hogar, a la espera de una orden para el rescate del respeto de la voluntad popular. Estábamos en ebullición, los dirigentes del comando nacional enviaron una carta con una aparente declaratoria de guerra, extensiva a los comandos departamentales para no desprestigiarse ante las masas enardecidas, pero ¿están pactando bajo la mesa con la oligarquía por presión?

La experiencia de un partido sin coherencia ideológica, sin principios organizativos, sin una dinámica de combate cotidiano en reivindicaciones sociales, no le permite transformarse en fuerza transformadora, por lo que termina en una fracción electoral, con un discurso de progreso, incluso con protestas parlamentarias aisladas de la realidad, repletos de informes inflados por sus asistentes para sostenerse en el cargo. Cuántos se anquilosan en el parlamento, al recoger algunos fragmentos del descontento sin resultados, a la diestra de la jauría que devora el presupuesto. Estos son los resultados del caudillismo que desconoció el paso cualitativo para la toma del poder. El papel preponderante de María Eugenia Rojas, quien participa en algunas manifestaciones con el objeto de evitar el desbordamiento de la población que se encontraba a la deriva, es de exaltar. Se dan manifestaciones permanentes, como rechazo al triunfo fraudulento de Misael Pastrana Borrero. El resultado de esta efervescencia fue adormecer los instintos de ese rechazo con cargos burocráticos.

Cuida realidad

En 1971, la iniciativa de transformar a la Anapo en el nuevo partido como alternativa al bipartidismo, dinamiza a los comandos centrales que buscaban reivindicaciones de lo sucedido en el proceso electoral. Se comenzó la organización y la elaboración de la plataforma ideológica, y se definieron sus metas futuras. Fue un paso importante frente al horizonte tradicional, pues se entregaba a las masas algo muy importante, algo como un hilo conductor en la teoría y en la práctica, nuevas expectativas. Este acierto desborda en una expresión agitacional en los sectores pauperizados, que encuentran una vía para alejarse del esquema tradicional. Se organizan cooperativas, tomas de tierras etc. y se notifica al país con estas invasiones del auge de masas. Los grandes agricultores e industriales presionan al Estado para que ejerza una mayor represión. Estos actos integran la producción agropecuaria con el desarrollo industrial, la banca y el comercio, y se acelera el desarrollo de concentración que les permitió obrar como un todo.

Las contradicciones se agudizaron. Quienes venían desplazados de las regiones hicimos nuestra la causa, con la sola intención de recuperar nuestra identidad y valores; considerábamos este proceso digno para reivindicar nuestros males padecidos. Nuestros aportes al proceso giraban en torno al destierro de la guerra, pues el General representaba la equidad para los excluidos, ¡Qué torpeza, qué ingenuidad, pues la Anapo elude su responsabilidad y deja a la deriva los problemas planteados!

El 8 de marzo de 1971 se da el paro nacional en protesta por el alto costo de vida. En el forcejeo con los dirigentes, la base popular se imponía, la Anapo intenta no mezclarse, apoyaba el paro pero impedía su resultado en la práctica, admitía la participación pero se quedaba como simple espectador en su trabajo populista. Ese forcejeo impulsó el auge de masas, radicalizó las contradicciones sociales. La Anapo se cuida de no hacerse par-

Desplazamiento

típico de esta coyuntura, por temor a las represalias burguesas, que asustadas no vacilarían en dar un golpe de Estado. Se da la coyuntura de la insurgencia popular, en este momento la burguesía y la Iglesia unifican su plan de monopolio y concentración económica, sometidos al regateo por el control del Estado. Perciben el peligro que les acecha, debido a la beligerancia de las masas, y se unifican no para darle salida a la crisis de la sociedad, sino para promover y poner en marcha la represión. En octubre crean el frente común de la industria y del agro, pactan acuerdos por la defensa mutua de sus intereses con las herramientas del Estado, ante el sopor de los dirigentes.

El 13 de junio de 1971, en Villa de Leyva se reestructura la Anapo, a causa del intento de Lleras Restrepo de establecer un modelo de economía hacia los sectores más desarrollados, ligado a las políticas norteamericanas, que bloquea las posibilidades de otras fuerzas sociales que demandaban una nueva posición en la sociedad. Las expectativas generadas en Villa de Leyva con la formación del tercer partido, relacionadas con el hecho de sacar a Colombia de su crisis política profunda y encausarla hacia la liberación de los excluidos. Se basa en tres puntos esenciales: defensa de la soberanía, aplicación del socialismo dentro de las características del país y afirmación de que el ser humano como persona humana debe constituir la primordial preocupación del Estado. Eran frases que incitaban a la participación, debido a la acelerada descomposición y pauperización que llegaba al máximo de la resistencia, por cuanto la concentración golpeaba en el campo y la ciudad devastadoramente. No parecía necesaria la escénica de la claridad teórica del discurso. De igual manera, se preveía que con la vinculación del sector progresista y revolucionario al tercer partido, se pasaría a una estructura que profundizara en su avance en la concientización

Cuarta realidad

política de la población. Salir del aforismo sería la tarea inmediata.

En medio de helicópteros encargados de refrescar a la multitud, se constituía la base organizativa que orientaría a la Anapo, a partir de la memorable fecha. No sin antes entrar en una profunda deliberación de los sectores progresistas que veía en el socialismo la fuerza transformadora de cambios de las viejas estructuras, para lo cual era fundamental la unidad popular. Empieza a hacer carrera, primero en círculos cerrados sobre todo de Santander, la consigna de Anapo Socialista como alternativa de poder, que se extendería a lo largo y ancho del evento. Muchos guardábamos en nuestro ser la llama de las posibilidades del cambio. Nos comprometimos en el desarrollo de las propuestas.

El discurso de cierre por parte del General Rojas Pinilla fue incendiario, muy categórico: «En Colombia esta visto que sólo la lucha armada hará posible el respeto de la voluntad popular», debido a las presiones de los asistentes que reclamábamos una actitud enérgica ante el fraude. El discurso engolosinó nuestra decisión. Aunque no manifestábamos nuestro resentimiento por los males causados por el desplazamiento, en el fondo el subconsciente lo alimentaba y lo ponía de manifiesto en esta expectativa de lucha por las reivindicaciones sociales de los excluidos. Era potenciar el sentimiento de impotencia padecido en nuestra niñez.

En Bucaramanga empezamos la organización. El comando de la Anapo quedaba cerca de la iglesia de San Laureano, donde el destino hizo que viera por última vez al padrecito Durán, en una Semana Santa, y en la que a la hora de la procesión del Viernes Santo mi sobrina Sonia, de cuatro años, gritaba a pulmón abierto: ¡Viva Rojas! En ese momento aún considere al padre Durán culpable de nuestras desdichas.

Desplazamiento

Se generó una dinámica parecida a la de 1970, cuando el robo de las elecciones. Las masas se movilizaban en cumplimiento del objetivo trazado en Villa de Leyva. En la organización surgieron los grupos generadores de base, que consistía en que cada militante debía generar conciencia organizativa a un mínimo de cinco y a un máximo de diez personas, para luego abrirse y cada uno crear su propio grupo con la misma dinámica. En la dirección del comando se encontraba Carlos Toledo Plata, quien un día inesperado antes de este proceso apareció y ofreció sus servicios de médico y militante a la causa de los excluidos, no sin antes advertir que venía del MRL. Toledo explicó que el hambre no tiene color político, y que por ello estaba dispuesto a ofrecer sus modestos servicios a la causa, pues consideraba que la Anapo era la fuerza capaz de llevar a cabo el cambio que el país necesitaba. Bajo su liderazgo el proceso generó grandes expectativas debido a la integridad moral y ética del médico, quien a la vez se desempeñaba como parlamentario en el Congreso de la República, por un escaño ganado por la Anapo. Allí dejó una estela de transparencia en sus actos y compromisos con la población.

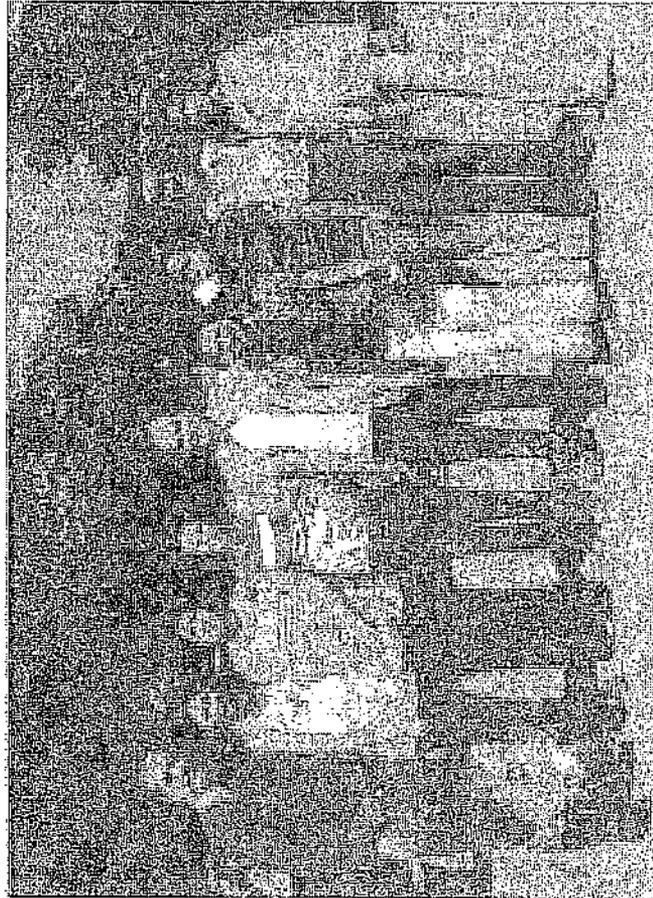
Al declararse la Anapo Socialista, firme en una plataforma ideológica que indicaba su definición en la guerra contra la oligarquía explotadora, aunque en su acción cotidiana se desarrollara como un movimiento caudillista, incapaz de generar preocupaciones a la burguesía, pero con acceso a las masas marginadas, quienes comprendimos la dinámica de lo revolucionario, entendida como la transición de un gobierno atiborrado de injusticias, a uno más participativo en la redistribución equitativa del ingreso, nos acogimos a su mandato. No obstante, han pasado muchos años y aunque el Estado ha sufrido enmiendas y reajustes en

Cruda realidad

su estructura, su condición política sigue igual, pues se mantiene con sus instrumentos de poder como lo son el clientelismo, que les permite la concentración de la riqueza y la dominación del Estado. El primer ejemplo del siglo XXI es el gobierno de Uribe Vélez, quien pretende imponer una reelección por encima de principios éticos y morales, intenta pisotear el principio Constitucional del 1991, para establecer una identidad condicionada a la oferta de puestos y contratos que dulcificá a los votantes requeridos.

En todos los escenarios donde hacíamos acto de presencia el trabajo se multiplicaba, Santander por excelencia fue el más beligerante en el proceso de la Anapo Socialista. Hacia allí confluían los veteranos socialistas y marxistas, como Antonio García, Andrés Almarales, Ever Bustamante, Jaime Bateman, Jaramillo Paneso, Vidales, Sebastián Arias, entre otros, quienes creaban escuelas de formación para los trabajadores sindicalizados y el sector popular. No faltaron las discrepancias en el seno del movimiento por los conceptos expresados entre la «vanguardia», constituida por el sector sindical, radicalizado y los «populistas», orientados por Carlos Toledo Plata. Sin embargo, el sector popular era quien jalonaba el proceso, acogidos por el mandato de Villa de Leyva, quienes reivindicábamos no sólo el aumento de salarios sino que íbamos más allá, queríamos reivindicaciones sociales integrales. Entendíamos que un movimiento revolucionario es aquel que combate con firmeza y con caminos claros.

Desplazamiento



Cruza realidad

Faltó coherencia al considerar que el movimiento popular debía marchar a la retaguardia, con lo que se descalificó su capacidad de asumir el reto revolucionario. Hubo rompimientos esporádicos entre las dos tendencias. La beligerancia de algunas mujeres contribuyó al rompimiento de las fricciones y generó un liderazgo en la base, con una clasificación bien marcada. Blanca, María, Beatriz, Carmen, Brígida, Leonor Pinto, Mario Bernal, Carrillo, Remberto, Pedro Roa, los Montañez, Emperatriz, Edelmira, Paipa y un sinnúmero de personas que se me escapan. En el sector sindical, Josafat, Isafas, los Víctor, etc., y cómo olvidar los muchos líderes salidos de los sectores de invasión que se encontraban en su apogeo; en algunos barrios existían liderazgos hechos al fragor de la lucha y otros en proceso de formación. Difícil registrar a tantos en este escrito.

A mis manos llegó el libro *Organizar y concientizar a las masas*, del padre Saturnino Sepúlveda; este escrito nos dio pautas para una mejor comprensión del proceso. Llegaba también literatura de los Montoneros de Argentina, del MIR de Chile, del grupo guerrillero Los tupamaros de Uruguay, etc. Muchos nos volvimos autodidactas de estos temas, especialmente para las mujeres, para quienes era aún más difícil acercarse a la educación superior. Pero ganada la batalla en la lectura, no se perdía tiempo en sacar el provecho correspondiente.

Después de las lecturas, la confusión no se hizo esperar. Un punto de ella fue la religión. Mamá nos enseñaba la lectura de la *Biblia*, así que yo hasta sabía de memoria algunos pasajes bíblicos. Las personas humildes, muy arraigadas en la fe religiosa, a veces tenían dificultades para asimilar ciertas cosas, así que María Eugenia y Samuel Moreno aprovecharon en su momento esta coyuntura, generada de estas contradicciones.

Desplazamiento

Toledo Plata había sido convocado por el comando nacional para que explicara por qué se oponía a las directrices del partido, incluso se consideró como un acto de indisciplina su decisión de oponerse a las políticas generadas por el comando nacional de romper con la Anapo Socialista. Por esta razón se le puso en la disyuntiva de quedarse o irse, ante lo cual el médico optó por apoyar a las bases que habían decidido romper con el esquema tradicional y canalizar los esfuerzos hacia formas de lucha más coherentes y con un alcance más a largo plazo.

Al enterarnos de la decisión del comando nacional, que se había reducido a unos pocos personajes, consideramos que este rompimiento era lo más acertado. Entendimos lo ortodoxo y populista de las directrices del mando central, ya que habíamos rebasado las expectativas hacia la búsqueda de un verdadero cambio. La dirigencia se equivocó al pensar que Toledo se retractaría y con frecuencia llamaban a la reconciliación sobre la base de sus conceptos. Ante la firmeza del médico decidieron viajar a Bucaramanga y en el hotel Bucarica se reunieron para revisar sus diferencias. Mientras esto sucedía en el interior del hotel, afuera los líderes populares demostrábamos nuestra capacidad de convocatoria, ya que en menos de una hora el parque se llenó de gente de todos los barrios, con la consigna de: «Toledo te queremos, no a la claudicación, escoge entre ellos o nosotros». Los gritos se filtraban al salón donde se encontraban. Antes del mediodía salió Toledo y dijo: «Estoy con ustedes», por lo que fue llevado en hombros por la multitud al comando departamental.

La reacción de María Eugenia y Samuel fue la de convocar a los pocos dirigentes que se habían mantenido neutrales y empezaron una campaña de desprestigio contra la Anapo Socialista. Con altoparlantes y en persona informaban que quienes estaban con Toledo estaban

Ciudad realidad

contra Dios, «él es ateo, quienes sigan con nosotros están con Dios», pregonaban. Se formó una gran confusión. La gente que apreciaba a Toledo, que era la mayoría, no salía a la calle, pero en sus casas le pedían a Dios perdón si estaban pecando. La gente pedía una explicación y acudía a mí, pues les había dado muestras de comprensión, sin radicalismos. Yo les cuestionaba que si Dios era justo, ¿por qué dejaba a la población sumida en la miseria mientras otros derrochan a manos llenas lo que les quitaban a los más necesitados? Después de reflexionar, la gente entendía que Toledo no era ateo por el solo hecho de que ellos lo dijeran, pues el ateísmo lleva inmersa la disciplina del conocimiento de las causas económicas, política y sociales, unida a la lucha de clases. Cuando acudían a Toledo él recomendaba hablar con Carmen, pues yo le había explicado mi táctica con la gente y él la entendió y la juzgó justa. No fue fácil desprenderse de lo tradicional y menos cuando todo cristalizó en lo que posteriormente fue el M-19.

En la medida en que aclaraban mis conceptos y sentimientos, algo dentro de mí me inducía a buscar compromisos más serios, y fue así como terminé dando mis primeros pasos revolucionarios con el ELN, aunque mi adaptación fue muy difícil, pues este grupo exigía una disciplina muy férrea y cerrada, que excluía la vida personal y familiar y exigía completa dedicación a la causa revolucionaria. Entendí por qué ellos no asumieron la responsabilidad de la coyuntura del fraude electoral, pese a que las masas se encontraban en ebullición. El foquismo desarrollado en su inicio, dejó de lado al sector popular que seguramente hubiera jugado un papel importante en ese proceso. Mis discusiones con los allegados giraban en torno a la dificultad de ser militante de esta causa, puesto que había que olvidarse hasta de la familia en aras de la seguridad de todos, pero para una madre no era fácil abandonar a su familia, concebíamos el com-

Desplazamiento

promiso para fortalecer los lazos familiares con la lucha, pero no para el abandono. El compromiso familiar choca con la militancia clandestina, por lo que el M-19 abanderó con estrategias coherentes estas posibilidades, desde luego que con sus riesgos. Sin embargo, pese a algunas reservas y gracias a mi beligerancia fui aceptada como auxiliar del ELN.

XIII

 La sustracción de las armas de la V brigada que realizó el ELN antes de mi vinculación a este grupo mostró que los militares también empeñan su prestigio por dinero, pues ellos ayudaron en esta acción movidos por el lucro que podía reportarles. El barrio Mutis fue escenario de itinerario de estas armas. Después de la acción, los militares implicados fueron delatados, lo que trajo como consecuencia que les realizaran un consejo de guerra, además ocasionó que en la medida en que ganaron su libertad fueron asesinados. Baltazar fue el último en salir y en ser asesinado, de nada le sirvió haber sido utilizado para la tortura psicológica de los detenidos en sus tiempos en el ejército, igual acabaron con su vida.

Mi doble militancia con la Anapo Socialista y la red de auxiliares del ELN me trajo contratiempos: hostigamiento frecuente, allanamientos permanentes, en varias ocasiones fue necesaria la intervención jurídica de Pedro Roa para librarme de los cargos. Toledo sospechaba de mi doble militancia, pero no estaba seguro, por lo cual no me hizo cómplice del surgimiento del M-19. En uno de los tantos allanamientos de que fui víctima (sin causa justificada) mis hijos fueron atropellados, llegaron al extremo de conducirlos a las 9 de la noche al SIPE a fin de lograr su objetivo, llevarme detenida, pues mi dignidad de santandereana me hacía reaccionar por lo injusto de

los actos, y sobre todo que no se respetó ni a un niño de tres años como lo era mi hijo Fredy. No hay que desatar en la madre la fiera que lleva oculta por dentro. Citada para rendir descargos, fui vejada de palabra por el teniente Valenzuela, a quien le respondí con una ira tal que se formó una gresca en la cual yo lo golpeé, ante el estupor de sus subalternos, quienes muy poco lo ayudaron, no porque no pudieran sino porque de alguna forma yo los resarcía de los maltratos a los que ellos también eran sometidos a diario por aquel militar.

Asqueada por la impiedad con mis niños, quienes temblaban de pánico ante el atropello, decidí enfrentar al Mayor Romero (temido por su capacidad de tortudador), a donde fui conducida y vendada, sólo con el arma de la verdad. Luego de tres días de arresto por irrespeto a la autoridad, en una celda estrecha donde me introdujeron, sin posibilidades de extender mi cuerpo cansado, incomunicada y oscura, fui conducida ante el Mayor Romero. Allí percibí en los ojos del teniente que me recibió una mirada fúnebre, como de reproche por lo que sabía que sucedía en el interior de la brigada, frías doctrinas que van sembrando sus propias ruinas. Es la gran torpeza, llevar a los humanos al quebranto de sus sueños, cuyas cicatrices llevarán consigo el espectro de la guerra. Me conmovía el eco lejano de mis niños, sobre todo que el frío arrecia cuando las nostalgias invaden el alma, a pesar del templado clima de Santander. Pero se sobrevive cuando la razón de nuestra existencia tiene un sentido en la tierra. La oscuridad del calabozo me estremecía el alma, la sentencia anticipada antes del terrorífico interrogatorio al que sería sometida me abatía por momentos, mi imaginación volaba, sentía los golpes recibidos por otros detenidos, el Mayor Romero gozaba colgando a los detenidos por los testículos, sin pensar en las secuelas que dejarían en esas vidas.

La orden de mantenerme incomunicada, bajo un expediente que reflejaba la cobardía del teniente Valenzuela,

Cruza realidad

me hacía cruzar los dedos para que no amaneciera, me sentía desprotegida y abandonada por todos, por momentos el recuerdo de los momentos vividos en la SIPE me debilitaban, golpeaban mi cerebro. Pero eran tantas las historias de mi infancia que se agolpaban dentro de mí, que el miedo y el coraje contradecían mi voluntad. Trataba de ocupar mi mente pensando en mis niños, pero algo me asaltaba el pensamiento. Muy tarde, el militar de la mirada fúnebre abrió el postigo e introdujo un poco de aguapanela caliente, seguramente presentía mi estado de ánimo y sin preguntarme nada sólo me dejó beberla, para luego —a la carrera— regresar por su pocillo. Al amanecer pedí el baño y fui sacada con los ojos vendados, pregunté la hora pero no hubo respuesta, creí que el momento se acercaba pero no fue así, pasaba el tiempo y no sabía de horarios ni de lo que iba a suceder, y es que la incertidumbre es otro tipo de tortura. Me ofrecieron aguapanela y pan en dos ocasiones, complementando lo que un generoso soldado a escondidas me aportaba en esas largas y frías noches. Buscaban socavar mi integridad. Al tercer día, bien temprano, vendada fui conducida a la presencia del mayor Romero.

Tenía una inmensa oficina donde se interrogaba. El temor me asaltó de vuelta, sentía los golpes que presumía me propinarían. Quedé sola con mis temores, al poco tiempo apareció el mayor Romero, irreverente, seguro de su superioridad ante mi indefensión, encendió un cigarrillo y me ofreció otro, que rechace al igual que un tinto, me preguntó si me encontraba muy indignada, no conteste, de inmediato preguntó si yo sabía porque me habían llevado ante él; de inmediato me vino a la mente la historia de Poncio Pilatos, me ordenó sentarme, enseguida sacó el expediente, entonces me inquirió acerca del irrespeto a la autoridad. Le respondí que jamás permitiría ultrajes y mucho menos injustos. Mi voz fue arrastrando con fuerza el eco de un «preferible mo-

Desplazamiento

rir a ser vejada». El ánimo me envolvió de nuevo, por mis venas la sangre circulaba apresuradamente y una voz interior me repetía con insistencia que «pisoteada jamás». Quiso saber cómo había sido ese irrespeto a la autoridad, de mis propios labios y con todos los detalles, así que le describí lo sucedido. De inmediato llamó al teniente Valenzuela y le reprochó lo incompleto del informe, y se rió con su mirada perspicaz.

Sentí como látigos sus palabras, observaba cómo iba determinando su táctica, en sus ojos fulguraba la impiedad sin el menor atisbo de ternura. Se puso de pie y empezó a caminar por el inmenso salón. Su actitud arrogante fue despertando mi condición de mujer y madre dolorida por tantos atropellos, me dispuse a contestarle con la verdad, respecto a cualquier acusación que me lanzara, segura de que él observaba la transformación de mi rostro que se contraía ante la calma que ejercía. Su táctica era asustar para luego caer sobre su presa inerte. Enseguida me preguntó si estaba dispuesta a contestar con la verdad que indicaban mis gestos. Aunque «no confiaba en zorras», como lo expresó. Creo que mis mejillas se ruborizaron por la indignación y es que cualquiera que sea la condición del detenido el interrogador no debe emplear el odio y debe respetar la dignidad del otro. Le respondí que si no me creía para qué me preguntaba, por lo que respondió que pusiera mi mano sobre la de él como signo de confianza, y así lo hice. Y comenzó el interrogatorio de cuanta acusación se le ocurría. Para mi bien no se informaba que había sido entrenada en el mismo batallón para la defensa civil. Comprendí que desconocían ciertas facetas del proceso. Esto me reanimó y empecé con cada una de sus preguntas, no sin antes decirle lo injusto e incomprensible que me parecía el hecho de detenerme varios días por solo suposiciones, que sería importante encontrar pruebas y demostrar la culpabilidad primero, a lo que me respondió categóricamente: «Las pruebas las puedo fabricar

Cruda realidad

sobre la base de las acusaciones». Me quedé perpleja, no podía creer lo que escuchaba, y sin capacidad de callar ante semejante barbaridad le pregunté, si así se ejercía el poder contra tanta gente torturada, y respondió que para la tortura no se fabrican pruebas, se tortura no más y con la confesión se presentan las pruebas. Este hombre no ocultaba su odio visceral a lo que pudiera impugnarles la batalla en el campo armado. Por lo que le dije que si la tortura recaía sobre mí, sería uno de los tantos errores que ustedes cometen. Estoy inconforme con un sistema que excluye, que no quiere a sus niños, que los ultraja, y me asaltaba ese sentimiento represado de niña desplazada apabullada por la nostalgia y el sufrimiento de mis padres y hermanos. A pesar de las rivalidades entre hermanos, en nuestra adolescencia nos dolía lo que pudiera pasarle a cualquiera de nosotros, mis hermanos sufrían cuando a tan corta edad no podían encontrar un trabajo para ayudar en los gastos familiares. El desplazamiento causa efectos egoístas, individualiza, le hace perder el sentido social y armónico a los niños, los desnaturaliza, la misma situación les enseña el «sálvese quien pueda», como lo aprendimos aquella noche aciaga. Escondíamos en nuestros bolsillos las pequeñas cosas que conseguíamos para disfrutarlas en la noche, a solas, olvidando el carácter de lo colectivo que nos habían enseñado nuestros padres. La miseria engendra sociedades individualistas.

Él me escuchaba nada más y yo seguía, le recriminaba toda la injusticia, sin manifestarle mi condición de desplazada, de manera que no considerara mi posición como de resentimiento, aunque los motivos no le faltan al alguien que se le castra su feliz niñez. Por fortuna era una actitud que iba mucho más allá del resentimiento, con frecuencia me interpuse a convertirme en objeto de odio, era un mundo que me acongojaba y que en momentos sentía que se derrumbaba sobre mí, aplastándome como una lápida sobre mis angustias, reaccio-

Desplazamiento

naba y retomaba mi equilibrio y continuaba con mayor seguridad, sin importar lo que sucediera posteriormente, teniendo como testigo el escritorio y el gran salón donde seguramente a muchos les levantaron sus uñas, en medio de la soledad. Quedaba el eco de una voz que sin temor se levantaba para revivir aquellas horas solitarias, de una realidad que se contradice paso a paso en sus hechos, en la esperanza de que en ese panorama oscuro y tétrico entrara un día la luz desde el horizonte.

De vez en cuando me interrumpía para lanzarme una que otra pregunta, aunque sin generar discusión, pero yo estaba dispuesta a generarla. Habían pasado tres horas, por lo que me propuso saborear un café que acepte con afán y es que hasta el café ha sido objeto de condicionamiento del torturador, o te lo dan para envenenarte o te generan el suplicio de la tentación, y es que este «negro» produce no sólo placer en el paladar, sino que aleja del dolor momentáneamente. Al finalizar la taza de café, me sentí como un condenado a muerte en su último deseo. Estaba condenada a creer o no creer en los uniformados según mis revueltos sentimientos, a quienes no se les conocieron sus verdaderas intenciones. En todo momento me cuestionaba dónde quedaba su deber de salvaguardar a los ciudadanos, principio aprendido en la escuela. La realidad me enseñó que el uniformado sólo salvaguarda los intereses económicos del poder.

De reojo miraba al Mayor, quien observaba mis gestos ante el placer de saborear el café que por poco me desvanece sobre el sillón, al pensar en el posible veneno de la taza. Última pregunta: —¿es o no usted guerrillera? — ¡ No lo soy!, pero en el momento en que las condiciones lo requieran ahí estaré, puesto que debo ser consecuente con el grado de conciencia que me mueve a plantear lo dicho en este salón. Mis hijos aún son muy pequeños y me necesitan. —¿Cómo me garantiza que me dice la verdad? —En el caso de que la situación no mejore, y si

Cruada realidad

tengo que someter a mis hijos a la miseria, si me lanzan a la calle por no tener con que pagar un techo para cobijarlos, seré la primera en empuñar el fusil para buscar el equilibrio entre la justicia y la igualdad. De ustedes depende. Si no hay razones validas no se hará necesario, pero la ausencia de las realizaciones son un llamado a la guerra. Es una torpeza empecinarse en desconocer la realidad. En la medida en que se agotan las posibilidades no queda otra opción que el riesgo por una vida digna. Se nos acosa por la incomprensión dramática de quienes detectan el poder y que ustedes defienden con vehemencia, tarde que temprano sus inconscientes anhelos van sembrando sus propias ruinas—. El hombre no respondió, pensativo, llamó al soldado que custodiaba el salón, solicitó que le prepararan su carro y dos soldados más, entonces deduje que había llegado la hora fatal. De repente, me dice: -- Señora, deme su mano y gracias por su sinceridad, es una mujer valiente, mis soldados la van acercar a su casa. Por mi mente se sucedió un tropel de desesperanzas, de agonías extrañas, sentí que la belleza del mundo se hundía en sus misterios, un sudor invadía mi cuerpo, sentía espanto ante sus palabras amables.

Su voz fuerte resonó en medio del salón para repetir la orden. Esto me sonó a asesinato puesto que quienes salieron de allí fueron encontrados muertos en el precipicio del barrio Chapinero Alto. Este sector albergó muchos huéspedes. Era fácil desplazarse de la brigada al Sector de la Virgen, y dejar regados a los detenidos mandados a un mundo mejor. Pensé en el sueño que es este mundo en el que poca dicha hallamos. Porque la vida de un soplo el viento nos arranca y todo muere como las flores cuando son cortadas de sus frondosos tallos. Me embargaba una sensación de muerte, se hacía tan corta la vida al no ver crecer a los hijos, me sentía tan infortunada en esos momentos, deseaba amarrar mis pies a la tierra para no dejarme hundir en el fango del fracaso. Deseo tener alas

Desplazamiento

para volar con mis brazos abiertos al reencuentro con mis pequeños niños que tanto me necesitaban. Todo cabía en mi cabeza, menos la posibilidad de salir con vida de este percance. Sin embargo, cuando el soldado entró, no sin antes tocar a la puerta, un hilo de esperanza se coló en este sombrío encierro y me sacó de la incertidumbre, y de mis anunciados sollozos ante la crueldad de mi desolación. Pensé, este soldado es hijo de campesinos, por lo que sólo cumple con su deber y no empeña su conciencia, él puede informar que una mujer de mis características se encuentra en esta Brigada, para que sea auxiliada. Es que en medio de lo tétrico que se siente una sentencia de muerte, la gente se aferra a la más mínima esperanza de vida, ¡cuánto se ama la vida en los momentos difíciles! El semblante de asombro del soldado me indicó que la huida hacia otro mundo desconocido era sólo imaginaria, creada por el sopor de la incertidumbre, entonces empieza a fortalecerse mi espíritu del signo trágico que me acompañaba. Las lágrimas se me atragantaban no por la desolación, sino por la esperanza que la presencia del soldado me suscitaba.

El Mayor Romero me dijo: —Señora, está usted en libertad de irse, espero que sigamos siendo amigos, el soldado la acompañará a su casa. —¿A mi casa? Le conteste. Y de nuevo me asaltó la desconfianza. Un murmullo monótono mecía de nuevo en mi cerebro el presentimiento de algo fatal, entonces le pregunto: —¿Van a darme el paseo mortal?, él dejó en el aire mi pregunta y se dirigió al soldado con orden perentoria de llevarme con él. ¿A dónde?, no lo sabía, dudaba de las palabras del Mayor, eran tantos los motivos para no creerle. Volvió a despedirse prometiendo una visita. Exhalé un suspiro de resignación, mi espíritu se tranquilizó, como algo extraño me abandone en la insensatez de la vida. Me vendaron y me condujeron por un pasillo hacia lo desconocido. Hubiera querido volver a mi valor de antes, con mis sentidos plenos,

Ciudad realidad

seguir rechazando lo injusto de la vida. De pronto el sol arrebató mis pensamientos mortificándome cuando me quitaron la venda, me introdujeron con rapidez en un automóvil elegante con el único soldado que conducía. Empezaron a despejarse mis dudas, pues siempre estuve custodiada por varios soldados y ahora, al encontrarme con uno solo de ellos, que además estaba ocupado conduciendo, mis temores empezaron a descender; no deseaba cualquier jugada que pudiera estarse fraguando, al salir el soldado me pidió que me agachara para no ser observada y emprendió su misión en medio de mis preocupaciones. Las calles estaban congestionadas, cada vez que un semáforo nos detenía era como un hilo de esperanza, con el pensamiento fijo en que alguien nos viera. Observaba los muros de las casas, las veía como si me fueran desconocidas. Intenté romper el hielo entre los dos. Él observó la indecisión de mi voz al hablar, por lo que me solicitó calma, consideró lo afortunado de mi vida puesto que no desate la ira del Mayor, por lo que en poco tiempo estaría descansando de la zozobra junto a mis hijos. Le pregunté por qué lo creía así y él dijo: —Es la orden. Usted fué sincera con el Mayor y él creyó en usted. Cuando descendió por el estadio Alfonso López, las esperanzas volvieron a mi frágil cuerpo, le pregunté si pasaba por lo alto del barrio Norte. Pensé que tanto rezo y súplicas de la gente estaban causando sus efectos. Me hizo descender dos cuerdas antes de mi casa, y un frío recorrió mi columna, sintiendo el tiro mortal que me propinaría antes de partir o por alguien que estuviera al acecho, pues mi casa había sido vigilada con frecuencia, según los vecinos.

El reencuentro entre afectos y lágrimas no se hizo esperar, la preocupación por la pérdida de mi trabajo asaltó el disfrute de tan gratos momentos, pero Toledo ya lo había previsto. Ese era el médico humanista.

Los allanamientos se sucedieron con frecuencia. La falta de defensores de derechos humanos permitía la

Desplazamiento

persecución injustificada. Continúe con mis actividades con la Anapo Socialista, ya que era una lucha legal en defensa y búsqueda de aperturas democráticas y de la justicia social. Así se lo sentencié al Mayor. Es comprensible que la realidad social y económica de la gran mayoría imponga el recurso de la defensa de sus derechos, en el que las personas conscientes asumen el reto de buscar mejores condiciones para los marginados.

XIV

La campaña de desprestigio a la Anapo Socialista continuó, en el afán de persuadir a la militancia por todos los medios acerca del peligro que representaba seguir a Toledo en sus andanzas.

En ese activismo permanente, Toledo me solicitó una mañana sacarle de su escritorio, que permanecía bajo llave, unos documentos. Encontré los recortes de periódico con «el ya viene, ya llega contra los parásitos», imaginé que se trataba de un purgante por la forma de la publicidad, sin pensar que se trataba de los parásitos sociales que destruyen el organismo de los niños con el hambre y los induce a la muerte, y los que le exprimen la sangre a través de la corrupción y los impuestos, con sus leyes contrarias a los intereses generales. Una noche se presentó en mi casa, preguntándome cómo iban mis compromisos militares, a lo que le respondí que por el momento sería una gran irresponsabilidad tenerlos, si sabía que me vigilaban y sobre todo porque había tomado con mucha responsabilidad lo de Anapo Socialista, y que estaban de por medio mis hijos, además le manifesté que no compartía algunos criterios con los «elenos» (6), por lo que había decidido canalizar mis esfuerzos hacia espacios más amplios. Me habló de respetar mi decisión, pero que era posible que llegaran otras opciones, me sugirió de darle continuidad a mi participación en «Listos en paz y emergen-

Desplazamiento

cia»⁷. Le pregunté acerca del purgante para los parásitos, y él quedó con la duda si yo conocía la verdad o era parte de mi ingenuidad. Sin más se despidió y me invitó a Bogotá a un evento que realizaba la Anapo Socialista. Se trataba de un seminario de la vanguardia del proceso, en el que vimos temas acerca del materialismo histórico y el socialismo, dictado por Antonio García, además de otros temas. Con frecuencia se dictaban seminarios en los que además de la formación puntual, se evaluaba la situación socioeconómica y se presentaban opciones de solución.

Cuando la sustracción de la Espada de Bolívar se tenían ya indicios del viraje que Anapo Socialista empezaba a dar en todas sus formas de lucha. Esta acción dejó al descubierto el contenido publicitario de «contra los parásitos». Por lo que no hubo sorpresa, ya que las expectativas de Anapo Socialista eran las de apartarse de los lineamientos tradicionales, e ir hacia una opción socialista a la colombiana, concebida en los frecuentes seminarios como: « La ley será, al amparo de la vida, honra y bien de todos sin discriminación de clase.

El histórico triunfo del 19 de abril de 1970, obtenido por la Alianza Nacional Popular y burlado mediante el fraude, impuso la necesidad de un cambio en la estructura orgánica del movimiento, que superara la tradicional organización electoral. Anapo Socialista no veía en los trabajadores simple «carne de urna», por lo que reconocía la importancia de su organización gremial y política tanto en el campo como en la ciudad. Para quienes considerábamos que las reivindicaciones sociales se debían matizar con todas las formas de lucha, se ajustaban precisamente estos lineamientos.

La lucha armada que protagonizó el M- 19 surgió a causa del robo de las elecciones del 19 de abril de 1970. Este momento había sido esperado por muchos, quienes en unidad de acción con otras fuerzas políticas, lideradas

Cruda realidad

por personas tan prestantes como Juan Campos del Partido Comunista y Serpa Uribe del Movimiento de Izquierda Liberal, decidieron hacer causa común con el movimiento sindical y todas sus tendencias, con el Moir, con las Juventudes Anapistas-JUAN, y con quienes buscaban un cambio en las estructuras, evitando el recurso de la violencia armada, aunque sin descartarla si era necesario.

La apertura democrática de Anapo Socialista afectó positivamente la relación con muchas fuerzas, como el movimiento de sacerdotes denominado «Golconda», quienes aspiraban a implantar las ideas de Camilo Torres. Era una revisión de la Iglesia frente a los graves problemas sociales que deterioraban paulatinamente al país. En este contexto, el clero perteneciente al campo social despertó el desconcierto en las esferas del gobierno, que veía a los representantes de la iglesia con un grado de conciencia, involucrados en la denuncia de las injusticias, por lo que los relacionaban con la infiltración comunista. Los teólogos de la liberación del momento demostraron que la rígida estructura de la Iglesia se apartaba del compromiso con los pobres como lo enseñó Jesús. Esta relación potenció las fuerzas y restituyó la fe en las masas, que de alguna manera habían sido víctimas del proselitismo de Samuel y María Eugenia

La relación entre la Iglesia de los pobres y el marxismo dinamizó el proceso de lo que fue el M-19, dado que muchos creyentes rechazaron a la Iglesia por su ligazón con el sistema opresor. La presencia del movimiento Golconda contribuyó a que las masas descubrieran que la lucha propuesta por Anapo Socialista estaba inmersa en el mensaje de Cristo. En conclusión, los cristianos consecuentes con su fe rompieron su temor. Era un mensaje a todos los descorazonados que les decía que la lucha unificada daría los resultados esperados, pues en un Estado social de derecho se hace necesario, ante la poca voluntad de los gobernantes, cumplir con los objetivos constitucio-

Desplazamiento

nales de organizarse para exigir sus derechos. Era el mensaje que percibíamos de Golconda. Aún sigue vigente, puesto que las condiciones de vida de los excluidos no mejoran. Cambia el discurso de la política, pero no cambia la forma de hacer la política. Se sobrepone el egoísmo que acompañan a cada uno, no se entiende cómo en un país con enormes riquezas tiene a una población deambulando por las calles con sus desesperanzas a cuestas. El problema mayúsculo consiste en la dependencia económica, no somos dueños ni de nuestras decisiones; esto perpetúa las relaciones de dependencia, es el caso actual del Tratado de Libre Comercio-TLC, que no permitirá una competencia leal y habrá que cargar con el sobreprecio que nos impongan, matará la posibilidad de una industria nacional y arrasará el campo. La debilidad e ignorancia nos hace ver en los productos extranjeros la panacea en sus marcas. Así succionan nuestros recursos con elevados precios.

La dinámica de tantas fuerzas permitió pasar del asistencialismo y de las consignas de denuncia, a la acción del combate de y con las masas, en una lógica interna coherente. Además que era el camino señalado en el momento. Era la forma de canalizar tantos esfuerzos y de adoptar estrategias diferentes, era la renovación democrática en la forma de hacer política, era pasar del desarrollo de una ideología populista a un desarrollo antiimperialista por la conquista del poder, era tomar el descontento popular y encausarlo en una transición hacia el socialismo. Era tomar parte como vanguardia en las luchas populares, por lo que tenía que desligarse de la Anapo tradicional, en la medida en que las contradicciones se aceleraban. Se intentaba involucrar a la dirigencia en la transformación hacia la toma del poder, alejándose del falso paternalismo y de la caridad que era lo que más recibíamos en nuestra niñez. Se trataba de un ataque abierto a la injusticia y a la opresión en sus

Cruce realidad

orígenes reales. Por lo que la famosa carta del M-19 a María Eugenia, le hacía una invitación a esa articulación entre doctrina cristiana y marxismo, que hiciera real la solidaridad con los oprimidos, era una invitación a la lucha por una sociedad más justa, a la participación activa y revolucionaria ante la crisis de credibilidad, a la cual hizo caso omiso la dirigencia.

En principio el M-19 enarboló la bandera bolivariana, alejándose de la discusión ideológica de los grupos de izquierda, por lo que su primera y espectacular acción fue la sustracción de la espada de Bolívar, como símbolo de la continuidad de la lucha de El Libertador, de ahí su consigna: «Bolívar, tu espada en pie de lucha hoy y por siempre», con un lenguaje muy directo que propinaba golpes de opinión, cuya popularidad se volcaba contra el régimen bipartidista. Se interpretó la urgencia de luchar por la democracia, y reorientó sus esfuerzos ya no por la revolución socialista, sino encaminada al logro de una salida democrática, renovando la táctica en la lucha armada. Esta combinación entre las armas y la política sintetizaba los anhelos populares de superar el autoritarismo, el reiterado uso de la fuerza, la permanencia del estado de sitio; en síntesis, la rígida democracia restringida.

Toledo Plata, concejal de Bucaramanga, manejaba los hilos del desarrollo político y las identificaciones conceptuales en el seno de la Anapo Socialista y otras organizaciones, que no pasaron inadvertidas en las conspiraciones en las coyunturas electorales. El comando era un hervidero, se establecieron los viernes culturales en lo que cada quien plasmaba su creatividad. Se recolectaban fondos. Hugo Caicedo estableció su conferencia semanal de los diferentes temas de interés nacional. Con frecuencia, los fines de semana se daban los cursos en Bogotá, a donde debíamos desplazarnos para la cualificación de los cuadros. Las mujeres con familia debíamos arreglárnoslas para competir con los hombres en el compromiso.

Desplazamiento

La campaña del « No voto», suscitó desconfianza en la administración, nos poníamos al cuello los carteles de no votar el día de las elecciones, en rechazo a las pocas garantías electorales y a la ambición de muchos de los dirigentes «revolucionarios» que se peleaban por un puesto en las listas electorales, todo fruto de la pérdida de fe en los procesos electorales debido a la experiencia de 1970. Esta campaña dio origen a la persecución a Toledo y la militancia, que se caracterizaba por el cumplimiento de sus actividades. Los grupos generadores fueron objeto de vigilancia permanente. Nosotros, ya involucrados en la militancia del M-19, en los actos públicos poníamos las famosas panfletarias, a fin de que la gente recibiera el boletín informativo de la organización. Los ciudadanos se peleaba por un volante, por lo que se decidió dejarlos en los baños públicos, en las universidades, en las instituciones, etcétera.

El fortalecimiento de los movimientos cívicos se debió a la unidad de acción contra las políticas represivas e injustas que permanentemente se han generado. Se buscaba con la presión de la unidad reivindicaciones sociales de distinto género, sobre todo por la deficiencia en los servicios públicos y la distribución de la tierra. Se alcanzaron logros gracias a la decisión de los diferentes sectores. La experiencia cuenta que los pequeños logros reivindicativos se han dado aunando esfuerzos y solidaridad, desde luego que ajustados a las condiciones locales. Lo negativo es que han sido coyunturales, y han desperdiciado los esfuerzos de acciones mayores.

La Anapo Socialista y el M-19 abanderaron múltiples paros entre ellos el de 1977, uno de los más fuertes y por tanto de mayor represión. La unidad de los trabajadores con el sector popular demostró que los sectores tienen sus afinidades y sus particularidades. Lástima que el sindicalismo haya subestimado las fortalezas del sector popular, considerándolo populista sin estructura política en

Ciudad realidad

las confrontaciones. El paro del 14 de septiembre de 1977 dejó experiencias aleccionadoras. En la organización del paro faltó una estructura más coherente con la realidad a desarrollar, puede decirse que la participación de las masas se dió de manera espontánea, las discrepancias entre el sector popular y la «vanguardia» de los trabajadores no se limaron, ni antes ni después. No todos teníamos la interpretación y claridad necesaria. Un paro requiere una organización que movilice, pero que a su vez genere conciencia a través de experiencias colectivas, socializantes, que rebase el poder de convocatoria coyuntural, y pase a la transición de convocatorias más estables, de mayor alcance y de mayor amplitud en los objetivos, para lograr mayor poder en las negociaciones que este traiga. Aprendimos que la unidad de acción no puede quedarse solo en la coyuntura, que es necesario profundizar en los problemas sociopolíticos del país y buscar soluciones a largo y mediano plazo, con actitud modesta, sin el interés de dominar y someter a criterios propios, sino con el objetivo de buscar el bienestar colectivo, pues lo importante es la identificación alrededor de un propósito común.

La «operación tachuela»⁸, de grapas y las panfletarias⁹, obstaculizaban la circulación cotidiana. Se cortó el agua, para que los ricos sintieran lo que era pasar un solo día sin este preciado líquido, al igual que la energía. La militarización fue espectacular para un paro anunciado, se dio la guerra de carteles, pues nosotros los colocábamos y el ejército los bajaba, pero la militancia en guardia, al acecho y como hormigas nos trepábamos en las copas de los árboles y nos escondíamos bajo los carros que se parqueaban junto a las aceras y vigilábamos el retiro de la fuerza pública.

El país se paralizó, así se quisiera desconocer esa realidad. Santander fue de los departamentos más beligerantes. La actitud del gobierno incapaz no sólo de comprender a los ciudadanos que buscaban hacerse escu-

Desplazamiento

char, sino de reprimir cualquier expresión, sólo apelando al estado de sitio permanente, en cabeza del mismo Alfonso López, quien venía del MRL, ahora se identificaba con la represión, de forma feroz reprimió el descontento popular y su posibilidad de acción. Los resultados fueron conocidos ampliamente en su momento: un elevado número de muertos y detenidos. En ese episodio me recordaba cómo, cuando era muy joven, presencié la brutalidad de la fuerza pública, que aplastaba con la caballería una huelga de los maestros en el parque García Rovira de Bucaramanga.

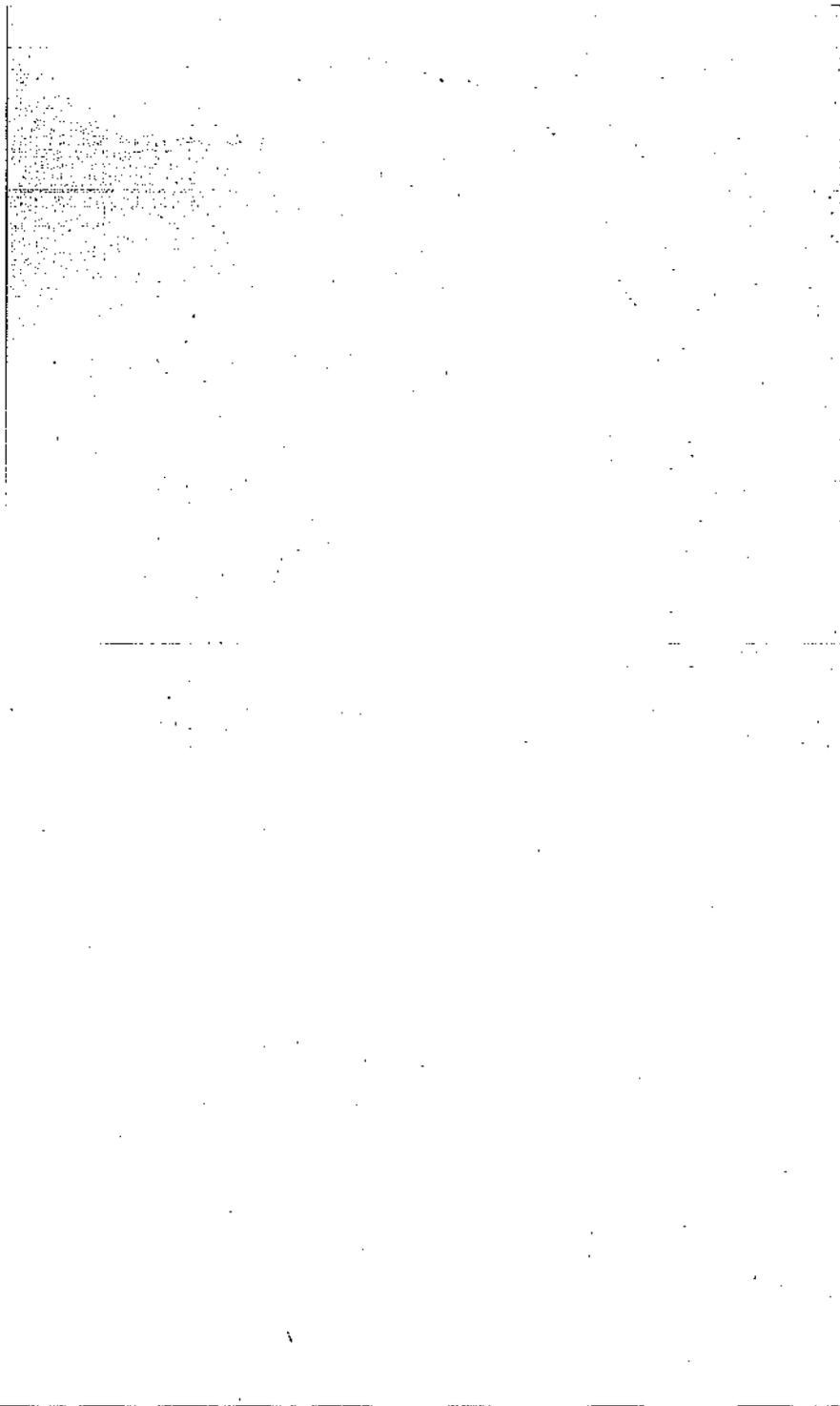
Hechos como estos fortalecieron el empuje del movimiento campesino, como la Anuc Línea Sincelejo, los cabildos indígenas y el estudiantado, que acompañaron las diferentes movilizaciones, cuya agitación introdujo discusiones de lo que sucedía en el país. Pero 28 años después la situación se torna igual, la pérdida de la capacidad adquisitiva, el recorte en los salarios, el creciente desempleo, etc., siguen igual. Sólo los congresistas han aumentado sus capitales gracias a los vergonzantes beneficios que reciben de los gobiernos por el apoyo incondicional que les brindan en sus lesivas propuestas, no sólo para promulgar leyes represivas, sino en beneficio incondicional de quienes detentan el poder. De ahí que el paro de 1977 tuviera su impacto en el alza de salarios, los que se habían deteriorado notablemente, así como una mejora en los servicios públicos y en los tugurios, que pululaban, igual que hoy, en la periferia de la ciudad.

En ese 14 de septiembre fuimos detenidos varios líderes, considerados peligrosos por la madurez de nuestros conceptos, y por el hecho de no callar ante tanta aberración. Luis Mantilla, Mario, Isaías, Carmen y tantos otros que escapan a mis recuerdos. Las detenciones se hicieron con el mayor sigilo, evitando el levantamiento de los participantes. Los detenidos fueron miles, y

Cruela realidad

muchos pagaron con su vida la osadía de desafiar el sistema con un paro de reivindicación social, que llevaba implícito el derecho a la educación para nuestros hijos, como lo ordena la Constitución. A partir de esa fecha memorable, aparecimos encabezando el listado de los renegados, que jamás podríamos intentar solicitar una visa para ir a Estados Unidos, según comunicado expedido por la embajada de ese país. Es una lástima que el auge de los paros cívicos haya decaído, era una oportunidad para reivindicaciones más radicales. Esta dinámica se desaceleró posiblemente por el auge de las drogas, que desvió la mirada del país, en el afán del enriquecimiento fácil.

Las raíces de la injusticia se observan por todos lados, en el niño, en el anciano de la calle y en el desplazado. Es la más brutal expresión de la misma, simboliza la lucha por la vida, su miseria desafiante, y la profunda desigualdad que corroe toda nuestra estructura social. Es el reflejo más lamentable del fracaso del sistema. No hay democracia que valga, ni país que se respete, mientras un alto porcentaje de sus infantes estén obligados a mendigar o a robar para subsistir.







XV

 La combinación de todas las formas de lucha, y en especial del trabajo coordinado entre y con las masas, fue lo que le dio al M-19 su mayor empuje, la unidad de acción le dio gran credibilidad. Sus constantes denuncias acerca de las restricciones de las libertades, la violación de los derechos humanos, la persecución a toda expresión política popular, las torturas y toda anomalía violatoria de la persona humana. Además que fué la única vía que se encontró en ese momento. Era tal la credibilidad y confianza en el movimiento que en todas partes nos abrían las puertas, nos acogían calurosamente. Era notoria la esperanza en este proceso.

Un desarrollo que no se conocía antes fueron los comandos verdes de la policía. Con Rafael y otros logramos introducir esta propuesta en su interior, cuyo objetivo era el de fomentar la inconformidad reprimida del policía vejado y doblegado, sin posibilidades de sacudirse, sin salario a tiempo para el sostén de su familia, todos ellos encontraron en nuestra propuesta un aliciente a su inconformidad, y lo expresaban en los escritos que se plasmaban en los boletines, que eran encontrados no sólo en las panfletarias⁹ sino en los baños del comando de la policía. Se hablaba en voz baja, pero no se hacía pública su existencia por temor a crear el caos en su interior. Conocimos de las investigaciones internas

Desplazamiento

y las preocupaciones que esta iniciativa creó. El policía andaba con los zapatos rotos, vivía en inquilinato y conocía de cerca la miseria, el hijo del policía asistía a la escuela en alpargatas, como el hijo del desempleado. De ahí, la inmensa solidaridad; se hacía patente entonces la consigna de que el uniformado también es explotado. Obtuvimos solidaridad de uno que otro militar activo que comprendió el mensaje. Y es que nuestro discurso era bien intencionado y convincente debido al grado de conciencia con el que lo desarrollábamos. En mis reflexiones, encuentro que este sentimiento permitió mayor cobertura en lo urbano. El respeto ganado por la seriedad con que se promovían las estrategias, y por aspecto relevante, cual fue la consigna de jamás atacar contra uniformados, ya que era contrario a lo que se planteaba, pues el policía no era considerado enemigo. Los comandos verdes tuvieron corta vida, un poco más de un año; fueron desvertebrados con el cambio en la dirección de la policía. Lo importante fue que no detectaron a los miembros en su interior ni en el exterior. Podríamos decir que se hizo en absoluta clandestinidad

En un encuentro en Barranca, le dimos vida a la consigna: «en cada casa un comando, en cada esquina un cuartel, sólo así llegaremos al poder», se interiorizó tanto en la gente que hasta los niños la voceaban sin entender su contenido. La *Lora proletaria* se convirtió en el himno popular, impulsada en el sinnúmero de presentaciones artísticas que realizaba el grupo El Sembrador, quienes posteriormente conformaron El Semillero, donde se hacían presentes niños y adolescentes. Debido a la actitud reaccionaria de la dirección de la Anapo, se compuso la canción de: «Dicen que Anapo se está acabando, por la mala propaganda que hacen quienes no lo ven, que se está purificando de dirigentes reaccionarios, esa es la mera verdad. Ahora con la Anapo Socialista todo el pueblo se organiza para la revolución, ahora con

Cuando realidad

la Anapo Socialista todo el pueblo se organiza para un buen cambio social. Llega don Samuel Moreno a querer ponerle freno a la lucha popular, no sabiendo que el obrero con el campesino unido nadie lo va derrotar», y esto sucedía porque el M-19 hacía de la revolución una fiesta, sin contagiarse del «martiriologismo». Esa fe y la esperanza en el movimiento lo impermeabilizó. Era tanta la euforia que no se medían las consecuencias que implicaba ser parte del movimiento, era así de abierta su existencia en un principio, como si la clandestinidad quedara para fuerzas más radicales. La voz de aliento llegaba de muchos lugares, era como la «globalización» de la lucha contra la guerra y el terrorismo de Estado. Tantas estrategias estatales para desmembrar a las fuerzas opositoras, sin embargo están reviven como el ave fénix, y subsistirán mientras las desigualdades persistan. No hay peor terrorismo que el que ejerce el Estado contra su pueblo, sobre todo contra sus niños, que los degrada reduciéndolos a su mínima expresión.

¡Cuántas veces nos sorprendían los retenes militares sin que se reconociera a los guerrilleros! Parece que las oraciones de la gente simpatizante con la causa llegaban al Dios todopoderoso, puesto que éste nos protegía, por lo que el proyecto no naufragó. Así se consolidó la gran cadena de los afectos de que tanto habló Pablo. Era maravilloso ver la creatividad y la solidaridad, que se hacía caso omiso de las habladurías mal intencionadas acerca del ateísmo del movimiento; la gente entendía que se trataba de la suma de credos y voluntades en una propuesta de país, que mostraba caminos diferentes a las rígidas y antidemocráticas estructuras presentes. De hecho, la teología de la liberación buscaba de igual manera la aplicación del pensamiento bíblico; era la efervescencia de fuerzas sociales que motivaban la polémica nacional sobre la injusticia y el desamparo de sus pobladores. Hoy es un país alineado a través de

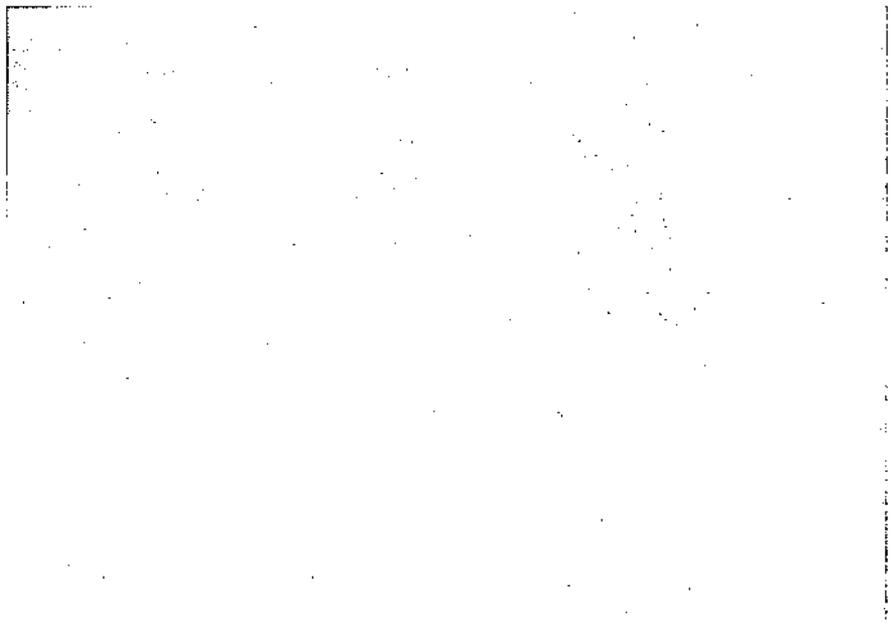
Desplazamiento

una falsa versión de nuestra realidad económica, política, social y cultural.

El caso más patente de solidaridad fue el de Jorge y otros miembros de la fuerza pública, a quienes se les suministraba en el restaurante familiar la alimentación al fiado, ya que no recibían su salario de manera puntual. Además de estar encargados de los pormenores de lo que allí sucediera. Allí se albergaba a la gente que iba de Bogotá, quienes se hospedaban en las casas amigas para mayor seguridad. A Jorge le asignaron la delicada tarea de seguir y provocar un accidente contra Carlos Toledo Plata, en un viaje que debía realizar a Barranca, misión que fue rechazada debido al respeto y admiración que el médico inspiraba, además por tratarse de un trabajo sucio, que ya empezaba a desplegarse contra los líderes opositores. Jorge me solicitó que le informara que no debía hacer ese viaje a fin de evitar complicaciones. Lo cierto es que Toledo no le dio importancia a la solicitud, además que para él era difícil incumplir un compromiso. Se le informó de la posibilidad de un atentado, y su respuesta categórica fue: «lo que ha de ser, que sea». Yo desconocía la intención real de Jorge, recuerdo que era su cumpleaños, por lo que había tomado unas copas de más, que le animó a comunicarme su gran preocupación por lo que pudiera suceder esa noche, aclarándome que no sería él el responsable de lo que sucediera. Yo no entendí del todo la angustia de Jorge. Después de estarse un tiempo en el restaurante se despidió y me dijo: «Le juro que algo muy grande va a suceder esta noche, menos el crimen contra un hombre que arriesga su vida por un mejor país» y salió. Por primera vez estampó un beso en mi mejilla y me dijo: «Eres una gran mujer, jamás intentes acercarte a mí, pase lo que pase». La incertidumbre me agobiaba pues para mí no era claro el panorama. Esa noche, luego de ingerir mucho licor, Jorge llegó a una tienda de la calle

Cruda realidad

36 con 14, y fumigó con su metralleta a los que allí se encontraban; no recuerdo cuántos muertos hubo, luego él intentó quitarse la vida y no lo logró. Prefirió su propia desdicha que manchar sus manos con la sangre inocente. Atando cabos, luego de los hechos, intuí que el atentado estaba programado por el propio Estado. Al hacer memoria de este acontecimiento, no puedo más que seguir convencida de que no a toda la fuerza pública puede lavársele el cerebro para las atrocidades, y siempre habrá hombres y mujeres que desde el lugar que ocupen estarán prestos a salvar un ser humano. Además no hay que olvidar que el reclutamiento se da entre el asediado campesino, el obrero, el desempleado y el desplazado. No se conoce del servicio militar que prestan los hijos de los adinerados. Jamás volví a saber de Jorge, atendiendo sus recomendaciones, pero sé que desde el lugar en que se encuentre jamás se arrepentirá de su proeza, puesto que fué un acto plenamente calculado.



XVI

Nuestra militancia continuó con altibajos permanentes, pero con la moral en alto. En 1977 empezó a consolidarse el proceso unitario en el frente amplio de liberación. La coyuntura marcó un momento histórico en la elección del candidato de unidad, Julio César Pernía. Los muchachos se agruparon en las Juventudes Anapistas-JUAN, en las que mi hija Aydee dió sus primeros pasos. Como en Santander se fortalecía el proceso, la atención del movimiento se centro allí, por lo cual Toledo solicitó apoyo de cuadros cualificados en Bogotá. La dirección envió a Carlos Aguirre y Alfonso Vergara, quienes asumieron no sólo la coordinación de las juventudes, sino el apoyo al sector popular; su presencia dinamizó la participación de muchas personas jóvenes de diferentes estratos y sectores. Esta dinámica para las elecciones provocó la infiltración de los organismos del Estado, aunque nuestra actividad era legal y abierta, y en eso se comprometieron los muchachos, sin embargo, se acostumbraba a cambiar de sitios debido al seguimiento permanente. Se informó acerca de estas anomalías a la Policía; aunque de nada sirvió, pues no se tomaron medidas al respecto. La campaña estaba en todo su apogeo cuando llegó Ximena, novia de Carlos. Residían en el barrio La Perseverancia de Bogotá, por lo que se decía que allí se anidaban los embriones de la revolu-

Desplazamiento

ción, puesto que se gestaban causas sociales con mucho entusiasmo. Quedamos maravillados del inmenso amor que se profesaban, y es que la relación de pareja al interior del movimiento se consolidaba al fragor de la lucha, que interrelacionaba afinidades y sentimientos.

Suspendida la acción proselitista antes de las elecciones, como lo ordena la norma, Alfonso y Carlos debían regresar a Bogotá. Ya no andábamos solos sino en grupo para protegernos, había tensión a cada paso que dábamos, algo nos anunciaba la fatídica noche. Se acordó que viajaran temprano, para tener la compañía de un grupo que se desplazó al parque Centenario, donde despachaban los buses de Copetran. A las seis y media el grupo los dejó dentro del autobús; Aydee, quien hacía parte del grupo, presenció el cumplimiento de las recomendaciones, como el bus arrancaba, el grupo regresó al comando para informar acerca de la misión cumplida. Al siguiente día llamaron de Bogotá para informar que los muchachos no habían llegado a su destino. Se inició la búsqueda sin resultados, se recibían llamadas del anfiteatro. Es extraño como los pasos resuenan dentro del cerebro, con la incertidumbre del reconocimiento de los desaparecidos, y es que hasta la naturaleza con vigor pujante se conmueve ante lo monstruoso del impune acontecer. Al tercer día se recibieron llamadas para realizar la identificación de los cuerpos. La tortura a que fueron sometidos era impresionante, por lo que no fue fácil reconocerlos, les arrancaron los dientes, las uñas, a Alfonso le sacaron un ojo, dedujimos que aún vivo, fueron cortados con machete, tan abominable hecho es similar a las motosierras de los paramilitares. Fueron sepultados en el Cementerio Central de Bucaramanga, por lo que cada vez que se pasa por allí el recuerdo latente confunde y entristece. En las investigaciones adelantadas por el movimiento, y gracias a una llamada anónima, se corroboró que el bus había sido detenido por una camioneta del DAS y sus detecti-

Cruela realidad

ves, con el pretexto de una requisa, los introdujeron a la famosa camioneta Panel, y los condujeron por la vía a Matanza. Se dijo que fueron encontrados colgando de un árbol. Esta vía se convirtió posteriormente en botadero de cuerpos humanos.

El proceso electoral se afectó notablemente, ya que amedrentaron a la gente; fueron ocho días de incertidumbre y tristeza, de impotencia, de muchos sentimientos encontrados. A mi memoria retornaba aquella noche aciaga de nuestro desplazamiento, sentía con fuerza los látigos del destino, rodeada por la muerte, por las incertidumbres, sin que cupiera en mi cabeza la capacidad que tenía el Estado para desarrollar su crueldad. De igual manera, pasó con Ismael Taberna, un dirigente popular de Girón, no compartía la lucha armada, pero era clave para el movimiento cívico. Su rebusque para la subsistencia de su familia se derivaba de las ventas de electrodomésticos. Fue así como el día de su desaparición, nos habíamos encontrado en el bus bien temprano, él se encontraba muy contento, puesto que iba a encontrarse con un «cliente», que a su vez era su amigo, y le había propuesto una compra. Ismael era pensionado de la policía, y por tanto era frecuentado por ex policías. La cita era justo donde nos dejaba el autobús, en pleno centro de Bucaramanga, al bajarnos me dijo: — Ya esta ahí, nos vemos. No sé porque, pero le solicité que se cuidara, y le dije: —Ojo con las citas. No pude ver la cara de su amigo debido al afán de cada uno. Fue esta la última despedida, no volvió con vida. En la noche su mujer y sus hijos lo buscaba afanosamente, por lo que se empezó la búsqueda inmediata. Ocho días después nos informaron del hallazgo de un cadáver con las características del desaparecido, de nuevo al anfiteatro para el reconocimiento; el cadáver estaba en estado de descomposición. También sus uñas arrancadas, torturado salvajemente según registro de medicina legal, y como siempre no se identificó a los responsables de semejante crimen.

Desplazamiento

Siguieron las muertes selectivas. ¡Cuántos cayeron inocentemente! Esta vez el turno fue para Norberto Paredes, aguerrido luchador de la causa de los trabajadores de la salud del Hospital Ramón González Valencia, por ello la primera escuela sindical que se constituyó llevó su nombre, como homenaje a su compromiso. El objetivo trazado aún persiste, gracias a las personas que en medio de las dificultades asumieron el compromiso. Se ha destacado en la formación del semillero que promulga la defensa de los derechos humanos.

La incapacidad investigativa de las fuerzas del «orden», los han llevado a promover desmanes arbitrarios contra los opositores, quienes sin haber levantado un arma son blanco de la crueldad del Estado. Los sectores desarmados son quienes padecen las consecuencias de la ira gubernamental, están a la mano para la justificación de sus desmesuradas acciones, caso de la Unión Patriótica-UP. Por más represalias, lo cierto es que la oposición política armada aún continúa poniéndoles en jaque. Esto confirma que la terquedad de los sectores que consideran que sólo el cambio social asociado con el diálogo y el respeto, será el arma poderosa capaz de desarticular cualquier intento de rebelión. Por más capacidad de los medios de comunicación de desvirtuar la realidad, tarde o temprano serán llamados a reconocer la equivocación de sus apreciaciones. Lo difícil será el desarraigo de las generaciones venideras, aunque estemos a tiempo del reconocimiento de realidades que permitan la articulación de conceptos pluralistas.

La represión abierta contra todo indicio organizativo, sin importar su procedencia, fortaleció y afianzó la solidaridad y el desgaste del Estado en sus operaciones palaciegas. No entienden que la conspiración popular sólo busca la ampliación y los cambios en el aparato estatal para que cumpla con sus fines. La clandestinidad alberga a muchos dirigentes temerosos de con-

Cruza realidad

vertirse en blanco de agresiones injustas. La aparición de la triple A, con su intención de desvertebrar cualquier intento, sofocó el trabajo popular, declaró personas no gratas a dirigentes, obligándonos con sus amenazas a muchos, a abandonar nuestras ciudades. Es otra clase de desplazamiento, refugiados en nuestra propia patria. De nuevo el desarraigo; las hostilidades eran tantas y de tan diferente forma, que se hacía necesario tomar precauciones con nuestras vidas.

A raíz de la retención y ejecución de José Raquel Mercado, la situación se tornó bien difícil. Recuerdo a Pedro Julio Caro, quien con altoparlante en mano realizaba marchas exigiendo su liberación. Llegó al comando a pedirle a Toledo devolverlo. Por primera vez vimos a Toledo responder a las agresiones, la intervención oportuna de las mujeres evitó el enfrentamiento. La decisión del M-19 de claudetinizarlo era algo inadmisibile. Toledo, Andrés, Israel, Gerardo y tantos otros eran hombres públicos, fogueados en la política, pero en la clandestinidad armada era otro cuento, se ponía en duda su durabilidad en lo rural. Las posibilidades urbanas se habían agotado y no había otra salida en el momento que sacarlos del país, a lo que dieron un no rotundo. Esta decisión les permitió afianzar sus convicciones y responsabilidad, asumiendo el reto relacionado con la validez de todas las formas de lucha.

Su accionar se estableció entre la ciudad y el campo con las móviles rurales, eran el enlace entre lo uno y lo otro. Así, sin darnos cuenta, estábamos comprometidos. El papel de la solidaridad jugó un papel decisivo como acción colectiva en el fortalecimiento de este proceso. Y es que el trabajo urbano sin la solidaridad no es posible. Se está con un pie en la vida y otro en la muerte a cada instante, debido a la guerra sucia que establecieron en complicidad con el Estado, cada quien cumple su misión no por casualidad, sino que son entrenados en escuelas especializadas y les dan sueldo para asesinar.

Desplazamiento

En el monte la guerrilla sale, ataca y se repliega (desde luego, bajo la inclemencia del tiempo) a su base de operaciones, amparados por la naturaleza que los protege, sin demeritar los riesgos y sufrimientos que esto acarrea. En el campo de lo político urbano se vive a merced de la solidaridad, son mayores los riesgos, no se sabe cuándo será descubierto; en la calle se siente en todo momento el tiro de gracia. Y es que ser guerrillero implica una convicción absoluta, un amor profundo hacia la familia y el país; el sacrificio y la osadía buscan un espacio donde todos los niños se vuelvan alegres y le puedan coquetear a la vida. Es un compromiso que hace crecer, madurar, humaniza el corazón y hace sentir el florecimiento de la vida.

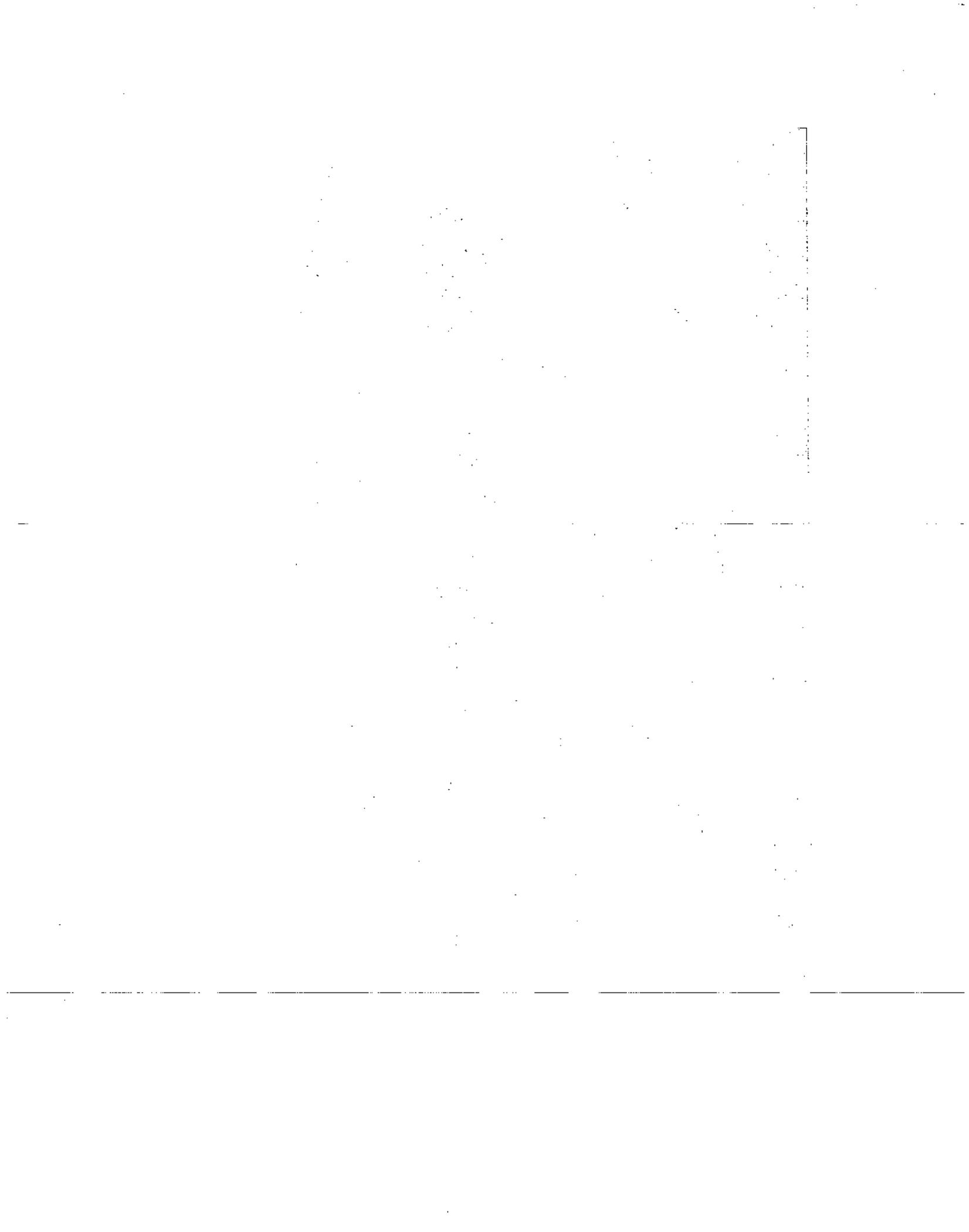
Los camuflajes funcionan, pero no siempre se sobrevive en medio de tanto espionaje. De ahí que para la resistencia de la solidaridad el proyecto debe ser claro y consistente, con y para el pueblo, de reciprocidad y de nobles intenciones. La promoción de causas justas implica sacrificios, esfuerzos y sobre todo un alma muy generosa, capaz de asimilar los conflictos que se desatan con esa decisión. Cuando la convicción se apodera del individuo éste encuentra realizaciones máximas, es como haber aprendido a vivir realmente, es tomar partido por un ideal de transformaciones ante una sociedad tan injusta, es poner el elemento humano contra el horror y el odio, es el gran esfuerzo del ser humano para deponer su individualismo hacia sentimientos de progreso para la humanidad, es la siembra de acciones eficaces.

Si el proceso al que pertenecemos muchos no dió los frutos esperados, al menos dejó esa autenticidad que nos caracteriza; el gesto de haber intentado, bajo todas las formas de lucha las reivindicaciones, nos garantiza el camino y la autoridad para continuar por los caminos de la paz. Es grande la experiencia vivida. Es como haber atravesado la oscuridad de un túnel, para encontrar la claridad verdadera. Esa fue la vivencia de miles de hom-

Ciuda realidad

bres y mujeres que se atrevieron a dejar la oscuridad del túnel, de eso estoy segura. Es lastimoso que algunos no hayan logrado atravesarlo plenamente, quedándose en las tinieblas del individualismo bajo la capa-razón del sistema, a la sombra de un simple mejoramiento económico. Los intentos por pertenecer más a un acto individual y de buenas intenciones, sin empalmar con las bases, hacen que un movimiento no articule organización. Es necesario identificar ese vacío, y resolver las diferencias y contradicciones políticas con los demás sectores.

Es el caso de Firmes, movimiento surgido de la iniciativa de recolección de firmas por la defensa de la democracia, abanderado por el maestro Gerardo Molina, que se planteaba como una salida y un esfuerzo por superar la disgregación de grupos con formación marxista, pero con poca acogida en el país. Se concibió como un esfuerzo renovador en la conciencia de la lucha democrática y como instrumento de unidad. Luchó contra la concentración de poder, contra el estatuto de seguridad antidemocrático, violador de los derechos humanos. No fue más allá debido a sus vacilaciones en la conducción de la coyuntura electoral, que inflamó los apetitos, sin tener en cuenta que éste no había sido concebido para esa coyuntura, sino para el fortalecimiento de la unidad. La ausencia de un interés colectivo ha frustrado sinnúmero de iniciativas. Santander estuvo en la brega de consolidar este proceso, pero naufragó en la coyuntura electoral y sobre todo en la lentitud con que respondió a los problemas políticos del país. Esto menoscabó el avance de un movimiento nacional en oposición al avance de la guerra y del deterioro de las instituciones.



XVII

De las iniciativas de la época aún perduran las ONGs, que se establecieron como defensoras de los derechos humanos, debido a la proliferación de la tortura como método para acallar conciencias, las desapariciones y otros tratamientos degradantes e inhumanos. En la cacería de brujas implantada en el gobierno de Julio César Turbay Ayala, en la que miles de compatriotas fueron a la cárcel por rebelión, esto generó una dinámica nunca antes vista. Se constituyó el Comité de Madres, cuya función era la de asistir y denunciar el atropello de que eran víctimas los presos políticos. Virginia Duplat, madre de Carlos Duplat, uno de los torturados, con el apoyo de Eduardo Umaña Mendoza y muchos hijos, madres, hermanos, esposas y viudas logramos promocionar en la sociedad la denuncia y el pronunciamiento contra la represión ejercida por el Estado. Esto trascendió en el campo internacional a organismos de defensa de los derechos humanos «S.O.S. tortura» en Suiza, orientado por Eric Sottas, Amnistía Internacional y otros que fortalecieron su trabajo en Colombia. Fueron muchos los que voltearon sus miradas hacia este escenario antidemocrático.

El creciente delito de la desaparición dio paso al comité de desaparecidos Asfades, que se encargaba con todos sus riesgos de averiguar por los desaparecidos. Así

Desplazamiento

se fue dando paso a cada necesidad como el Comité de Solidaridad con los Presos Políticos, que pasó a funcionar en el Cinep. En este arte de la defensa de los derechos políticos y sociales, fueron muchas las personas que perecieron y aún continúan pereciendo, y los que no han muerto siguen amenazados por su labor. Cada área tenía un responsable, y como las acciones eran afines, se correlacionaban para fortalecer el proceso. En este ir y venir de actividades se logró con muchos sectores poner en evidencia no sólo la represión, sino la injusticia social que degradaba a la población. Fue así como al aprobarse el oprobioso Estatuto de Seguridad por parte del Congreso de la República, se logró con muchos esfuerzos derogarlo, como también se logró la ley 35 de amnistía general y sin condiciones, con la que se puso en libertad a todos los presos políticos, quienes abandonaron las cárceles después de haber sido condenados por rebelión, cuando se hacían juicios acelerados con largas condenas. Hasta la capilla de la Cárcel de la Picota se convirtió en escenario del tribunal, allí se adelantaba el consejo verbal de guerra en el que todos eran condenados sin pruebas. De igual manera, brotaron los abogados demócratas, decididos a defender a los detenidos, muchas veces voluntariamente; así se escribe la historia cuando el pueblo se junta.

Estos comités no tenían ideología, credo, ni color, eran pluralistas, allí se militaba por la libertad y la vida de los detenidos y desaparecidos. La fuerza que se alcanzó con el Comité de Madres fue enorme, eso lo impermeabilizó contra la represión. En este contexto se consolidó la vida de Asfades. En 1982 sucedían detenciones clandestinas, los detenidos no eran registrados en las dependencias de los organismos de seguridad y mucho menos presentados ante los jueces, total que su búsqueda se convirtió en la prioridad. Fue el caso de la desaparición de 12 estudiantes de la Universidad Nacional, ante lo que

Ciudad realidad

se obtuvo fue el dramático silencio oficial. La desaparición forzada se estableció como norma extrajudicial, y como amedrentamiento a los colosos, capaces de sacudir los cimientos de las estructuras del poder.

Una de las acciones políticas que pusieron a reflexionar a la gente y directivos de las empresas fue la retención por parte del M-19 del gerente de Indupalma, Hugo Ferreira Neira, debido al maltrato que ejercía sobre los trabajadores, en ese gigantesco complejo agroindustrial, situado al Sur del departamento del Cesar. No fue suficiente el desplazamiento de los colonos para la implantación de la empresa de aceite de palma, sino que se les dió a quienes se quedaron a trabajar en ella un tratamiento esclavista, en condiciones infrahumanas, además de los métodos de intimidación y muerte que se establecieron hacia los campesinos, en contraste con las enormes ganancias de la empresa. Esta acción del M-19, en razón de tanta infamia, elevó la conciencia de los trabajadores en sus fábricas, era un aliciente en la defensa de sus intereses de obreros; esto fomentó la solidaridad entre las organizaciones sindicalizadas contra el despido masivo de trabajadores, generó una dinámica con objetivos claros y bien definidos, puesto que interpretaba sus necesidades y aspiraciones. Fue afianzándose como clase portadora de un mensaje de cambio, acorde con su papel en el proceso productivo y en la vida política y social del país. La unidad debe ser el componente primordial para hacer efectiva y potenciar las luchas. El M-19 encarnó la tradición libertaria de la población excluida socialmente, escribió su capítulo en la lucha abierta por la democracia.

En mis frecuentes detenciones constaté en carne propia lo aberrante del sistema. Víctima de la cacería de brujas se dió mi segunda detención, luego del acostumbrado allanamiento previo. Me movía en el marco legal ejerciendo la solidaridad hacia los perseguidos. A la entra

Desplazamiento

da de la V brigada, a donde fui conducida, me señalaban un feto que reposaba en un frasco y que, según ellos, había sido extirpado a una detenida, señalando lo que nos podía pasar a quienes nos atrevíamos a desafiar el simulacro democrático. Me consideré fuera del alcance de sus placeres puesto que mi hija Adriana ya había nacido. Fui vendada y encerrada durante cinco días en un calabozo, donde sólo podía doblar un poco las rodillas. En la noche las amenazas de violación no se hacían esperar, alguien me había dotado de una tranca para la puerta en el calabozo, la que sostenía durante la noche, como mecanismo de defensa; al amanecer en cuclillas dormitaba un poco. No había forma de aseo personal, el alimento escaseaba, deliraba por un poco de sal. Una noche un coronel del que tenía referencia de ser un poco humano, me convenció de salir del calabozo para conversar, accedí a su petición y fui a su oficina. En todo momento sentía el tiro de gracia, que se había convertido en habitual con el argumento de la ley de fuga; pero el coronel no tenía esa intención, hablamos largo y parejo de manera respetuosa, era un acto a la vez de interrogatorio y conversación cotidiana, el hombre valoraba el coraje de ser guerrillero, admiraba la capacidad de abandonarlo todo para entregarse a una causa, de la que posiblemente no se saldría vivo, incluso les encontraba cierta razón. Yo le reclamé que me hubieran asignado varios soldados para custodiarme, a lo que él respondió de manera muy sabia: « Es que ustedes se meten en esto por convicción, mientras que el soldado lo hace por obligación ». En el momento no valoré sus palabras, debido a la incertidumbre de lo que pasaría luego de la conversación. De nuevo me preguntaba si podría volver a ver a mis hijos. Es algo tormentoso cuando la muerte acecha. En medio de esa frialdad preferí sonreír, sin la frente baja.

De nuevo fui conducida al calabozo a la madrugada, con café incluido, por lo que deseché de inmediato

Cruda realidad

el escalofrío de la muerte, no me sentía agotada, al contrario, sentía la inmensa necesidad de que amaneciera para conocer mi destino. Soñaba despierta con la sonrisa de mis hijos. Sentía que la belleza florecía luego de esa horrible noche que sin ser tan inhumana me había hecho flaquear por algunos instantes. Mis ojos contemplaron la puerta del calabozo, como un tronco vigoroso que se abría para darme paso a la libertad, al encuentro con la vida. Comprendí que la alegría es símbolo de vida, y la nostalgia la flaqueza. Hay momentos en que lo único que se puede hacer es bregar por su existencia.

A mis hijos los habían preparado para llevarlos a la brigada militar, habían hecho el trabajo de «lavarles el cerebro», puesto que en una reunión lo primero que acertaron a decir fue que dejara mis andanzas, que mi lugar estaba junto a ellos, que ellos aspiraban a ser buenos ciudadanos, por lo que pensé que parte de mi misión la estaba cumpliendo. Esto me lo contaron mis dos hijas mayores, Merceditas y Aydee; con el chantaje de que cumplen o no ven más a su mamá, se buscaba castrar la imaginación de los niños. Son tantas las normas establecidas sobre los derechos de los infantes y los adultos, pero ninguna se cumple, es sólo un simulacro humano.

El general Henao solicitó mi presencia en su oficina antes de darme la libertad. Deduje que el respeto ganado en el trabajo social tenía sus efectos. Me pidió comprometerme a abandonar mis actividades, y seguir colaborando con ellos; la dignidad se me alborotó y con sencillo lenguaje, pero con firmeza le manifesté cuan equivocado estaba. En estas situaciones se descubre que lo único que fortalece el espíritu es la firmeza con que se administran las convicciones. La conversación se dio por terminada, no sin antes hablarme de su acto generoso para con mis hijos, y advertirme que debía responder de la misma manera, sobretodo en mis visitas a los detenidos, así me evitaría contratiempos. Le respondí que si

Desplazamiento

mi libertad estaba condicionada prefería quedarme allí. Mis hijos me esperaban con ansiedad y preocupación. Me puso en libertad un poco malhumorado.

A la siguiente semana viaje a Bogotá a visitar a los detenidos, fui víctima de degradaciones. Así transcurrieron tres meses hasta que un domingo, al salir de visita, el ejército me esperaba en la puerta de la cárcel la Picota; quedarme un poco más de lo previsto me hizo presa fácil para la detención, gracias a Leo que escuchó mis alaridos pude salvar mi vida. La tenebrosa camioneta Panel, en la que se desaparecía a los detenidos, se encontraba estacionada bajo un árbol a la entrada de la cárcel, al verla me estremecí y pensé que hasta ahí había llegado. Un militar me preguntó si quería ir en la camioneta, o por el potrero que atravesaba de la Picota a la base de artillería. Entonces, vuelve y juega el escalofrío de la muerte, que sin ser normatizada, está presente a voluntad de los uniformados, es la sensación percibida en manos de los militares, cuando la norma del respeto a la persona humana no se institucionaliza. Es la violencia reaccionaria contra quienes se oponen al pensamiento oficial, impuesta como solución final, y cobijada con la impunidad.

Con el instinto de preservar la vida, me decidí por la opción del potrero. En veloces reflexiones, cuando de salvar la vida se trata, pensé en que en la camioneta nadie iba a escuchar el tiro de gracia, luego de la tortura que se realiza en ella. El asunto es que si de morir se trata, se dará tarde o temprano, es la ley de la vida, pero la tortura es otra cosa. Mi esperanza era Leo, si ella lograba traspasar la salida del penal podría informar a Firmes, donde yo militaba, de lo contrario estaba sola y la condena a muerte era inminente. La opción del potrero me inspiró la posibilidad de que alguien escuchara e informara con rapidez.

Cruza realidad

Por ser una mujer llena de fe en todo cuanto hago, siento que un manto de bondad me protege. Trataba de ganar tiempo, forcejee un poco con los militares, gritaba mi nombre con la esperanza de que alguien me escuchara, esa fue mi táctica y justo un guardián de la garita que observaba la escena dio aviso a los presos políticos que allí se encontraban, quienes de inmediato se amotinaron. Un militar me estrujó y me amenazó de no responder si seguía con mi alboroto, pero ya en los patios se había armado la solidaridad, gracias a la oportuna intervención del centinela de la garita.

A empujones atravesamos el potrero que va de la Picota a la artillería. Corría un viento frío, un hormigueo calaba hasta el último poro de mi cuerpo por lo imprevisible del acontecer, la impotencia de mis convicciones se reflejaban en el frío desolador de la mirada de quien empuñaba el fusil, me hacía sentir en todo momento el miedo al disparo para amedrentarme. Me afligía pensar en mis niños huérfanos. Sin embargo, un hilo de esperanza no me abandonaba, como es de importante en esos momentos tétricos recobrar la serenidad y la confianza en la solidaridad, sin dejarse consumir por las tristezas; sólo anhelaba que mi familia pudiera darme cristiana sepultura. No fue fácil atravesar el potrero, en todo momento buscaba salidas para hacerme notar, a fin de que alguien me viera por última vez y pudiera denunciar (como es de importante este sentimiento de que alguien denuncie, hace parte de la esperanza en la vida de quienes quedan en este mundo).

A la entrada de Artillería me esperaba un gigante militar de ojos verdes, ¡cómo olvidar su presencia! Me recibió a golpes y con palabras que él sabía que me alteraban. Aquí no es Bucaramanga me dijo. El temor que sentía ante su presencia se transformó en ira, le escupí la cara, entonces ordenó que le trajeran el Renault 4 rojo y el antifaz. Me pusieron la venda con sevicia, mi rostro

Desplazamiento

comenzó a sangrar, por lo que la indignación me hizo gritarle que me asesinara de una buena vez, a lo que contestó que eran mejor las cosas lentas.

Sus palabras no dejaron de preocuparme; de nuevo mi pensamiento voló rumbo a mis hijos que ignoraban lo que me sucedía en ese momento. En esas cavilaciones, el hombre abrió la puerta del carro y me introdujo de un golpe, mi pobre humanidad quedó a merced del canalla, quien saciaba sus instintos; la venda era tan pesada que mi cabeza no se sostenía, mi cuello se desgonzaba, me sentía incapaz de resistir, me sentí como un guñapo con mis manos atadas a mi espalda, la posición en que me encontraba me lastimaba, además de la oscuridad que me produjo la venda y las vueltas que me daban en el carro, perdí la noción del tiempo. Luego de un tiempo me bajaron y empezaron las colgadas, ¿dónde, cómo?, lo ignoraba. Me decían que levantara las piernas para que no me cayera, me giraban de un lado para otro, qué dolor, mis brazos se entumecían, trataba de resistir evitando la súplica, creo haber perdido el conocimiento por un momento, recuerdo que de un momento a otro me tenían en un camión que circulaba no se por dónde, amarrada a la carrocería de pie, me sentía desfallecer, pero de pronto al mover la cabeza, tratando de acomodar la venda que me martirizaba, una pequeñísima claridad me permitió observar por dónde íbamos, lo recuerdo perfectamente, era la Universidad Nacional, era el sector que conocía de Bogotá por ese entonces.

Noté que era de noche y el temor se apoderó de mí, sin pensarlo les pregunté a dónde me llevaban y pensé en las «cuevas de Sacromonte», que se decía no tenían retorno. El mundo se me hizo frío y sombrío como las tumbas olvidadas. Nuevamente se me reflejaba en el alma la sonrisa de mis niños, traté de darme fortaleza, pero la preocupación acerca de la manera como contarían las horas para mi regreso me lastimaba. Un -

Cruce realidad

eco misterioso hacía vibrar la noche. Intentaba tomar aire, pero mis doloridas costillas me lo impedían. La soledad trató de apoderarse de mí en medio de los esbirros, mi estado de indefensión era total como cuando era niña y se nos arrojaba de nuestro terruño. Lágrimas tenues brotaron de mis ojos, esa niñez risueña había desaparecido, para darle paso a una juventud sin esperanza, me mortificaba mucho más la podredumbre, me hubiera gustado volar como la sombra al infinito, sin que nadie me persiguiera ni me vejara por mi pensamiento diferente. Empiezan las alucinaciones que se interponen entre la realidad y la ficción, pero ayudan a que el tránsito macabro de la perversidad sea menos penoso. El corazón sangra en nuestro interior, sin que se derrame, no por el dolor físico, sino por el mundo ruin que corrompe los sentimientos desde nuestra infancia.

El camión se detuvo, en un potrero me bajaron en medio de los altibajos que forma la lluvia en la tierra. Vendada y las manos atadas, sin poder dar pasos firmes, me caía y me levantaban con la mayor brusquedad. Eran varios, no sé cuántos; la distancia era larga, un soldado quiso ayudarme, pero se lo prohibieron. Él me susurró al oído: — Quisiéramos ayudarla pero no nos lo permiten, camine despacio para que no se caiga, en este tramo hay huecos, puede torcerse un tobillo. Yo agradecía aquella voz de aliento, de esa persona que me hablaba en medio de tanta incertidumbre. Llegamos a una oficina con olor a café, este bendito «negro» que nos debilita ante su aroma, alguien me dijo si deseaba bañarme con la ropa o desnuda, opté por lo primero, en medio de la noche helada. Me llevaron a una alberca como prueba de lo que seguiría, un soldado me desató las manos entumecidas, y me retiró la venda por unos instantes, mientras la presión del agua de una manguera caía sobre mi cuerpo, creí congelarme. Como había aceptado el baño sobre mi ropa, ésta debía secarse sobre el cuerpo; y así cada madrugada, durante los veinte días de calvario.

Desplazamiento

Decidieron no quitarme la venda, ni darsarme las manos para el baño, que consistía en la presión del chorro de la manguera, luego me sacaban a la oficina con aroma de café, me ofrecían el trueque, café caliente por información. Por momentos pensaba en inventarme una historia, de tantas que conocía, pero la dignidad me lo impedía; además mis padres nos habían reprochado siempre la mentira por abominable, por lo que la intención del momento fue desechada con rapidez y me entregue a la aceptación de lo que sucediera.

Prohibido contestar a las preguntas sino era para informar lo que sabía, por ello guardé silencio, por temor a las bofetadas que impartían sobre mi maltrecho rostro. Cansados de interrogar sin respuesta alguna ordenaron sacarme a las caballerizas, deduje que me encontraba en la Brigada del Instituto Militar de Usaquén. Me sacaron y con disimulo pregunté acerca del lugar donde me llevaban y la persona me susurró que intentaría darme un poco de sol, que eran las cuatro de la mañana, y que tampoco conocía lo que seguía. De pronto alguien dió la orden de amarrarme junto a los animales, ya que era el lugar que debía ocupar. Me llevaron a rastras, puesto que no podía caminar, me encontraba como paralizada por el frío. De pie fui amarrada junto al vaho de los caballos. Recordé cuando era pequeña, y mamá intentaba enseñarme a montar a caballo, con estos animales se establecía una relación de amistad, pero eso era diferente entre detenido y militar. Sentí miedo y desolación, ya conocía los antecedentes de los caballos torturadores y no me equivocaba. Vendada y amarrada a las caballerizas luchaba por no dejar descolgar la cabeza, ya que mi vida dependía de la capacidad de mantener firme el cuello. Cosa difícil ya que el peso de la venda me lo impedía. Sentía al animal cerca de mis oídos, su relincho acompañado por un vaho. Los ruidos que hacía eran mortificantes, posteriormente constaté el

Cruela realidad

delirante deseo del animal por morder las orejas y los senos de las detenidas, ellos habían sido amaestrados para tal fin. Algunos de los detenidos que tuvieron la desdicha de ser mordidos engrosaron el número de desaparecidos, para no dejar huella de lo que se sucedía en la tétrica brigada.

RASGOS Y RASGUÑO



Caballos de Usaquén

La valerosa actitud del caricaturista Osuna de denunciar los métodos en esta brigada militar, ayudó a que la gente supiera lo que sucedía allí. Todos los hechos fueron corroborados por quienes caímos en desgracia

Desplazamiento

en ese lugar. Este aberrante uso de la fuerza para lograr la confesión de delitos, que en la mayor parte de los casos no existían, era algo inaudito. ¡Cuántos no mintieron creyendo encontrar alivio a sus dolores físicos y del alma! Al torturado se le otorga categoría de alto nivel, es la lógica del odio.

Permanecí amarrada y de pie todo el tiempo, mi cuerpo estaba adormecido por el frío, cuando intentaba moverme un corrientazo me estremecía y no sabía la razón, aunque supuse que se trataba de otra modalidad de castigo por no ir bien con la sociedad. Perdí la noción del tiempo. Las sesiones se repetían cada día, no distinguía entre el día y la noche, el cuerpo se adormece concibiendo el ultraje como rutina cotidiana, atadas a nuestras propias tristezas, son momentos solitarios, todo intento por relacionarse con la realidad es un gran esfuerzo que no conduce a nada. Hay momentos en los que la esperanza se anula, y nos asalta la ansiedad y la angustia. Sin embargo, reaparece el deseo inmenso de sobrevivir, por lo que se presenta la expectativa de cómo salir de la situación, es una sensación confusa; lo peor de todo es la indiferencia con que se traduce la confesión entre los detenidos, se les hace creer que fueron delatados para confundirlos. Ese fue el caso de Luis y Jaime, quienes picaron el anzuelo, no tenía nada que confesar, puesto que no conocía más que la actividad legal que desarrollaban, por lo que no lograron confundirme.

Una noche me sacaron de las caballerizas para ir con una joven, según ellos muy humana, interesada en colaborar con los detenidos, como estaba oscuro me quitaron la venda en medio de la incertidumbre, me introdujeron en un carro, con dificultad pude observar la luz nocturna de la ciudad, la invitación especial y la generosa amistad me preocupó aún más, ¿qué pretendían? Me condujeron a un apartamento donde se ofrecía una cena en nombre de la amistad, por fortuna mi apetito era

escaso, luego de un largo ayuno mi estómago rechazaba el alimento, lo curioso era que no les importaba la humedad y el mal olor de mi ropa, ella ingería licor e insistía en que yo lo aceptara; entonces comienza el interrogatorio, y ella se alteraba por mis respuestas. Al final mi fugaz «amiga» me devolvió a la brigada, la velocidad con que conducía era extrema, entendí que el acompañante le dijo que yo hablaría.

Era de madrugada, y el cansancio hacía mella en mí, con sevicia fui arrastrada al lugar de los caballos torturadores, no sin antes recibir el correspondiente baño, vino luego el interrogatorio, la secada de ropa sobre mi cuerpo, el aroma del café, el intento de los caballos por mutilarme, el ensordecedor volumen del radio en mis oídos y la brega por sostener mi cuello firme a pesar del peso de la venda, sólo que ahora con más intensidad, ¿por cuánto tiempo?, no podía saberlo. De vez en cuando oía gritos de dolor, tal vez de otros detenidos, por momentos me crispaba el terror, pero sacaba fuerzas para no decaer, empezaba a recorrer fantasías que desgarran. Los malos olores empezaron a mortificarme, el mal olor de mi ropa húmeda y toda esa podredumbre de mí alrededor me indicó que el ser viviente en condiciones de sometimiento se convierte en podredumbre, por el rastro que dejan las desgracias que se le ocasionan a la sociedad.

Una mañana difícil de recordar por la venda y los vejámenes, me dijeron que el baño se haría pero sin ropa y me dieron jabón para asearme, seguramente el olor nauseabundo que destilaba los molestaba; sentí gusto al saberlo. Súbitamente pense: «van a violarme». Pues era la práctica cotidiana con las detenidas, entonces no acepte la generosa oferta y a empellones me sacaron, conduciéndome de nuevo por el potrero; cerca de una oficina me quitaron la venda, y me advirtieron que no podía mirar atrás, que caminara al frente e ingresara en

Desplazamiento

la oficina, que un médico me esperaba para un chequeo. Me movía con dificultad, el médico me saludo y me preguntó a cerca de cómo me sentía, cómo me trataron, pensé encontrar en él a un amigo, luego de tan rudas vejaciones; él me inspiró confianza al pensar en su abnegación en el ejercicio de la profesión, pero lo que allí encontré era sólo un médico al servicio de quienes disponen de manera drástica la destrucción de vidas. En esa reflexión rápida había construido a ese médico sincero, humano, incapaz de mentir. Pero cuando me dijo: – La veo muy bien, pasó unas buenas vacaciones y con buen trato–, sólo acerté a responderle que mi sola apariencia reflejaba el buen trato; observó la dificultad que tenía para respirar y para leer lo que debía firmar, incluso me urgió para que firmara, pues de lo contrario sería devuelta al lugar de donde me habían traído. Le insistí que debía leer lo que iba a firmar y me respondió que si me encontraba en condiciones lo hiciera, difícilmente pude deletrear que estaba de acuerdo con el buen trato recibido. También le recalqué que como médico no podía concebir mi estado como bueno, y en un descuido mis lágrimas brotaron del coraje, hastiada de tanta farsa, de tanta perversidad en que nos debatimos, entre tanta miseria humana; un dolor aquejó todo mi cuerpo, este fue el peor ultraje de tantos vividos. No sabía en dónde me encontraba, pero percibía el ruido de los carros muy cerca. El hombre me sacó de su oficina y ordenó a un soldado que me sacara a la salida.

El dolor se transformó en incertidumbre nuevamente, pero del otro costado salía Luis, y al final se encontraba Jaime, quien lo había venido a buscar; su hermano Jorge le había contado que yo los había vinculado con el M-19, entendí que había causado efecto la estrategia militar. Esto mismo me lo dijeron en los interrogatorios, pero, al contrario, al verlos la alegría invadió mi alma, al fin alguien conocido. Traté de acelerar

Cruza realidad

mi difícil paso, al ver que iban a partir los llamé por sus nombres, me miraron, sentí cierto desprecio en sus miradas; además que mi presencia tan precaria seguramente los avergonzaba. Nuevamente el dolor y la soledad se apoderó de mi alma. Es triste albergar esa soledad, además de ese incomprensible sentimiento de impotencia que arruina nuestra alma, que busca huir de la dura realidad. La libertad estaba a mi alcance, pero mis piernas no respondían, me sentía derrotada, las presiones psicológicas y físicas que acababa de pasar no tenían comparación con lo que sentía en esos inexplicables momentos de indiferencia. Sentí tanta piedad de mí misma que la inmovilidad cerebral retenía mis reflexiones. Hay actitudes que están en contra de la naturaleza de las cosas. El recuerdo de mis tragedias se abría paso de nuevo; la cuota de violencia pagada se esfumaba en la incompreensión. ¿De qué manera confirmar nuestras ideas y convicciones sin llegar a las vejaciones, sin interponer el miedo o la indiferencia? ¿Por qué utilizar el silencio en un país civilizado?

La ansiedad me asaltó, por lo que decidí poner en marcha mi fatigada humanidad, la tristeza de mi estado sobresaltado contribuyó a mi movilidad hacia la libertad; un soldado apostado en el retén me detuvo para preguntarme, si conocía a los señores que acababan de salir, a lo que con firmeza respondí que no los conocía, que me había equivocado, preguntó mi nombre, tomó la boleta que reposaba sobre la barda y la confirmó, entonces me dio paso a la libertad. El hombre con ternura en sus ojos me indicó hacia dónde podía dirigirme para ganar el Centro de la ciudad, no sin antes decirme que en mi estado iba ser difícil ser aceptada en el transporte. Caí en cuenta que no tenía con qué pagar el transporte, me habían quitado hasta el pasaje de regreso a Bucaramanga, por lo que mi espíritu se acrecentó y surgió el reto de llegar como fuera. Empece a recobrar mi lucidez, aunque el

Desplazamiento

dolor en mis ojos y en mi cuello se hacían insostenibles. Extrañaba la venda con su peso. Traspase la salida con el inconveniente de no saber hacia qué lado tomar, al preguntar nadie me respondía, nuevamente la indiferencia ante el dolor, pasé largo tiempo antes de lograr acceder a un destartado bus, nadie quería llevarme y menos sin dinero, mi aspecto y el mal olor de mis ropas impedían esa posibilidad, una señora pagó mi pasaje con la advertencia del conductor que debía hacerlo por la puerta trasera. No faltaron los comentarios, a lo que hice caso omiso y continúe mi destino. Recordé la calle donde debía bajarme y regresé al hotelito donde acostumbraba a llegar, cuando no lo hacía en casa de amigos solidarios como Paulina y Plinio. Había entablado una bonita amistad con la dueña del hotel, era muy solidaria; al verme no podía creer que se tratara de la que veinte días antes había partido rumbo a la cárcel la Picota, sin poder contener su llanto, indagaba acerca de lo que me había sucedido. Ella dio la orden de no dejarme mirar en un espejo, para evitarme los malos recuerdos, luego me preparó una tina y me reconfortó con su sopa caliente y el tinto que no podía faltar en los momentos solidarios. Me entregó un periódico en el que solicitaban el respeto a la vida de una persona detenida a la salida de la Picota, por supuesto que se trataba de mí, al leer las declaraciones del maestro Gerardo Molina me enteré de toda la búsqueda que habían hecho en los diferentes organismos de seguridad, sin resultados, por lo que consideraban que había desaparecido. Gracias a cada uno de esos esfuerzos salvé mi vida. El maestro Molina había intensificado la búsqueda, el temor a las operaciones extrajudiciales siempre les preocupó. Aunque es moralmente intolerable por deliberada y arbitraria la eliminación física de la persona, el auge de esta modalidad ha dejado miles de víctimas. Es la ironía más elocuente, pues si a una madre le desaparecen su hijo y luego le

Ciudad realidad

entregan un cuerpo sin vida le arrancan las ganas de vivir, por eso las gestiones inmediatas desde diferentes puntos evitan las ejecuciones. La forma clandestina en que se detiene a las personas dificulta detectar el lugar de detención, sólo la persistencia, el coraje y la capacidad de enfrentar en medio del asedio militarista la búsqueda permite evitar este delito. Así lo evidenció el maestro Molina.

El Estatuto de Seguridad de Turbay, que aceleró la apertura de esta modalidad de atropello, sólo puede entenderse dentro del contexto de deterioro que afecta las estructuras del poder dependiente. De ahí su imperioso afán por fortalecer a las fuerzas militares como instrumento de guerra, es el panorama que se observa hoy en el contexto de la llamada seguridad democrática, que sólo contribuye con el deterioro de los derechos sociales y políticos.

Este reencuentro con la libertad, aunado al esfuerzo de las personas por encontrarme, reforzó mi espíritu, reactivó los ánimos de muchos, incluso el de muchos presos comunes que se habían solidarizado con los presos políticos en defensa de la vida. Fueron experiencias afectivas que marcaron el corazón en medio de tanta desventura. A mi familia no le fue difícil entender lo sucedido. Mis pulmones no dieron tregua, una afección me rindió a cama. El médico amigo intuyó las complicaciones posteriores. Mis afecciones bronquiales se hicieron crónicas, pero continué con mis quehaceres cotidianos, tratando de aportar ese grano de arena necesario para echar por tierra el Estatuto de Seguridad y lograr la libertad de todos los presos políticos de las cárceles del país, y con ello recuperar algunas de las libertades restringidas. El Estatuto de Seguridad le dio carácter de delito a la perturbación del orden público, debido a la inoperancia del Estado para garantizar una vida digna a sus habitantes, y es que las manifestaciones de descon-

Desplazamiento

tento de los ciudadanos ante la injusticia y la miseria no le dejan otra vía que la resistencia, hecho que implica la perturbación del orden. Las protestas populares son movimientos defensivos ante el deterioro violento de sus condiciones de vida, por eso el Estatuto turbayista elevó las condenas e instauró el terror de Estado.

XVIII

A raíz de la fuga de Iván Marino Ospina de La cárcel Picota, recayeron en muchas de las mujeres injustas consecuencias; de nuevo mi morada fue allanada de manera singular, los tanques se ubicaron en varios puntos del Centro y los francotiradores en los tejados cercanos a mi residencia. Tenía una pequeña empresa de confecciones, al llegar con mi hijo Fredy nos encañonaron y comenzó el derribamiento de lo que era mi empresa, todo con la justificación de que iban en busca de Iván Marino y Toledo Plata, que —según decían— se disfrazaban de pordioseros y yo los auxiliaba con la información. Así pues que ante tanto despliegue y el fracaso de su acción, los militares decidieron llevarse a mi hijo Fredy, quien en ese momento tenía ocho años, nos cargaron en uno de los tanques sin ninguna justificación. Beatriz que observó lo sucedido informó a Firmes. Lo singular del acontecimiento fue el que a la prensa le informaron que habían encontrado la imprenta del M-19 en Bucaramanga, hubo un gran despliegue. Habían confundido unas máquinas industriales de confección con máquinas de imprenta! De ahí aprendimos que los informes militares se basan en justificaciones de sus actos incorrectos, y sobre todo carentes de estrategia y veracidad. Las investigaciones exhaustivas terminan archivadas, sin que se conozca a los responsables o termi-

Desplazamiento

nan siendo justificadas con argumentos de montaje. La preocupación del Estado se refleja en función de su seguridad ligada al poder de la guerra contra quienes piensan diferente, con el auspicio de los medios de comunicación, con pequeñas excepciones.

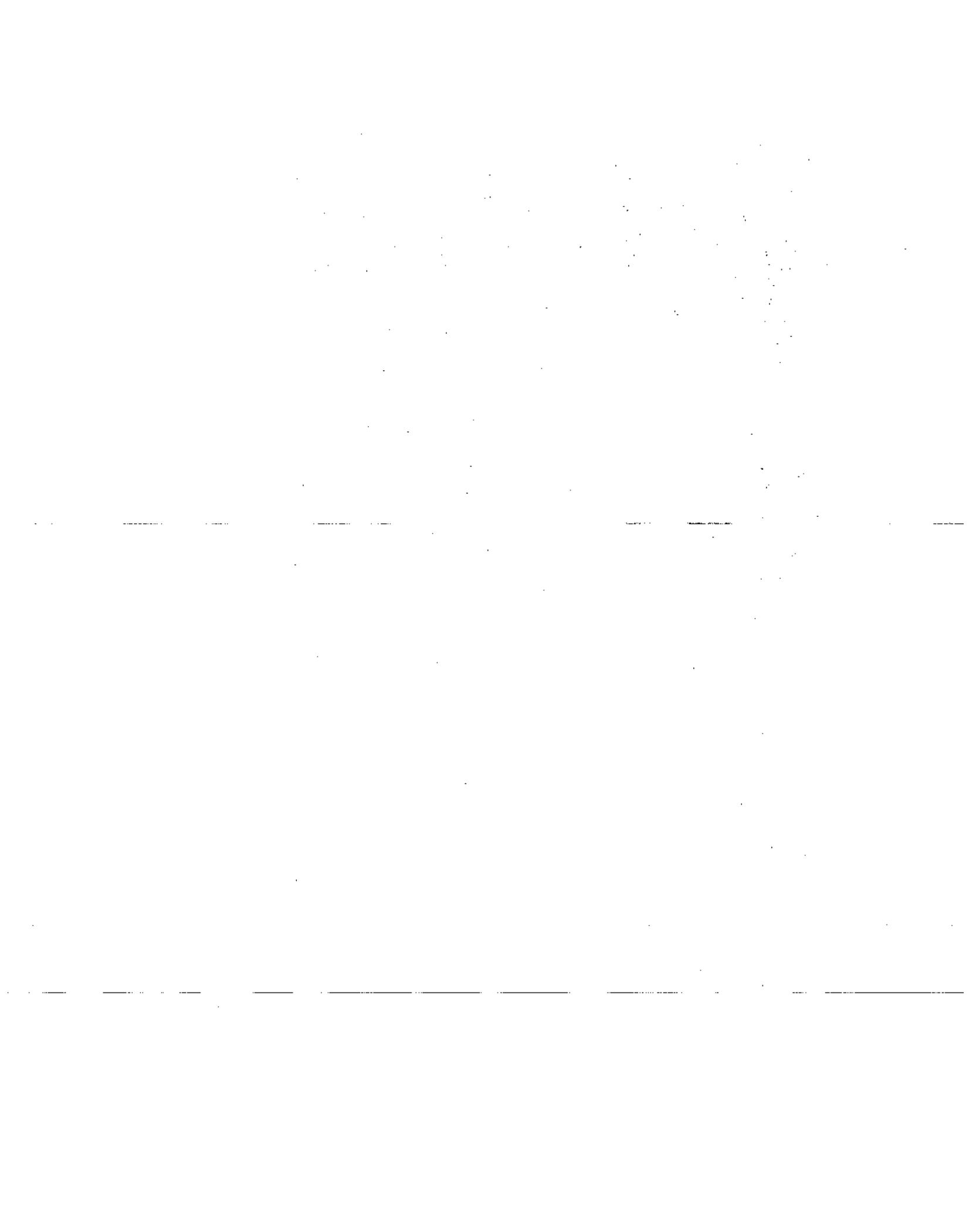
Así se engendró el Estatuto de Seguridad de Turbay Ayala: restricción absoluta a las libertades y garantías individuales consagrados en la constitución política. Enhorabuena se abortó este engendro, mediante el cual hasta los niños eran vejados.

Lo irónico de la vida es que este personaje torturador, casado con la Doctrina de la Seguridad Nacional, fue premiado con el alto cargo de embajador plenipotenciario en la Santa Sede, mientras las cárceles seguían repletas de presos por delitos no agravados, víctimas de la negligencia de la justicia. Estos personajes responsables de los peores delitos como lo son la tortura y las desapariciones, las vejaciones que se infligen al ser humano y que atentan contra la vida, no les llega el castigo de la tierra sino el de la justicia divina, como el caso de Turbay con su hija, víctima inocente.

Quienes vivimos las vejaciones de la tortura, hemos entendido las alucinaciones políticas, el odio transformado en fantasía, la desconfianza de esas mentes totalitarias ante lo que pueda pertenecer a un mundo de ideas que no giran en torno a las suyas. Es lo que se deduce en los interrogatorios. La inseguridad de no identificar a sus enemigos les da el margen adecuado para encaminar sus acciones a la impunidad. Su manejo irracional de la violencia, ejercida para eliminar al «enemigo potencial», no les permite cierta coherencia mental ni espiritual. Simplemente hacen necesaria la violencia de la represión para que se comprenda la benevolencia de ese mundo capitalista. Es una política realizada sobre la destrucción individual de la persona, considerada como

Cruda realidad

solución al problema de «salvar la democracia». Cuántos torturados vivieron el desespero de no poder contestar lo que los torturadores querían saber, cuántos ajenos a la intriga conspiradora. Son momentos en que el consuelo se vuelve imposible y el afecto inalcanzable. Retrocede la civilización y se derrumba la vida, que nace del amor, envuelta en afectos solidarios. Cuántas miradas de dolor en esos momentos sólo pueden ser entendidas por quienes pasaron la experiencia abominable, y establecieron su mirada de ese modo, cuántas lágrimas atragantadas ante la impotencia de nuestras convicciones. Las nostalgias se clavan como puntos negros en la memoria bajo los escombros de una realidad, son sombras que se agitan en las tormentas, mientras el huracán parece reírse ante los vientos aciagos de la insensatez. ¿Por qué tanta soberbia y perversidad?



XIX

Cerrado el capítulo del movimiento de las firmas, nuestro activismo se centró en la solidaridad, ante el negro futuro que percibíamos por el hecho de estar abocados al continuismo tradicional. Pese a todo no se malograron nuestras esperanzas y expectativas, seguimos buscando enfrentar los acontecimientos futuros que requerían y aún requieren muchas voluntades, pues el carácter de la guerra así lo establece, por lo que se hace necesario un mínimo afectivo de garantías, en todo lo que interesa al ser humano como ser. No es posible que se camine hacia el abismo ante la apatía, el estupor o la irresponsabilidad, sin dar respuesta a los males que acechan.

Desterrar el escollo de la mentira institucionalizada, como mentalidad infiltrada en el subconsciente de nuestros procesos, se hacía prioritario. La pregunta que con frecuencia nos asaltaba, es: ¿Acaso deben cargar las generaciones venideras con el estigma histórico de haber permitido la disolución de nuestra sociedad? Y un gran miedo silencioso se cierne sobre los niños sin niñez.

Frente al terror desatado por el Estado contra la población, no hay sino una herramienta, la lucha por los derechos. El último intento organizativo se dio en la propuesta de la conformación del gran Frente Político del M-19, en 1982, a raíz de la derogatoria del engendro del Estatuto de Seguridad, al recobrar la libertad los presos

Desplazamiento

políticos. De nuevo Santander estableció la dinámica, por algo las grandes gestas libertarias se dieron en este departamento. La gente se desbocó en sus apetitos organizativos. De nuevo, las expectativas y esperanzas en el M-19, que fué apoyado para que cumpliera con eficacia las tareas de construcción del movimiento para avanzar en la lucha contra la exclusión; con tal persistencia, se sobrepasaron las dificultades encontradas en el transcurso del proceso, que también fue corto debido al terror que generó el auge de masas que se avecindaba. Nuevamente la represión enfiló sus baterías. El sistema dominante no entendió o no quiso entender la propuesta de tregua y diálogo nacional, como un paso a la paz. De ahí el marcado deterioro de las posibilidades de instaurar una oposición beligerante y no contestataria, propia de las democracias.

En esta riña de los principios democráticos, el proceso quedó desvertebrado. La incompreensión gubernamental, incapaz de ubicarse en el centro del conflicto, de nuevo se impuso. Roto el proceso de paz, se quedaron con el ramo de olivo en las manos y las palomas dibujadas, como símbolo de un propósito. Una ofensiva contra cualquier intento organizativo truncó nuestros sueños, por lo que la clandestinidad pasó a ser parte de nuestra cotidianidad, sin que los intentos perecieran en medio de esta tormenta.

Lograr sobrevivir luego de tantas embestidas fué toda una proeza. Fueron intentos de búsqueda de la articulación de un gran movimiento de masas convergente, que diera respuesta no sólo a las atrocidades sino al rompimiento del esquema político tradicional, canalizando toda esa motivación de los sectores populares que siempre han estado a la altura en el combate contra la antidemocracia y la exclusión. ¿Valió la pena esta aspiración? Esa es la respuesta que trato de encontrar en estas reflexiones.

Con tantos aconteceres conocidos nacionalmente, fuimos precipitados hacia el exilio, esta vez en el exterior,

Cruza realidad

pues se habían agotado las posibilidades en el mismo país. Fuimos perseguidos además por nuestras angustias y preocupaciones, tuvimos dificultad para adaptarnos a lo nuevo. Pero seguimos atiborrados de ilusiones y tras el rastro de esa paz que todo ser reclama con ansiedad.

Notas aclaratorias:

- (1) Denominación peyorativa que se daba a los liberales de mediados del siglo XX.
- (2) Denominación peyorativa que se daba a los conservadores de mediados del siglo XX.
- (3) Decapitación, especialmente a los liberales.
- (4) Esta denominación iba más allá que la de godo, pues se llamaba así al conservador recalcitrante y criminal. Era la llamada policía ultraconservadora.
- (5) Líder liberal asesinado el 9 de abril de 1948 en la ciudad de Bogotá. Su muerte violenta aceleró el llamado periodo de la violencia partidista en el país.
- (6) Denominación coloquial que hace referencia a los miembros de la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional-ELN.
- (7) Grupo de la Defensa Civil.
- (8) Estrategia que consiste en regar tachuelas y puntillas retorcidas en las calles de mayor flujo vehicular, para impedir el normal funcionamiento del transporte.
- (9) Artefacto rudimentario para lanzar volantes.

